

8875.25

www.libtool.com.cn

HARVARD
COLLEGE
LIBRARY



BOUGHT WITH THE INCOME OF THE
JOHN L. WARREN FUND



www.libtool.com.cn

www.libtool.com.cn

www.libtool.com.cn

www.libtool.com.cn

PERTENECE
A LA
BIBLIOTECA
— DE —
JOSÉ M. GEY

www.libtool.com.cn

HISTÓRICO

LINA MONTALVÁN,

O

EL TERREMOTO QUE DESTRUYÓ EL CALLAO

Y LA

CIUDAD DE LIMA EN 1746

CON UNA

RESEÑA SOBRE EL DESCUBRIMIENTO DEL PERU,

A QUE SE AGREGA

ALGUNAS REMINISCENCIAS HISTÓRICAS ACERCA DE SU INDEPENDENCIA

POR

JOSE VICTORIANO CABRAL

BUENOS AIRES

5769—Imprenta del PORVENIR, Defensa 139.

1880

SA 8875, 25-

www.libtool.com.cn

✓



J. Warrey

Sr. D. Antonio Zinny.

Estimado señor :

- Los proverbios son, en mi opinion, la expresion de la filosofia popular, y asi se dice, “ de poetas, médicos y locos &a ”.

Yo he caido en esta última designacion, puesto que otra vez me ha dado la manía de borrar papel—¡ debilidades humanas !

Se sostiene, que la tierra productora se esteriliza, cuando en ella se siembra siempre una misma cosa, y aconsejan los prácticos, cambiar de semilla para vigorizarla.

Yo, amigo, estoy cansado de producir contratos notariales y por eso trato de cambiar la semilla, aun cuando no abrigo la esperanza de enriquecer mis magras y desabonadas tierras intelectuales.

En fin, le remitò mi Lina Montalvan, y si no le es enojoso, sírvase darle un vistazo y dígame, con la franqueza del amigo, si en su opinion merece los honores de que vea la luz.

Con placer me repito su muy atento y S. S.

José Victoriano Cabral.

Buenos Aires, Diciembre 4 de 1879.

Sr. D. José Victoriano Cabral.

Estimado amigo :

He recorrido con palpitante emoción y con suma curiosidad su obra titulada “ Lina Montalvan ó el Terremoto de Lima, & ”.

Ella es, en mi humilde opinión, digna de que vea la luz, pues su lectura ha de despertar gran interés, por los variados cuadros que exhibe, trazados con mucha naturalidad y creciente animación.

Puedo asegurarle, que, si algún vacío dejara en la ilimitada exigencia del insaciable lector, tendrá éste que inclinarse, no obstante, ante la novedad y elevado mérito con que usted narra esa catástrofe, cuyo colorido es tan vivo que no podrá dejar de embargar la curiosidad del lector, casi siempre ávido de las escenas patéticas.

Ha sabido usted dar vigoroso nervio á las páginas que se relacionan con nuestros primeros ejércitos nacionales, al trepar las empinadas Cordilleras de los Andes, y una conmovedora

animacion al hacer la descripcion de las memorables batallas de Chacabuco y Maipo, que son y serán siempre una gloria para los argentinos. Pocas veces he tenido ocasion de ver descripciones de aquellos acontecimientos, delineados con tanto vigor como fuerza y claridad, en la forma y con la maestría como usted lo hace; pues recorriendo esos interesantes episodios, créese uno trasportado á los mismos campos de batalla. Su descripcion aviva el recuerdo del inmortal cuadro de Blanes pintando la *Revista de Rancagua*, en que se destaca la marcial figura del primer soldado sud-americano, el bravo General San Martin, acompañado de su Estado mayor, el que concibiera la magnánima idea de dar libertad á una de las mas bellas porciones del Mundo de Colon, trasmontando aquellos nevados cerros.

Pero usted, mi amigo, no se ha detenido ahí; engolfado en lo sublime, ha querido énsanchar su campo de accion remontándose á la época en que Francisco Pizarro penetrara el Imperio de los Incas, enriqueciendo la relacion de esos hechos con importantes datos, hasta llegar al alma de su obra—el interesante episodio de

los personajes que en esta figuran, bajo los nombres de Coraní y Emil Capúl. Por último, su libro le hace á usted digno de figurar á la par de célebres romancistas, coronándolo con lucimiento la leyenda de Lina Montalvan, que usted traza con novedad é interés, imprimiéndole vivos coloridos en los amores con Enrique, en las cartas de uno y otra y en los tristes fragmentos que aquella escribe poco antes de exhalar el último suspiro, todo lo que, en verdad impresiona el alma y satisface toda exigencia.

Bien, mi amigo ; muy bien, reciba mis felicitaciones y la admiracion que le tributa su siempre atento y S. S. y amigo.

Antonio Zinny.

Su casa, Córdoba 497
8 de Enero de 1880.

www.libtool.com.cn

www.libtool.com.cn

**PERTENECE
A LA
BIBLIOTECA
— DE —
JOSÉ M. GEY**

INTRODUCCION

Entre las varias calamidades y castigos del cielo que, desde remotos siglos, han asombrado á las humanas sociedades, ocupa un lugar remarkable la destruccion del Callao de Lima, que vamos á narrar con datos históricos, tomados del archivo de la oficina que fué de la Audiencia Pretorial de esta Ciudad de la Santísima Trinidad, Puerto de Santa Maria de Buenos Aires.

Sobre este lamentable acontecimiento se ha escrito muy poco, y lo que existe ó se conoce, no está, por cierto, basado sobre datos trasmitidos por la pluma de testigos oculares, que son los que han podido dar testimonio verdadero, acerca de todas las desgracias y pérdidas experimentadas en esos infortunados pueblos, que parece fueran castigados por la mano de la Providencia.

Nuestra narracion tiene un interés positivo,

porque ella reposa sobre la autoridad irrecusable de una persona que se encontró en ese cataclismo y que salvó providencialmente, sin duda para que pudiese referir á las presentes y venideras generaciones, cómo la justicia de Dios trata á los pueblos, que, olvidando sus preceptos, se lanzan en los vicios, la licencia y la corrupcion, encenagándose en los placeres que las libidinosas Evas saben ofrecer, para envenenar al hombre y trastornar el órden moral de las sociedades cultas.

Es fuera de duda que la mujer tuvo su época de esplendor y elevacion, segun la expresion del inspirado Homero.

Lo es tambien que mas tarde las heróicas espartanas y las distinguidas damas de la democratizada Grecia daban brillo y valimiento á su sexo, particularmente en aquella época homérica, en que concurrían al Partenon de Atenas ó templo consagrado á Minerva, donde el génio fecundo de la misma Grecia brillaba esplendorosamente bajo los embellecimientos que Pericles realizó en aquella célebre ciudad, levantando soberbios monumentos, modelo de arquitectura, que hoy aun sirven de estudio y admiracion.

Mas, ellas como ángeles caidos y prevaricadores, descendieron débiles y criminales del templo de la virtud, para arrastrarse sin pudor por el fango inmundo de los placeres polutos, coadyuvando así á precipitar las sociedades en su enervacion y decadencia y provocando al mismo tiempo las iras del Cielo.

Las antiguas sociedades han debido su ruina á sus propios vicios, y con ellos contribuyeron, por decirlo así, al suicidio del cuerpo político-social, á la vez que á la degradacion y muerte del hombre mismo.

Verdad es que el hombre solo muere en su forma arquitectónica y mecánica, porque se opera el divorcio de la materia con el alma, volviendo el elemento perecederó á la tierra, para servir así en el grande y complicado laboratorio de la naturaleza visible; en tanto que el alma, como esencia, espíritu, calor, fuerza ó potencia divina, se eleva á las celestiales regiones de su origen, en obediencia á los coeternos propósitos de su inefable inmortalidad, donde recibe su recompensa ó castigo, segun la bondad y perfeccion de sus actos, ó sus vicios y crímenes, en su perigrinacion por este planeta.

Suspenderemos estas consideraciones filosóficas, que darian abundante materia, si entrásemos á meditar sobre la influencia poderosa que, en las antiguas sociedades y aun en las modernas, ejerció y ejerce la mujer en el hombre, en la sociedad y en el mundo entero, y continuaremos con nuestro iniciado propósito.

CAPITULO I

El pliego cerrado, el Perú, y una mirada retrospectiva
sobre este hermoso país.

En años anteriores tratábamos de arreglar la antigua oficina que fué del ilustre Cabildo ó Ayuntamiento de Buenos Aires, para organizar su archivo, dotarlo de índices claros en orden alfabético, según los progresos modernos, y por último de levantar el polvo pesado y húmedo, que las revoluciones de nuestras conmociones pasadas habían dejado caer, al cruzar de los tiempos, sobre esos vetustos legajos, que encierran la historia de nuestra riqueza territorial y de nuestras eternas é interminables cuestiones judiciales.

Empezábamos á remover los primeros legajos de lo que se llama archivo de testamentos, cuando hé aquí que viene á nuestras manos un pliego perfectamente cerrado, del siglo pasado, cuya cubierta ó carátula nos llamó grandemente la atención, pues ella estaba concebida en los términos siguientes :

*Este pliego será abierto diez años
después de mi muerte, para que
la materia en él contenida
aproveche á mi familia y
también á este pueblo ilustre.*

Se encontraba al pié de éste sobre la firma de su autor, que era :

FERNANDO DE ALBA Y AGUILERA.

El número considerable de años que habia transcurrido, acreditaba evidentemente que la familia inmediata del depositante de aquel pliego habria desaparecido, y que alcanzando el propósito del señor Alba y Aguilera, no solo á los suyos, sino tambien á este pueblo, creímos muy luego que bien podíamos abrirlo, al solo objeto de conocer su contenido.

Mas, ¿ podíamos hacerlo ?

¿ Teníamos derecho para romper esos sellos é imponernos de un secreto que no nos estaba confiado ?

No, indudablemente no, y entonces opiná- mos que nuestro deber era dar cuenta á la autoridad judicial de que dependemos, para que prévias las formalidades, que se creyesen opor-

tunas, se mandase abrir en nombre de la ley, y solo entonces se diese á su contenido la debida publicidad.

Esta era la idea que teníamos, esa, nuestra opinion ; pero las personas que se encontraban con nosotros nos observaron, que el asunto de que tratase ese pliego ya no debía tener el carácter de un secreto, y que por otra parte los descendientes de Alba y Aguilera no existirían, y nadie podría alegar derecho á ese pliego, ni considerarse en manera alguna representante del secreto.

Decían mas.

Que los propósitos del autor eran estensivos, segun el texto de la misma carátula, no solo á su familia, sino tambien á este pueblo de Buenos Aires, y que por todo esto no podíamos tener escrúpulos de conciencia, ni dificultad en abrirlo, procediendo en seguida segun el resultado lo aconsejase.

En efecto, cedimos ante tan atinadas y juiciosas observaciones, que vinieron á tranquilizar nuestra conciencia.

Procedimos á su apertura con la debida precaucion, para no inferir lesion alguna al pliego ;

pues todos participábamos de la creencia de que podría contener la revelacion de algun misterio referente á herencia, entierro de dinero ó cosa por el estilo, pues la imaginacion del hombre se presta fácilmente á estas concepciones fantásticas.

Quitámos la carátula.

Desdoblámos con cuidado un antiguo manuscrito que se hallaba dentro.

Leimos con bastante trabajo, porque la letra era malísima, y su redaccion insoportable, y nos encontramos, no con entierros de oro y herencias de Monte-Cristo; pues el señor Alba y Aguilera estaba muy distante de ser el abate Farías, prisionero del castillo de If en Marsella, sino con una curiosa relacion escrita *manu propria* por el referido don Fernando de Alba y Aguilera, uno de los testigos del terremoto que produjo la destruccion completa del Callao de Lima, en el Perú; y por indicacion de algunos amigos, hemos afrontado la tarea de escribir este libro, con esos diminutos y mal organizados datos, aun cuando nos hemos permitido introducir algunas imágenes y asuntos para imprimirle alguna amenidad é interés; pero,

ante todo, deseamos dar una ligera mirada sobre ese hermoso país llamado hoy República peruana.

* * *

El Perú comprende una gran estension territorial, en la parte occidental de la América Meridional, teniendo al Imperio del Brasil y á la República boliviana al Este, el ardiente y precioso territorio del Ecuador al Norte, y por la parte del Sur y del Oeste se encuentra Chile y el Océano Pacífico.

Su territorio tiene hermosas montañas y parte de las elevadas y gigantescas Cordilleras de los Andes ; pero posee tambien valles fértiles y selvas vírgenes é impenetrables.

Es digno de notarse el fenómeno que allí se observa.

Entre las costas del Mar Pacífico y los nevados Andes existe un desierto, donde se encuentran colinas ó médanos de rubia y movediza arena, que, á impulso de los vientos y huracanes que allí reinan con alguna frecuencia, son desalojados de un punto para volverse á formar

en otros, de una manera prodigiosa, y así se operan frecuentemente estos cambios, siendo de advertir que en esas regiones desiertas, falta absolutamente el agua, y por todos estos accidentes es peligroso hacer esa travesía.

En la mayor parte del territorio peruano, principalmente en Lima, llueve poco, pero muy poco, aun cuando, en cambio, hay frecuentes nieblas y garúas que suplen perfectamente á las abundantes y copiosas lluvias; por lo demás el temperamento ordinario, que se observa en la mayor parte del país, es cálido y uniforme, pues no se sienten los cambios atmosféricos tan rápidos como entre nosotros.

En la parte montañosa, reina un frio intenso, á causa de su elevacion; pero allí se encuentran en grande abundancia, metales preciosos, y puede decirse que aquel territorio fué formado por Dios, para codicia de los avaros.

Las minas existentes en Pasco, Huantajaya, Muicupampa, Trujillo, Huancabélica, etc., son muy abundantes en oro, plata, cobre, plomo y azogue.

Ademas, hay llanuras, donde se produce el nitrato de soda; islas con abundante huano,

acumulado al través de los tiempos, por los pájaros marinos ; todo lo cual forma la riqueza del Perú, pues ese huano se esporta en grandes porciones para distintas partes del mundo y produce al país una entrada fabulosa, que figura de una manera remarcable en los presupuestos de esa nacion ; sin embargo, hoy ha disminuido notablemente.

Verdad es que el Perú, no solo es rico por sus montañas de oro, sino que lo es tambien, bajo el punto de vista de otros productos, como son, el arroz, que se cultiva perfectamente en los distritos bajos y húmedos ; el café, de superior calidad ; el rico cacao, tan nombrado y conocido en el mundo, y la caña de azúcar, que hoy existe en grande abundancia y produce azúcares de muy buena calidad.

Posee excelentes y valiosas maderas, como el renombrado aloe, el rico cedro veteado, la acacia, los famosos ébanos, el árbol de fierro ; y sobre todo el de la quina, tan importante en la medicina, y que tantos bienes ha hecho y sigue haciendo á la humanidad doliente ; el de la goma odorífera y el de resinas variadas.

Tiene además, el bálsamo copaiba, tambien

de grande aplicacion en la medicina, la goma copal, la negra y la blanca, la importante caña fístula, la jalapa, que se produce, de tan buena calidad, rivalizando con la de Méjico, que es donde la hay mejor, con especialidad en el distrito de Jalapa, de donde tomó el nombre esa planta; la cual desempeña tan gran rol en la farmacia, como purgante activo; tambien produce la coca estomacal y alimenticia, y por fin, es un territorio, como lo hemos dicho, favorecido por la naturaleza, no solo en el reino mineral y vejetal, sino tambien en el animal.

El Perú tiene una historia llena de interés, desde la época de la conquista, y siempre que la recordamos, nos parece una fábula; tales fueron las circunstancias y hechos extraordinarios que se operaron en aquellos tiempos venturosos, desde el momento, en que la planta del europeo pisó en esas desconocidas regiones del oro, de las esmeraldas, de los templos fabulosos y de los ricos y poderosos emperadores.

Todo esto ha proporcionado abundante materia á tantos ilustres historiadores, que enrique-

cieron las páginas de oro, donde grabaron los acontecimientos remarcables del Nuevo Mundo ; y sin embargo, nosotros tambien echaremos una breve mirada sobre aquellas épocas fantásticas ; pero sin la pretension de erigirnos en historiadores.

CAPITULO II

Francisco de Pizarro y Diego de Almagro

Es fuera de duda que el célebre Alvarado, con su genio emprendedor y su carácter arrojado hasta la temeridad, fué el primero que pasó de Guatemala al Perú, como lo es tambien, que sobre los datos por éste dejados, emprendió don Francisco de Pizarro la exploracion de esas comarcas ; pues lo que, despues se llamó Bahía del Callao, le ofreció un hermoso puerto, para formar la base de operaciones de sus conquistas ; así es que, Pizarro supo aprovecharse hábilmente del trabajo y talento de Alvarado, merced á lo cual llevó á cabo su expedicion.

Pizarro era natural del pueblo de Trujillo, en la Estremadura, é hijo de don Gonzalo Pizarro, compañero de armas del Gran Capitan Gonzalo de Córdoba, y se asoció á don Diego de Almagro, pues ambos se encontraban en Panamá por los años de 1524 á 1527.

Vivia cerca de ellos el maestre Fernando de Luque, á quien invitaron, para formar parte de

su empresa de viajar al Nuevo Mundo, y Luque simpatizó con el pensamiento, formando los tres un contrato, por el cual se estableció que Luque quedaria en Panamá, para recolectar gente, víveres y otros recursos, que debia enviar á los espedicionarios, y para recibir tambien todas las riquezas, que aquellos le enviasen, á fin de administrarlas en el interés comun.

En efecto, aquellos valerosos viajeros partieron para el Nuevo Mundo, con 114 hombres, decididos á todo; sabiendo, no obstante, que allí les esperaba todo género de peligros, padecimientos y batallas.

Pizarro fué el primero que recibió numerosas heridas, que pusieron en peligro su vida y el éxito mismo de la expedicion.

Don Diego de Almagro no fué mas afortunado que aquél, pues perdió el ojo, de un flechazo en un combate que sostuvo con los indígenas—tuvieron que mandar pedir á Luque gente y recursos, pues todo empezaba á escasearles, y poco ó nada podian esperar de los indios, que se mostraban siempre adversos y feroces, teniendo que pisar la tierra con la espada en la mano.

Mas de dos años vagaron afligidos por las

húmedas y silenciosas regiones de los desiertos mares y de las costas, en que de tanto en tanto desembarcaban, hasta que al fin, guiados por una buena estrella ó por la mano protectora de la Divina Providencia, arribaron á una costa, donde encontraron un valle delicioso, fértil y aromatizado por una vejetacion prodijiosa, como la del Paraiso terrenal, la que rodeaba un lindo pueblo llamado Tumbéz.

Esta hermosa comarca formaba parte de un rico y adelantado imperio nombrado "El Perú" gobernado por los Incas, y se veia en el dicho pueblo de Tumbéz buenos edificios, correcta delineacion y bastante poblacion; todo lo cual llamaba la atencion de los españoles, y les daba la medida de las riquezas que debian encontrarse en aquel Imperio; pero no tenian los elementos necesarios para penetrar en el interior del pais. Entonces el animoso, intrépido y sin par don Pedro de Cándia, natural de Grecia, se brindó á hacer la cruzada él solo y llegar al corazon de los pueblos.

En efecto, se convino y organizó el plan que el denodado explorador debia seguir en su arriesgada y audaz empresa.

Se armó Cándia de una buena cota de malla, gran celada de hierro acerado y reluciente, rodela al brazo, su famosa espada al cinto y la cruz del Redentor en la mano derecha. En esta conformidad se lanzó á lo interior del país.

Los habitantes, al ver avanzar un ser misterioso y desconocido, cubierto de armas relucientes que despedían rayos luminosos con el reflejo del sol; al observar su valiente actitud, su elevada estatura, su larga y venerable barba, cosa para ellos tan rara como nueva, lo creyeron hijo del Sol, enviado por los dioses, para visitar el imperio; pues indudablemente aquel no era un ser humano, no era una máquina de guerra andante, y no podía ser otro sino el mensajero del Sol, por lo que lo aclamaron calorosamente, lo llevaron en triunfo, le enseñaron el país, todas las riquezas y tesoros que poseían, y por fin le brindaron con cuantiosos dones.

Cándia, después de haberse impuesto de todo y de reconocer los puntos donde se hallaban las mas fabulosas riquezas, se volvió furtivamente á los suyos; les impuso de todo, quedando maravillados y estupefactos de su curioso relato.

En vista de esto, se resolvió por los espedi-

cionarios, que Pizarro volviese á España, como en efecto volvió, para informar á Su Magestad de los últimos descubrimientos que habian hecho, y sobre todo del pasmoso resultado de la expedicion de don Pedro de Cándia, que les daba la idea de un famoso y rico imperio que podian conquistar con limitados sacrificios.

La llegada de Pizarro á la Corte de España causó gran sensacion en las altas regiones del Estado y en todos los centros de la sociedad. Don Francisco fue objeto de la mayor curiosidad, pues todos deseaban oír sus referencias, y así era invitado con solícitud por los principales personajes, de la corte y por otros señores de la mas distinguida sociedad.

El pueblo referia cosas estupendas: unos decian, que habia en el Nuevo Mundo valles vírgenes y tan hermosos como los que Dios acordó al primer hombre en el Paraiso terrenal; otros agregaban que existian inmensos rios de agua dulce y sabrosa, que se encontraban en abundancia á las márgenes de esos rios el oro en pepas y arenas, que se podia recoger con facilidad; que existian imperios ricos y poderosos, con templos fabulosos, y por fin un cú-

mulo de cosas extraordinarias, pero que en su mayor parte eran ciertas y no exajeradas.

Cuando don Francisco salia á la calle á dar sus paseos en el corto tiempo que demoró allí, la gente corria á verlo, para conocer al explorador del Nuevo Mundo, quien siempre andaba acompañado de un indio y una hermosa jóven india llamada Acalí-Talí, vestida lujosamente al estilo de su país. Sus pequeñitos piés llevaban sandalias cubiertas de oro, y su talle rodeado de un cinturon del mismo metal, adornado de esmeraldas y otras piedras de valor, al cual estaban sujetas multitud de plumas largas de variados colores, que le cubrian desde la cintura hasta el nacimiento de sus redondos y elevados muslos; sus bellos brazos aprisionados elegantemente con anchos y relucientes brazaletes de oro liso; sobre su fresca frente se veia un cinto de dos pulgadas de ancho, cubierto de piedras finas, en el cual se hallaban al rededor otras plumas mas finas y hermosas que las demas, y sus abundantes trenzas, partidas en dos, caian á las espaldas entretegidias con perlas y cuentas finísimas; en fin, su traje despertaba la mayor curiosidad en el público, que se agolpaba tu-

multuosamente rodeando á don Francisco y á sus acompañantes.

Pizarro pidió al monarca su poderosa cooperación y ayuda de elementos, sobre todo, soldados, caballos, armas y algun vestuario, pidiéndole tambien que lo invistiera con los poderes necesarios para representar debidamente la autoridad real en aquella parte del Nuevo Mundo.

El emperador Cárlos V quedó maravillado de la relacion de Pizarro y le parecia todo una fábula ó sueños fantásticos de una imaginacion febril; pero al fin cerciorado de la verdad de la cosa, Su Magestad dió inmediatamente las órdenes y disposiciones oportunas, para que se le facilitara al emprendedor Pizarro, los elementos que solicitaba á fin de que pudiese continuar la espedicion y entrar con buenos elementos en las nuevas conquistas que se proponia.

Mandó asimismo Su Magestad espedirle los diplomas que lo acreditasen como justicia mayor y adelantado real, con el título de Capitan General y Gobernador de las tierras, pueblos é imperios que conquistase, en nombre y para la

corona de España, en aquella parte del mundo llamada *Perú*.

Pizarro, en posesion de tales elementos, títulos y poderes, pasó á Panamá, donde tomó á sus hermanos Hernando, Juan, Alcántara y Gonzalo Pizarro, así como á su infatigable compañero el famoso Diego de Almagro; pero éste no quedó satisfecho de la mision de Pizarro, pues veia que no figuraba en ella para nada, y que todo se lo habia absorbido aquél; mas, viendo Pizarro la justicia de las observaciones de Almagro y no queriendo disgustarlo, le ofreció, que, á mas de la parte que le correspondiese en la expedicion, con arreglo al contrato ajustado entre ambos y Luque, se comprometia á solicitar inmediatamente de Su Magestad su real permiso, á fin de investirlo con el título de Adelantado Mayor y confiarle el mando de un pueblo que Almagro eligiese de los que conquistasen.

Así se calmaron los desagradados de don Diego, y reanudada la buena armonia, se embarcaron todos con mas 180 soldados, 38 caballos y 3 navios, dándose á la vela, llenos de fé y de esperanzas, en Febrero de 1531.

Después de muchas peripecias, llegó la expedición al Perú, donde á la sazón reinaba Atahualpa (hijo de Huaina Capac) que infamemente habia arrebatado el trono á su hermano mayor Huáscar, á quien tenia encerrado en estrecha prision, y que mas tarde lo hizo matar inhumanamente por haber llegado á sospechar, ó pérfidamente supuesto que su hermano solicitaba la alianza y proteccion de los españoles invasores.

Los expedicionarios penetraron hasta el Cuzco, capital entonces del vasto imperio del Sol ó de los Incas : se encontraron en aquellas regiones con animales, que aun no eran conocidos en España, ni en ninguna parte de Europa, como la vicuña, los huanacos y otros, productivos y útiles al hombre; sobre todo con los preciosos y apetecidos metales de oro y plata, que á la verdad estaban tan prodigados en los templos, monumentos y palacios, como si fuera argamasa de cal y arena; tal era la exagerada abundancia que habia de esos famosos metales.

Agregaremos, que se observaba una gran cantidad de esmeraldas riquísimas y de un tamaño notable, así como de otras piedras preciosas, que se usaban con marcada prodigalidad,

no solo por las mugeres, sino por los hombres tambien.

Aquél era, hasta cierto punto, un imperio floreciente, con tradiciones y símbolos que revelaban la mas remota antigüedad; pues conocian las artes sociales; tenian un sistema regular de gobierno, compilacion de disposiciones en forma de códigos y otros adelantos por el estilo.

CAPITULO III

La india Coraní y Emil-Capul.

El caudillo Salimaú, tío del emperador Atahualpa, tenía una hija de diez y ocho años de edad, llamada Coraní, de una belleza tal, que era reputada por los naturales la vírgen mas hermosa de aquel vasto y rico imperio—Era alta, esbelta, formas redondas, abundante cabello, ojos tan hermosos que alumbraban como las estrellas del firmamento, su boca, el óvalo de la cara, su abultado seno, la estension de sus caderas, el contorneamiento de sus bellas piernas y por fin, todo, todo era un conjunto de prodigiosa hermosura.

Atahualpa amaba perdidamente á esta jóven, pretendiendo satisfacer sus impuros deseos, pues, en aquel imperio, nada escapaba ni resistia á sus temerarias pasiones; mas el implacable Salimaú la defendia como la furiosa tigre á sus amados cachorrillos, y esta natural resistencia le habia acarreado el enojo y encono del monarca que lo perseguia tenazmente, para apo-

derarse de aquella codiciada y bella criatura.

El caudillo se presentó al victorioso español, á quien le pidió su proteccion, ofreciéndole obediencia y sumision, siempre que no lo obligára á él, ni á los suyos á pelear contra sus hermanos, aun cuando era enemigo mortal de su sobrino Atahualpa.

Coraní era una de las vírgenes consagradas al culto del Sol, dios adorado por los Incas; pero su padre la habia sustraído del templo, para ocultarla y salvarla de la frenética pasion de su odiado perseguidor.

Pizarro quedó sorprendido de la belleza de aquella vírgen, que se le presentaba como una vision celestial, en un traje voluptuoso y en semi-desnudez segun el uso y costumbre del pais, lo cual producía un efecto mágico y exaltador en los europeos no acostumbrados á ver en ese estado las bellas obras de la naturaleza.

Tomando la palabra don Francisco de Pizarro, le dijo á Salimaú ; estais realmente decidido á llevar á cabo la resolucion que habeis tomado ?

Sí, don Francisco, he tenido que abandonar precipitadamente el altar de mi Dios, patria, familia y amigos,—dijo Salimaú con rostro grave

y con un continente severo, como el hombre que está sufriendo una tortura moral,—porque mi sobrino Atahualpa persigue con insano amor á mi hija, consagrada á nuestro Dios, que es esta jóven que aquí veis, señalando á Coraní, que estaba detrás de él, ruborizada y con la cabeza baja sin haber levantado los ojos desde que pisara en aquel recinto.

La temeridad de ese monarca, continuó aquel, osó mancillar mi nombre y empañar el pudor de este ángel, que yo adoro con la ternura de un padre y de un padre amoroso.

Yo, en medio de mi indignacion, ofendí al emperador de palabra y de hecho, cual lo merecía, y esto atrajo sobre mi cabeza su odio implacable.

Acabo de ser informado por miembros de mi familia, que aun me son adictos, de que la venganza que ha adoptado aquél, es hacer que roben mi hija á viva fuerza; y ya veis, señor, que este rapto odioso, solo es digno del despecho y de la pasion impúdica de aquel bárbaro.

Vengo, pues, á ponerme bajo vuestra proteccion y amparo, cual si fuese vuestro prisionero.

—¿ Vos, Salimaú ?

—Sí, yo, don Francisco, y los míos también.

Pizarro desconfió de aquel hombre y temió que fuese una celada del astuto peruano; así es que le observó ¿cómo es que podeis venir á someteros voluntario á la autoridad de un extranjero, conquistador de vuestra patria, y abandonar las comodidades y goces de familia?

Mucho he luchado, contestó el indio, sin inmutarse, para adoptar esta dura determinacion, pero al fin me he resuelto á hacerlo, porque odio á Atahualpa y porque quiero salvar á mi hija de sus garras.

Salimaú, hombre despejado y conocedor del corazon humano, comprendió súbitamente los temores, hasta cierto punto justos de Pizarro, y así salió al encuentro de ellos y continuó con voz serena y semblante franco diciéndole: veo, don Francisco, que no fiáis en mi lealtad y que por vuestra mente cruzan sombras oscuras de dudas y perplejidades; pues bien, tomad, ilustre español, como rehenes y señal de nuestra alianza, este ángel de candor é inocencia, señalando á Coraní, sin poder el pobre anciano detener una lágrima de ternura y de dolor, que rodó sobre su quebrantado rostro; recibidla, Pizarro,

y que la sabiduría y justicia que os adornan, y vuestro Dios de bondad la protejan y hagan feliz.....

Pizarro quedó estupefacto, y, sin querer, dió un paso hácia atrás, dirigiendo una furtiva mirada á la bella Coraní.

Todos guardaron silencio por un breve rato al oír tan inesperada oferta: cada uno absorto en sus meditaciones y agitados por diversas ideas y sentimientos.

Luego continuó Salimaù, un tanto mas sereno y resignado, ¿qué mas podeis desear para tranquilizar vuestro espíritu?—quedo en vuestro poder y os entrego un pedazo de mi corazon, ¿deseais mas seguridades?—Hablad.

Por el semblante de Pizarro cruzó, con eléctrica rapidez, un signo de satisfaccion y felicidad al verse dueño impensadamente de tanta hermosura y juventud, sus ojos brillaron bajo el cielo ardiente de la alegría; y comprendió entónces que ya no le era dado alimentar dudas, al menos por el momento, y se dijo para sí, todo èsto no obsta para que yo viva sobre aviso, vigile á este hombre y no abandone las debidas precauciones de seguridad.

Basta, Salimaú, contestó Pizarro, con una alegría que apenas podia disimular, basta, buen amigo, estoy satisfecho de vuestro proceder— ¿y vos, lo estais del mio ?

¿Yo ?, contestó el indio, suspirando y haciendo un esfuerzo sobre sí mismo,—tambien lo estoy, don Francisco.

Mientras cruzaba ese diálogo entre uno y otro y se disponia del porvenir y de la suerte de aquella hermosa vírgen del Sol, el corazon de la pobre Coraní, palpitaba cual si pretendiese huir del pecho, sus lágrimas caian abundantemente sobre su seno, sus torneados y lozanos brazos estaban caidos con marcado abandono, el busto de aquella jóven era tan bello é interesante, como el de una de esas deidades fantásticas, descritas por el inspirado Dante.

Los ojos codiciosos del español no cesaban de mirarla, pues la chispa quemante del amor habia ya incendiado su corazon, y solo pensaba en el porvenir dichoso que se ofrecia á su vista.

Al fin, Pizarro, adelantándose con paso marcial y arrogante hácia Salimaú, le dijo con aire regio y de superioridad : desde hoy tendreis mi decidida proteccion ; mis armas os escudarán de

todo peligro y persecucion ; sobre lo cual os empeño mi fe de caballero, y en prueba de ello, estrechad mi mano.

Salimaú la apretó con respeto.

Además, continuó diciendo Pizarro, acepto complacido el inestimable don que me ofreceis, con el cual me haceis dichoso, y á mi vez os prometo que pondré en accion todos los medios á mi alcance para que esta mansion sea agradable á vuestra hija y halle la felicidad, si es posible.

Gracias, señor, contestó Salimaú, visiblemente conmovido.

Coraní no desplegó sus labios ; sufría resignada su dolor y ahogaba los suspiros dentro de su oprimido y palpitante pecho.

Hola ! Alvaro, gritó Pizarro.

Muy luego apareció su escudero mayor, que era el hombre de su confianza y depositario de sus secretos, á quien se dirigió, diciéndole— Lleva á mi nuevo huésped y dispénsale la hospitalidad mas cumplida, como si fuera realmente nuestro hermano ; mi mesa será la suya, mis alcobas y cuanto me pertenecen quedan desde este momento á su disposicion, que nada le falte, ¿ lo entiendes ?

Sí, señor, repitió Alvaro con viveza—luego giró sobre sus pies y salió.

Al mismo tiempo el indio se inclinó respetuosamente, y después de dar las gracias á don Francisco, por la manera protectora y amistosa con que lo recibiera, siguió silencioso al escudero, aunque con el corazón oprimido al separarse de su amada hija, á quien abrazó tiernamente besándola con dulzura en la frente.

Aquel beso paternal hizo despuntar algunas perlas cristalinas de los ojos de Coraní, que rodaron sobre sus frescas y purpúreas mejillas, viniendo á dar á su rostro mayor interés y encanto.

Aquellas lágrimas eran el significado positivo de su incertidumbre y de sus temores, pues se hallaba ruborizada delante de su nuevo señor, con el corazón agitado sobre su futuro destino, ignorando la suerte que tenía que correr, sometida á una voluntad extraña y poderosa.

En aquel momento cruzó por su conturbada mente el recuerdo de Emil-Capúl, su amado, el habitante de la selva verde al pie de la montaña de Oncártaga. Sí, aquella deliciosa selva,

donde conoció al hermoso mancebo que habia cautivado su corazon juvenil, aquella selva, donde se levantó en su pecho el primer latido de amor; mas ¡oh fatalidad! todo tiene que concluir para ella; amor, gloria, patria, alegría y ventura, pues todo se eclipsó de improviso, naufragando su estrella y sus caras ilusiones, para quedar solo, delante de sus ojos, sombras, escollos, desolacion y olvido.

¡Oh Emil-Capúl! amigo mio, recoge mi última lágrima, pues mi alma va al suplicio, pero yo te juro que mi cuerpo lo tomarán los hombres, mas mi corazon, jamás.

Yo les arrojaré mi lira destemplada sin écos, ni armonías, pues mis cantos solo á tí consagrarlos puedo.

¡Por qué mi padre de los altares santos de nuestro Dios separóme un dia? ¡Por qué llegué á comprender del amor las dulces impresiones? porque sin duda fuí nacida para amar, creada para la dicha; y no obstante, mis ojos no te volverán á ver, Emil-Capúl, mis oidos no percibirán de tus ecos las insinuantes armonías. ¡Adios, horas venturosas, ya no volveréis para mí!

La infortunada Coraní dejó caer los brazos visiblemente abatida y cabizbaja, los ojos clavados en tierra, como embebida y absorta en algun grave pensamiento, vertiendo sin cesar abundantes lágrimas.

Don Francisco de Pizarro observaba extasiado á la interesante india, atribuyendo su dolor y aficcion á la separacion de su padre; así es que la trató y recibió con la mayor dulzura, entusiasmo y adoracion, pues no podia convencerse de que tanta felicidad le estuviera deparada.

Dejemos al afortunado español gozar de los tesoros preciosos, con que el dios vendado lo regalara; dejémosle envuelto en las frescas hojas de las acapulladas flores que la vírgen peruana le brindara; por fin, dejémosle libar feliz la rosada copa de embriagadora ambrosía y continuemos nuestro relato.

Así cruzaron los tiempos que se deslizaron suaves y rápidos para el conquistador de aquel valioso pedazo del Nuevo Mundo.

CAPITULO IV

Fundacion de la ciudad de Lima por Pizarro.

Pizarro, despues de la batalla de Cajamarca, se apoderó fácilmente de aquel vasto y hermoso imperio, tan codiciado por las riquezas que se proponian hallar, cuyas esperanzas no salieron por cierto fallidas, pues los tesoros encontrados escedieron á todo cálculo.

El victorioso y afortunado conquistador español aprisionô al Inca ó sea el emperador Atahualpa, con sus numerosas y bellas mujeres, pues en su córte se encontraban realmente bellidades dignas de admiracion, de color moreno algo bronceado, tan simpáticas como seductoras, de ojos negros como el azabache, veladas por largas y tupidas pestañas, sus labios, por lo general gruesos, rojos y graciosos, parecian destinados para las libaciones de los dioses del Olimpo.

Las formas de aquellas mujeres eran contorneadas y las ostentaban al natural bajo un vestir que dejaba entrever al ojo avaro y escu-

drñador del europeo, que, como el Lince de la fábula, queria penetrar en los secretos y misterios de aquéllas modernas Evas.

Se apoderó tambien de sus vastas riquezas de oro, plata y piedras preciosas, de sus palacios suntuosos, alhajados y decorados con fantástico esplendor. Tomó la grande angarilla ó silla portátil de oro purísimo, tachonada de diamantes y ricas esmeraldas, en que se sentaba Atahualpa bajo el dosel de su trono, en los actos de audiencia; y por fin, de cuanto poseia aquel desventurado monarca.

El poder de Pizarro se consolidó en todo el país con sus repetidos triunfos, y sobre todo con el resultado de esta última y decisiva batalla.

En 1534, dia 6 de enero, aniversario de la adoracion de los Reyes Magos al Divino Mesias, fuente inagotable de luz y de consuelo, el espuesto don Francisco de Pizarro echaba, en presencia de sus súbditos y en nombre de Su Magestad, el Rey de España, á quien representaba, los primeros fundamentos en la parte izquierda de las riberas del riente y famoso Rimac, de una villa, que tomó como nombre primitivo “ Ciudad de los Reyes ”, pero este nombre no

subsistió, en razon de que todos los naturales le daban el de Lima, porque así se llamaba en el idioma del país el territorio en que habia sido erijida aquella villa.

El citado dia 6 de enero, reunió Pizarro en el terreno destinado para la plaza principal, á toda su gente, con sus armas y estandartes, vestidos en traje de gala. Hizo preparar allí una especie de tablado, organizando una verdadera fiesta.

Pizarro subió sobre el tablado, tomó con su mano izquierda el escudo de Castilla y empuñó con la derecha la bandera española, y dirigiéndose al pueblo, que lo rodeaba y victoriaba, le habló en estos términos:

“Yo, Francisco de Pizarro, capitan general Teniente de Gobernador y Justicia Mayor de estas comarcas, investido así por Su Magestad, el Rey nuestro señor, en virtud de real rescripto y autorizado para fundar pueblos, á fin de ensalzar y estenderen estas regiones nuestra Santa fé Católica para honra y gloria de Dios y de la corona de Castilla y de Leon; asi en nombre de Su Magestad (que Dios guarde) levanto en alto el estandarte nacional y con él erijo y fundo esta

ciudad, á que doy el nombre de Ciudad de los Reyes.

“Procederé en seguida á repartir tierras á los conquistadores y demas del país que quieran acogerse á mi autoridad con arreglo al plano y division que tengo preparada, y haré mercedes en propiedad y señorío para que construyan sus moradas y labren plantíos, mantengan animales y sustenten industrias, á fin de que con todo ello formen su patrimonio y sean protegidos los pobladores por las reales armas de su magestad.

“Me reservo nombrar luego los alcaldes y autoridades necesarias para el servicio de la poblacion, y mantenimiento de la justicia y del órden.

“Bajo este real estandarte declaro fundada esta Villa y Ciudad de los Reyes, y encargo y mando á mi secretario y escribano, levante de todo acta en forma para remitirla á Su Magestad á fin de que apruebe y confirme lo hecho; y dirigiéndose á los concurrentes, les dijo:—
;Jurais obediencia, respeto y sumision al Rey nuestro señor D. Carlos V por la gracia de Dios, y en su nombre á mi persona como su teniente gobernador capitan general y justicia mayor?

—“ Si, juramos, contestó el pueblo.

—“ ¿ Jurais ensalzar, difundir, enseñar y sostener nuestra santa fé católica ?

—“ Si, juramos.”

Don Francisco descendió del tablado, en medio de salvas, músicas guerreras y vítores, que el pueblo le dirigia. Hubo todo género de regocijos y fiestas, á las que se asociaban multitud de naturales.

Por lo que dejamos mencionado, Pizarro fué pues, el fundador de la recordada ciudad de Lima en el Perú.

Con marcado acierto y tino práctico habia arreglado el plano de la ciudad y por él dividió la tierra en cuadradas cuadradas, dejando por consiguiente el terreno necesario para calles y plazas públicas.

Uno de los primeros edificios levantados dentro de dicha traza, fué una iglesia, signo característico de los pueblos civilizados católicos: luego se construyó un palacio ó casa de gobernacion en la misma plaza principal, y así sucesivamente.

Mas tarde Salvatierra, Amat, Abascal y otros aventureros, que siguieron á Pizarro, formaron

puentes, acueductos, paseos y otros templos— Construyeron fuertes y obras de fortificación, siguiendo así las edificaciones, que lenta y progresivamente fueron formando aquella ciudad que mas tarde habia de ser célebre bajo diversos conceptos ; siendo de notar, que segun el sentir de historiadores serios, fué Lima el primer punto de la América del Sur, donde se imprimió el primer libro sud-americano por don Antonio Ricardo, en 1538, sobre doctrina cristiana ; el cual era destinado á enseñar á los naturales el idioma castellano y la religion cristiana.

Ese libro, del cual posee un ejemplar el general don Bartolomé Mitre, figura como el primero de la coleccion formada por órden del concilio de Lima en 1583 ; cuyas referencias acaban de ser constatadas en el bello discurso pronunciado por el distinguido jóven argentino Ernesto Quesada, en el congreso internacional de americanistas de Bruselas, en la sesion del 24 de setiembre de 1879.

En fin, el Perú es un pais tan hermoso y fértil como favorecido por la naturaleza, en sus productos, temperamento, cielo, y por último,

podemos decir, con Victor Tissot, que es un pedazo del Paraiso caido del Cielo.

Volviendo á Pizarro, no podemos dejar de reconocer que en sus últimos tiempos se mostró inhumano y despiadado hasta el extremo, y bien fuese que cediera á su natural inclinacion, ó que estuviera mal aconsejado, la verdad es que deshonoró su propio nombre y empañó mezquinó el brillo de sus armas, con actos repetidos de crueldad, sin ejemplo, llegando hasta hacer matar al rendido é indefenso Atahualpa; pero los designios de la Providencia son siempre tan infalibles como justicieros, segun lo demuestran los acontecimientos que pasamos á reseñar.

*
* *

Algun tiempo habia pasado despues de la muerte violenta del infortunado Atahualpa, y Pizarro seguia dominando aquellos vastos estados, en medio de sus triunfos y en brazos de la bella Coraní, á quien amaba realmente, no obstante la habitual tristeza de esta, ocasionada por los recuerdos de su primer amor, Emil-Capul,

que vivia siempre en su mente, como una ilusion deliciosa.

Dos veces habia esta preparado todo lo necesario, para huir de los brazos del español y buscar á su amado ; pero las dos veces habia retrocedido al considerar, si Emil-Capul la amaria siempre, y sobre todo, si despues de haber estado, aunque contra su voluntad, en poder del conquistador, le conservaria toda su estimacion y aprecio.

Éstas dudas retenian sus determinaciones é infundian desaliento y tristeza en su corazon ; no obstante que habia llegado á apreciar á Pizarro por sus constantes bondades y atenciones, pues la verdad era que se encontraba en el real alcázar, como una soberana, respetada, querida, complacida por todos, halagada y obsequiada ; en fin, tenia todo cuanto podia desear para ser feliz y estar contenta al lado de su padre y de Pizarro ; pero todo eso no llenaba su corazon, todo aquello no reemplazaba á su amado, ni le restituian las ilusiones del primer amor.

CAPITULO V

El templo subterráneo de los Incas y sus tesoros.

Un dia solicitó el padre de Coraní una entrevista con Pizarro, que le fué otorgada en el acto.

Se presentó el antiguo caudillo peruano ante el altivo español y le dijo :

Cristiano, aun cuando vos no sois de mi estirpe, y antes al contrario, sin razon ni justicia, habeis venido á arrebatarnos la patria, á subyugar la nacion y esterminar nuestras autoridades y nuestro culto ; sin embargo sois mi protector, me habeis declarado vuestro hermano, me habeis honrado con el título de amigo, y, sobre todo, amais á mi hija, la haceis feliz, y todos estos son títulos que obligan mi gratitud, por lo cual deseo, de algun modo, recompensar tan nobles acciones.

—Salimaú, exclamó don Francisco, si yo abatí en mis dominios el culto de vuestro Dios, fué para implantar otro que no podeis calificar de bárbaro, tiránico, sanguinario, ni opresor, sino

por el contrario, de conciliador, fraternal y bondadoso, que se complace en proporcionar la hospitalidad al que se la pide, que perdona al que nos agravia, que ama á todos como á hermanos.

Si destruí la autoridad del Inca fué un sacrificio necesario, para conquistar la paz y evitar el seguir derramando sangre ; por lo demás, yo no arrebaté vuestra patria, ahí la teneis ; ahí están vuestros hermanos, compatriotas y amigos, respetados y trabajando al amparo de nuestras leyes protectoras.

Vos me disteis voluntariamente á la bella Coraní, pero no la hice mi sierva, no la esclavicé : la amé y tiene á mi lado la mitad de mi vida : ella es respetada, adorada, señora y soberana. ¿Qué mas le hace falta ? ¿qué mas puedo darle ? decidlo, y proveeré en el acto.

—No, D. Francisco, nada tengo que pedir, y al contrario vengo á revelaros un secreto importante ; antes no lo habia hecho porque creia que hacia traicion á mis hermanos, á mi patria, á mi Dios ; pero hoy las cosas han cambiado, vos ya no sois mi enemigo sino mi her-

mano, vuestra causa es la de mi hija y la mia misma.

“Cercioraos de que estamos solos, que nadie nos escucha y volved para hablaros.”

Pizarro salió, recorrió sus estancias, dió las órdenes necesarias, y cuando vió que estaban realmente solos, regresó á donde se hallaba Salimaú, y le dijo—Podeis hablar con entera confianza, solos estamos.

—Sabeis, señor, que desciendo de familia de emperadores, que soy tio de los Atahualpas, y, por consiguiente, poseo los secretos de nuestros mayores.

—Lo sé, Salimaú, contestó Pizarro.

El indio prosiguió :

—Ya conoceis el jardin que se halla al extremo sur del parque de las estatuas y la calle ancha del centro, que está limitada, por sus dos costados, por frondosos árboles, antiguos rosales y fragantes jazmines ; conoceis tambien la tumba del emperador Manuntayá, que sirve de límite á esa hermosa calle, ¿ no es verdad ?

—En efecto, conozco todo eso, dijo don Francisco, sin atinar á donde iria á parar el indio.

—Ese sepulcro, continuó el viejo peruano, os-

tenta dos grandes columnas, sobre las que reposa la Estatua del Dia, representada por una bella jóven ó diosa alada, que tiene en la mano la antorcha de la luz. Dicho sepulcro está tapado por una lápida de rica piedra, llena de inscripciones, la que mide dos y medio codos de ancho, y cuatro de alto; cuya piedra gira hácia dentro, tocando uno de los doce botones del cinto que rodea el talle de la estatua, y permite la entrada á un corto pasadizo, donde aparece una puerta que da paso á la gran escalera subterránea de dos tramos, á cuyo fin se encuentra una amplia y lujosa galería, que conduce á la entrada de un templo donde se encuentran depositadas las grandes riquezas del trono.

—¿ Es posible ? dijo el español, abriendo tamaños ojos.

—Sí, escuchad, don Francisco :

Deseo poner en vuestras manos esos tesoros, y yo mismo os acompañaré para enseñaros ese desconocido camino y los resortes secretos.

—Salimaú, contestó Pizarro, os agradezco el afecto que me profesais, y os aseguro que esas riquezas de que me hablais, serán no solo mias sino de Coraní y vuestras.

—Bien, repuso el indio, mañana cuando el sol empiece á despuntar sus rayos y se iluminen las elevadas montañas, vendré á buscaros y ya habreis dado las necesarias órdenes al intento.

Pizarro despidió á Salimaú con marcadas muestras de afecto, y quedó esperando con ansia la vuelta del nuevø sol.

En efecto, al dia siguiente, cuando Febo empezaba á mostrarse á los mortales, Salimaú estaba ya esperando á Pizarro en el vestíbulo del palacio.

La comitiva era compuesta solamente de don Francisco, su secretario, Salimaú, la bella Coraní y Alvaro, el escudero mayor. Llevaban las antorchas y espíritus necesarios para preparar las luces, segun las instrucciones dadas por el caudillo peruano.

Llegaron al sepulcro de Manuntayá, y Salimaú trepó con sorprendente agilidad sobre el pedestal del mismo, luego subió por donde estaba la estatua, buscó el boton misterioso, y apoyó el dedo índice en él, pero sin resultado, pues el largo tiempo trascurrido, sin que se hubiera tocado, lo habia enmohecido sin duda; pero, redoblando sus esfuerzos, consiguió su intento,

y vieron Pizarro y los demás de la comitiva con gran sorpresa, que aquella lápida, que parecía firme como la del otro costado, giró sobre sus goznes hácia adentro, produciendo un ruido desagradable, y dejó libre la entrada.

Todos penetraron por aquella rara abertura á un pequeño y oscuro pasadizo, y, descendiendo la escalera subterránea de dos tramos, cruzaron por la hermosa galeria de que habia hablado Salimaú, cuyo pavimento era de mosaico con varias figuras y guardas trabajadas con arte. Los muros estaban cubiertos de un revoque ó especie de estuco brillante, formando grandes cuadros que representaban sacrificios, templos, batallas y otros asuntos; encontrándose aquí y allí estatuas de ídolos, emperadores, diosas, etc., ejecutadas en piedra con alguna inteligencia artística.

Llegaron á la puerta del templo que se abria por otro resorte secreto conocido por aquél: en seguida cruzaron un amplio vestíbulo lleno de columnas caneladas, y entraron con sus antorchas, encendiendo las piras que se encontraban de trecho en trecho, en uno y otro costado de la espaciosa nave del centro, las que vinieron á

dar un resplandor imponente, y quedó todo iluminado de una manera fantástica.

¡ Cuál no fué la sorpresa de aquella gente, al recorrer aquel hermoso recinto que se ofrecía á su vista de una manera inesperada !

El gran salon ó sea la nave principal de aquel gran edificio, estaba apoyada sobre diez columnas de cada lado, el techo en forma de bóveda representaba el firmamento, todo azul y sembrado de estrellas de plata. Colgaban grandes y hermosas lámparas, también de plata, sostenidas por cadenillas de lo mismo, donde se colocaban las luces, notándose en el centro otra mayor con nueve brazos.

En los costados de derecha é izquierda había bancos forrados de rica tela punzó colocados entre columna y columna.

Al fin del templo se veía una especie de altar, con un gran dosel, bajo del cual se encontraba una silla toda de plata; á espalda de la cual, aparecía un gran trofeo de armas de la época, y mas arriba relucía un sol de grandes dimensiones, todo de oro bruñido y macizo; á derecha é izquierda de éste, la luna y la tierra; y por último en ambos costados había dos láminas

grandes de reluciente plata, con símbolos é inscripciones, que parecia no tener otro objeto que ése; pero la de la izquierda servia de puerta ó entrada á una arca ó pequeño cuarto, donde se encontraban depositadas grandes riquezas, particularmente para los españoles que podian apreciar mejor su verdadero valor; y cuyo detalle es el siguiente :

Dos cetros de oro de codo y medio de largo, perfectamente cincelados.

Dos coronas del mismo metal, una orlada de grandes esmeraldas, y la otra con diamantes, esmeraldas y otras piedras preciosas en número de ciento y veinte—esto era sorprendente.

Un candelabro de oro purísimo de trece luces, conmemorativas de las treces lunas del año.

Dos copones de oro, uno mas grande que el otro, pero ambos de una misma forma, elegantes y cincelados.

Una maravillosa y espléndida alhaja de tres codos de altura, trabajada toda en plata y oro, representando el fronton de un templo, con cinco escalones, dos columnas á los costados de la entrada, sobre las cuales se apoyaba un triángulo, ó tímpano con altos relieves; y arriba se

ostentaba un sol con sus rayos bruñidos, trabajado primorosamente en oro puro y macizo, conteniendo este hermoso monumento multitud de valiosas piedras.

Un ídolo pequeño, trabajado en una piedra parecida á la malaquita.

Una larga cadena de oro puro, de eslabones redondos y de gran peso; puesto que un hombre, solo podria llevar en la mano una vara de ella.

Dos cinturones de plata, con sobrepuestos cincelados, de oro.

Una gran plancha, ó escudo de oro, sobre el cual se observaba una escritura de caracteres incomprensibles; y, por fin, otras cosas secundarias.

Todo aquello representaba una fortuna fabulosa, que solo podria cargarse en carros; tal era su volúmen y peso.

Luego recorrieron el resto del templo, tropezando á cada paso con un objeto de valor que los llenaba de admiracion, sin poder convencerse de lo que sus ojos veian.

Don Francisco se aproximó á su Coraní, y le preguntó si conocia aquella rica mansion.

—Oh ! sí, le contestó, tanto, cuanto he conocido el cuarto de mi cara madre.

—¿ Luego habeis estado muchas veces aquí ?

—Sí, sí, siempre, desde mis primeros años, he frecuentado este templo con mi madre y despues que ésta murió, con mi padre.

—¿ Y cómo es que no me habeis referido todo esto ?

—Ese secreto no era mio, don Francisco, y por consiguiente no podia revelarlo á nadie, pues habria hecho traicion á mi Dios.

—Sin embargo, Coraní, Salimaú vuestro padre, me lo ha revelado todo espontáneamente.

—El es responsable de sus actos, y en ello no me mezclo en manera alguna.

—¿ Os desagrada acaso, mi querida Coraní, que yo conozca ese secreto ?

—No, don Francisco, no me habeis comprendido bien, no he querido decir que me desagrada, nada de eso, sino que yo no me creí autorizada para haceros tal revelacion.

—Bien, mi Coraní, agregó con afecto don Francisco, tomándole la mano, estoy satisfecho y admirado de la rectitud y firmeza de vuestro carácter.—En seguida abandonaron aquel tem-

plo prodigioso, que parecia un sueño ó cuento de hadas, y no una realidad, formando, por tanto, Pizarro grandes proyectos, y repitiendo á Salimaú sus agradecimientos por aquella importante revelacion.

Desde aquel dia Salimaú fué para Pizarro su brazo derecho, pues ya no podia dudar de su lealtad y fidelidad, y por otra parte, aquel caudillo era hombre experimentado, de alguna instruccion y, sobre todo, gran conocedor del país, de sus habitantes y de su carácter, por lo que estaba en condiciones de prestarle buenos servicios que él sabia utilizar de un modo conveniente.

CAPITULO VI

Muerte de Coraní y de Emil-Capul.

Despues del desaparecimiento de Salimaú y su hija Coraní, Emil-Capul no cesó de averiguar el paradero de su querida, pero jamás pudo suponer que su padre despechado de odio contra Atahualpa, perseguidor de su hija, habria tomado la horrible determinacion de ir á ponerse bajo la proteccion del invasor de su patria y que le hubiese entregado su hija.

Cuando descubrió todo esto el ardoroso jóven de la *selva verde*, cayó en la mas lamentable desesperacion, formando los proyectos mas temerarios de venganza contra Salimaú, Pizarro y Coraní, no obstante que reconocia que ésta no era culpable; pero no podia conformarse con que aquel ángel de candor y pureza, aquella vírgen, que levantó en su pecho el primer latido de amor, estuviese en manos del enemigo de su patria y de su Dios.

Formó el proyecto de introducirse en el alcázar del usurpador español y matarle, para librar

así al Perú de su verdugo y á Coraní de su tirano.

Esta idea lo agitaba de dia y de noche, rondaba el palacio de Pizarro bajo diversos disfraces, esperando un momento propicio para llevar á cabo su designio temerario.

Un dia, en que Pizarro daba una comida á sus compañeros de armas, se detuvieron en la sobre-mesa mas de lo de costumbre ; luego pasaron al gran salon, donde habia mucha gente ; en tanto que Emil-Capul vagaba furtivo por el parque observando todo, con su corazon oprimido ; cuando, hé aquí, que se presenta á sus ojos Coraní del brazo de un hombre—El indio con una actitud salvaje echó mano instintivamente al puñal, con un gesto de ferocidad, haciendo rechinar sus dientes.

Coraní iba vestida y ataviada como una reina : estaba hermosísima como jamás la habia visto, y el hombre que la acompañaba tenia un continente audaz y arrogante, ceñia larga espada al cinto, y creyó por consiguiente que aquel hombre era su odiado rival.

La sangre se agolpó á su cabeza, la horrible pasion de los celos, y la sed de vengarse se le-

vantaron en su corazon, como una furiosa tempestad : se puso iracundo y ciego de furor.

En aquel momento notó que aquel personaje dejaba á Coraní y se dirijia con otro al parque, en busca, sin duda, de fresco ; de modo que, así que le vió cruzar á cierta distancia, salió el indio de entre las sombras, como el tigre enfurecido, y cayó sobre aquel hombre, que marchaba alegre y descuidado, hundiéndole en el pecho su puñal hasta el cabo, traspasándole el corazon y cayendo en seguida envuelto en un arroyo de sangre. Pocos momentos despues, espiraba aquel infeliz.

Emil-Capúl corrió, como un rayo, al salon, en busca de su amada Coraní, á quien pretendia salvar; pero antes de llegar fué tomado por las guardias, á pesar de su inútil y temeraria resistencia, poniéndosele en conveniente seguridad.

Aquel hecho inaudito produjo un terror pánico en todos. Las guardias se pusieron sobre las armas, pues no sabian si aquello responderia á una traicion, ó á algun motin.

Pizarro en persona tomó las medidas necesarias de seguridad, recorrió con su gente todos

los puntos circunvecinos ; en aquella noche de agitacion, nadie durmió en el palacio.

Al dia siguiente se hicieron las debidas averiguaciones, se registraron las comarcas y lugares apartados, y se vió que no habia mérito alguno para temer una revolucion, ó complot misterioso, y que aquel hecho bárbaro era aislado y debia responder á causas personales, por lo que resolvió Pizarro interrogar, por sí mismo, al matador del gefe de sus guardias.

Dió orden para que condujesen al reo á su presencia, y con las precauciones del caso lo llevaron á un gran salon, donde estaba Pizarro con sus gefes principales, formando tribunal.

El indio era jóven, alto, ojos vivos y penetrantes, de fisonomia franca, varonil, dulce y simpática, que prevenia en su favor.

Pizarro lo observó con atencion, examinándolo, como suele decirse, de la cabeza á los piés, con una mirada rápida y escudriñadora.

Este jóven se presenta ante aquel imponente tribunal militar, como si no se tratase de un crimen, con una serenidad en su semblante sorprendente, su mirada tan tranquila y dulce que

interesaba á los que iban á juzgarlo y decidir de su suerte.

El tribunal ocupaba una testera del gran salon.

Emil-Capúl estaba de pié, con cuatro soldados á su lado, y tomando la palabra el presidente, es decir, don Francisco de Pizarro, le dijo: ¿qué edad teneis?

—No recuerdo el dia que mi madre me hizo ver el Sol.

—¿Desde cuándo estabais vos en el palacio ayer?

—Desde que se ocultó á los hombres la antorcha de los cielos.

—¿Quién os franqueó la entrada?

—Yo solo penetré á favor de las sombras.

—¿Vos solo?

—Sí, puesto que este palacio me és muy conocido.

—¿Lo conociais?

—Desde mis primeros años, ó al menos desde que sentí latir mi corazon, y no hay un escondite, subterráneo ó secreto, que no esté á mi alcance.

—¡Oh! murmuró Pizarro.

—¿ Quiénes os han impulsado á cometer el crimen ?

—Mi sola voluntad.

—¿ Con qué objeto os habeis manchado con sangre ?

—Con el de libertar á mi patria de su tirano y vengar al emperador, sacrificado inhumana y cobardemente por Pizarro, á quien he muerto.

—¿ Cómo, exclamó el conquistador asombrado, es á Pizarro á quien habeis asesinado anoche en el Parque ?

—Sí, y no me arrepiento, aun cuando sé que en ello va mi cabeza, pues es glorioso morir por la patria amada.

El modo de contestar de aquel valiente jóven interesaba á todos.

Pizarro, mirándolo con cierta admiracion, le preguntó,—¿ cuál es vuestro nombre ?

Emil-Capúl,—contestó el indio en alta voz, con orgullo y vigor.

En aquel instante se oyó un débil éco y un golpe como si algo pesado hubiera caido al suelo, y aun cuando Pizarro y Emil-Capúl dieron vuelta hácia el lugar donde se oyó el ruido, pasó inapercibido.

El eco y el golpe fueron producidos por Coraní, que guiada por la curiosidad, y habiendo oído decir que el asesino era un jóven indio muy bello y simpático, movióse su corazón é interés, pues se trataba de un compatriota: habia venido cerca del salón, pero no podia ver lo que pasaba, sinó oír lo que se decia, aun cuando no muy claramente.

Las primeras palabras del reo no las percibió bien, pero, sin saber por qué, su corazón se conmovió, como si un golpe eléctrico la hubiese herido; pero cuando el interrogado contestó, con voz firme y arrogante, *me llamo Emil-Capul*, reconoció entonces á su amante y cayó al suelo desmayada. Allí pasó Coraní largo rato sin sentidos, hasta que volvió en sí, y con gran trabajo pudo llegar hasta su cuarto, donde se hizo atender por las gentes de su servicio.

El interrogatorio habia seguido, y en él declaró, como se ha visto, que habia muerto á Pizarro, porque era el usurpador de su patria, el matador del monarca y el que habia hecho desgraciado á su pueblo.

Resulta, pues, que aquel indio creia haber muerto á Pizarro, y que una circunstancia ca-

sual, ó mas bien dicho, providencial, habia librado á éste de ser víctima del puñal de aquel fanático.

Emil-Capúl sufrió un desengaño terrible al saber que fatalmente se habia equivocado y muerto á otro por su odiado rival. Los ojos del indio se pusieron sombríos, y el dolor ó la rabia se pintó en su semblante, y solo sentia en aquel momento no tener á la mano una arma, para poner fin á su vida.

Terminado el interrogatorio, y estando, como estaba el reo, convicto y confeso, fué sentenciado á muerte y ordenada la ejecucion, en seguida, de aquel desgraciado amante y ardoroso patriota.

*
* *

Coraní estaba inconsolable, y con el corazon destrozado, al ver á su amante, al jóven de sus ensueños, á su primero y verdadero amor, en riesgo de perder la vida.

No atinaba con el partido que debia tomar, pero estaba resuelta á todo, para salvarlo del patíbulo.

Se disponia para ir á hablar con Pizarro,

cuando Tanaa, una vieja india del servicio de palacio, penetró en su estancia, y con cara asustada y ademan misterioso, le mostró y entregó un pequeño papelito, como la hoja de un cigarro, y salió precipitadamente.

Tomó aquel pequeño escrito que lee con emocion y sobresalto.

Decia :

“ ¡ Ingrata ! sacrificaste mi amor, en tanto que yo sacrificio por tí mi vida—Adios recuerdos felices de la *selva verde* !!! ”

La india cae en la desesperacion mas completa, se agarra los cabellos, corre de una á otra parte, como si hubiese perdido la razon; pero luego se detiene, toma su determinacion y jura ante su Dios salvar á Emil-Capúl, ó morir con él.

En consecuencia, se dirige á donde estaba Pizarro y fingiéndole el mayor cariño y, tributándole los mayores halagos, le pidió la vida de aquel jóven; pero el español se sorprendió de aquellos rasgos de cariño, no usados por Coraní, y mucho mas, de aquella inesperada demanda, miró á Coraní con cierto ceño y en seguida le dijo :—¿ Cómo es que venís á interceder y pedir

nada menos que por la vida de un asesino, cuando solo un error, ó la mano protectora de la Providencia ha podido librarme del puñal de ese bárbaro, y sois vos, Coraní, quien me pide su perdon? Francamente no atino á comprender esa ternura. Y prosiguió;

—; Es acaso vuestro hermano, pariente ó..... (y se detuvo Pizarro, por no pronunciar la palabra amante) vuestro amigo predilecto?—La verdad es que por la imaginacion de Pizarro cruzó una nube oscura de celos, ó de algun sentimiento que lo inquietó, y resolvió no perdonar la vida de aquel hombre.

Coraní, bajo una agitacion que no podia disimular, le contestó que era simplemente un compatriota y jóven, que acaso lo habia ofuscado un amor mal entendido de la patria, y que, sobre todo, era la primera vez que le pedia una gracia y que no debia negársela.

En el semblante de Pizarro se pintó el dolor y la rabia y rechazando á Coraní, que se le habia acercado, salió precipitadamente del salon, y mandó acelerar la ejecucion del reo.

La pobre india quedó anonadada y con su razon ofuscada, sus ojos clavados en tierra, ató-

nita, inmóvil y sin articular palabra. Un largo rato cruzó en esta situación, cuando se despertó, por decirlo así, de su letargo, ó estupor, al oír el toque de los tambores y cornetas, estremeciéndose al sentir la marcha de los soldados.

Sube precipitadamente á las alturas del palacio, sin darse cuenta á donde iba, ni de lo que pensaba hacer, ve la tropa que se acercaba, trayendo en medio á Emil-Capul, que marchaba con la cabeza baja, pero resueltamente; el corazón de la india se oprimió, como si hubiese cesado de latir; la sangre ardiente de los Incas se levantó como una tempestad, su cerebro se trastornó por completo, y en aquel momento Emil-Capul levantó casualmente sus ojos al cielo, y al hacerlo, tropezaron con la hermosa Coraní, á quien allá en las alturas veía, como una ilusión celestial, que venía á hermopear su suplicio. El indio llevó la mano derecha á su corazón, diciéndose en voz baja “aquí, ingrata, llevo tu imagen, y moriré con tu nombre en mis labios”; en tanto que, en aquel mismo momento, Coraní, movida por un impulso secreto, lleva también la mano derecha á su oprimido corazón, y por una coincidencia rara, ella pronuncia estas

palabras “ Aquí, en mi corazón, va tu imagen, ¡oh, amigo querido de mi infancia! y juntos iremos á unirnos en el cielo.”

En aquel momento la tropa desfilaba por delante del palacio. Coraní no derramaba ni una sola lágrima, su semblante era fiero, su cabello se había desprendido en desorden y flotaba agitado por el viento, como si fuera un ángel que se había detenido allí al descender de los cielos; todos habían levantado los ojos, para mirar aquel genio, aquella hermosa visión.

Coraní, en su atroz delirio, abre sus brazos, mira al cielo, y loca de dolor, y ofuscada, se arroja sobre las lanzas de los soldados, cae entre ellos, levantándose un grito general de sorpresa y horror. Una lanza penetra por su cuerpo y otra traspasa, de parte á parte su contorneada y hermosa garganta.

Emil-Capúl, en su desesperación y dolor, corre á abrazar á la infeliz Coraní ensangrentada, hecha pedazos y agonizante; pero aun ella pronuncia estas murientes y tristes palabras: “ amigo, juntos allá”, señaló al cielo y espiró. El indio intenta arrebatar una arma para darse la muerte, pero no lo consigue, se dirige á los sol-

dados y les dice, “ por piedad, matadme ” ; pero viendo que ninguno se movia á apuntar sus armas, esclama “ ; cobardes ! teneis miedo de arrancar la vida á este desgraciado, tirad ” , gritó, abriendo con ambas manos la ropa de su pecho, “ tirad ” , repite.

Dos soldados de los designados para tiradores en la ejecucion bajaron sus armas y las descargaron sobre el indio, este dió una vuelta, levantó los brazos, tambaleó su cuerpo y fué á caer sobre el cadáver aun caliente de Coraní.

Juntos fueron enterrados aquellos dos jóvenes desgraciados, y juntas sus almas emprendieron el tremendo viaje de la eternidad, buscando la felicidad perdida allá en la patria espiritual.

*
* *

Dias despues de los sucesos que acabamos de narrar, murió de pena el viejo caudillo Salimaú, odiado de sus compatriotas que lo clasificaban de tráfuga, traidor á la patria, y de infame, por la revelacion, que hizo á Pizarro, del templo subterráneo, donde estaban las cuantiosas riquezas y objetos venerados del culto.

A partir de aquella época, el carácter de don

Francisco de Pizarro se tornó agrio, despótico y cruel: no encontraba cosa que le agradase, tomaba con frecuencia resoluciones violentas y concluyó por hacerse temible.

El despotismo y crueldades del conquistador español ya no se detenía en consideración alguna; al extremo que, viéndose contrariado por su compañero de cruzada y socio, don Diego de Almagro, para remover estorbos de su camino, lo hizo degollar por su hermano Hernando Pizarro, para quedar, como quedó, dueño absoluto del estenso, rico y poderoso imperio de los Incas, dominando él solo, desde las posesiones de los Charcas, hasta los confines de Quito; pero esos hechos inauditos produjeron un efecto terrible en su pueblo, pues ya nadie consideraba segura su cabeza, y puede decirse que desde el día terrible en que hizo rodar la cabeza del enunciado Almagro, desde ése empezó á vacilar su autoridad y poder, sembrándose la desconfianza por todas partes.

Pizarro comprendió perfectamente los riesgos y peligros que corría y así se rodeaba siempre de guardias y de todo género de precauciones; pero, al fin, fué asesinado en su propio alcázar

por los secuaces del jóven valeroso don Diego de Almagro, hijo del anterior, que á la sazón gobernaba casi todas las posesiones del rico Cuzco y que habia jurado sobre los manes de su desgraciado padre, vengaria, como en efecto vengó, su sangre cruel y bárbaramente derramada por Pizarro.

La revolucion dirigida por el jóven Almagro fué tan hábilmente combinada, que Pizarro no sospechó cosa alguna hasta el momento de estallar, sin poder por consiguiente conjurarla ni salvarse.

Antes de terminar estos recuerdos históricos, nos es grato referir aquí las noticias que don Ramon Campuzano y Gonzalez nos trasmite, respecto de estos países.

Refiérenos, pues, este distinguido historiador que cuando, en 1539, don Gonzalo Pizarro salió de Quito, con una famosa y bien organizada expedicion, para ir á descubrir el pais de la Canela, sufrió los mas crudos padecimientos, hambres y miserias : todas las ropas de los expedicionarios se pudrieron con la abundancia de lluvias que espermentaron en el tránsito, al extremo de caer en girones de sus cuerpos, que-

dando completamente desnudos, y así llegaron á hacer la terrible travesía de los gigantescos Andes, donde perecieron muchas personas, quemadas por aquellos sempiternos hielos.

Siguiendo esta expedición fueron detenidos por un inmenso y caudaloso río, de una extensión incalculable donde se encontraron mujeres indias y por eso le llamaron “Río de las Amazonas”; pero lo más notable es que ya en 1539, aquellas desiertas regiones eran sacudidas por temblores y terremotos, pues los expedicionarios referían que fueron sorprendidos por tempestades tan espantosas que se oscurecía el sol, quedando de día en las tinieblas, y que experimentaron terremotos y sacudimientos tan fuertes, que la tierra se abría en grandes grietas, mostrándoles unas profundidades que los llenaban de terror.

No continuaremos más adelante con estas referencias de la historia del descubrimiento de América, porque, á más de ser conocida, se aleja un tanto de nuestro propósito, y otras inteligencias más amplias y eruditas hánse ocupado ya de ello en repetidas obras; así pues, volveremos sobre los sucesos que nos hemos propuesto trazar.

CAPITULO VII

La ciudad de Lima—Reminiscencias sobre nuestra emancipacion política.

Lima es la ciudad capital de la República peruana, la que fué tan espectable por ciertas peculiaridades, debidas á su clima, hábitos nacionales, educacion y especialmente por el rol que jugó en nuestra emancipacion política, en razon de haber sido su puerto, el Callao, la última plaza fuerte que conservaran los españoles en la América del Sur.

Señalaremos á grandes rasgos los célebres acontecimientos que llevaron las armas de la Libertad al imperio de los Incas y á la Ciudad de los Reyes, ó Ciudad Real, título que dió á Lima el emperador Carlos V, el dia 7 de diciembre de 1537.

El génio de la guerra don José de San Martín, meditador profundo, soldado previsor, inteligencia rápida como el rayo de Marte, con el alma fundida por Dios, para la estrategia, preparaba y organizaba en las Provincias de Cuyo, con los elementos de éstas y bajo la base de la

de Mendoza, que era el pueblo de sus simpatías y de sus mas gratos recuerdos, su ejército de los Andes, apoyado poderosamente por los gobiernos de Buenos Aires y muy señaladamente por el del jeneral don Juan Martin de Pueyrredon, director entónces de las Provincias Unidas del Rio de la Plata, quien prestó una proteccion decidida al pensamiento de San Martin, de llevar el estandarte de la independencia hasta Chile y el Perú.

En efecto, Buenos Aires enviaba con profusion, plata, vestuarios, armas, y cuantos elementos precisaba el ejército espedicionario. Esta sociedad se agitaba en todos los centros políticos y reuniones, con las ideas de la independencia, y hasta nuestras señoritas y distinguidas matronas trabajaban arduosamente en ese sentido sin omitir el sacrificio de sus caudales ni la sangre de sus hijos ; porque á la verdad, nuestras heroínas no han sido como las que figuraron en la revolucion francesa.

Madama Roland se envolvía en la polvareda que Robespierre, gefe de los jacobinos ó demagogos del 93, levantaba desde el viejo convento de jacobinos de la calle de Saint Honoré, en Pa-

ris, hasta que los girondinos, movidos por los infortunios de la patria y los lamentos del pueblo, se lanzaron al sacrificio y á la revolucion.

Madama Roland figuró en los centros políticos, en los ardientes y tempestuosos conciliábulos; tuvo la habilidad de arrastrar las multitudes, incendiar los corazones, y colocar las armas fratricidas en manos de la plebe y así se levantó como una gran figura, pues la verdad es que hasta para morir en el cadalso demostró valor y orgullo esa mujer singular.

Carlota Corday, bella, espiritual, aspirante é intrigante, esgrimiendo todas las armas de su vasto arsenal hasta las de su cuerpo y hermosura, para llegar á escalar una elevada posicion y conquistarse un renombre, llegó, en sus devaneos, en esa fiebre que la devoraba, hasta asesinar á Juan Pablo Marat, que se hallaba en el baño, donde hundió su puñal, sin piedad alguna, á aquel famoso demagogo de la revolucion francesa y sanguinario insaciable.

Carlota Corday, esa hermosa mujer, fué presa muy luego y condenada á muerte, sin tener quien la salvase de las garras del verdugo.

Esa aventurera engañosa, astuta y fementida,

vió que podía elevarse y figurar en la Francia, y lo consiguió traficando con su belleza y enagenando sus favores; ¿pero qué consiguió Carlota con ensangrentar sus manos, dando muerte al sanguinario Marat?, que despues de éste viniera Hebert gefe de los Sans-Culottes, y se prolongasen sin término los infortunios de la Francia.

Las heroínas de nuestra revolucion no fueron como aquellas, ¡oh, no!—nuestras damas, ardiendo en fuego patrio, nobles, elevadas y virtuosas, como las señoras doña Tomasa de la Quintana, doña Gerónima San Martin y tantas otras, se ocupaban en reunir sigilosamente á sus amigas patriotas, exhortándolas á sacrificar sus economías y sus joyas para que cada una comprase, aun cuando no fuese mas que un fusil, para ponerlo en manos de sus hijos y lanzarlos á la noble cruzada de la independiacion.

Ellas levantaron el gorro frigio y desplegaron la bandera de la libertad, alentando á sus esposos para la lucha, y cual nuevas y valientes espartanas educaban á sus hijos para la patria, la libertad y el sacrificio.

No creemos exagerado decir, que Buenos Aires fué la robusta nodriza que dió alimentacion y vida á la grande idea de la regeneracion ; que en Buenos Aires tuvo principio el credo sagrado de la independenciam ; y que, por fin, Buenos Aires contribuyó con poderosos elementos á fin de estirpar para siempre el coloniage de tres centurias de estagnacion y abatimiento.

Nuestros padres supieron armar su fuerte brazo inspirados en las ideas de libertad é independenciam, lanzadas por el éco dulce y persuasivo de las vestales argentinas y por aquellos héroes ó nuevos titanes que describieron con la punta de sus espadas un círculo que abrazó los límites de nuevas repúblicas, que nacieron á la independenciam, proclamada en el Capitolio del Cabildo de la ciudad de Buenos Aires, donde se reunieron nuestros ilustres patricios y de donde partieron los rayos abrasadores de la libertad que iluminaron todo un continente.

*
* *

Volviendo á nuestro punto de partida, agregaremos, que San Martín, no solo tuvo el pensa-

miento de llevar á los pueblos, que deseaba libertar de la dominacion española, el eco conmovedor y prepotente del cañon, sino que tambien fué su mente hablarles con la voz insinuante y persuasiva de la diplomacia, sin perjuicio de poner en juego la estrategia y las combinaciones políticas.

Así pues, se puso en comunicacion con los liberales que habia del lado opuesto de las encumbradas cordilleras, para auxiliar y fomentar sublevaciones contra el poder colonial.

Empezó por hostilizar fuertemente y llamar la atencion de los españoles por distintos puntos de aquel por el cual pensaba encaminar su ejército, lanzando los guerrilleros de Calchagua y al valiente Freire que con habilidad y tino práctico se aparecian al enemigo en todas direcciones.

En los primeros albores del 17 de enero de 1817 las músicas guerreras anunciaban el movimiento de nuestro ejército republicano, que abria sus marchas bajo la hermosa bandera azul y blanca, agitada por las brisas alentadoras de la libertad; habiendo mas tarde dividido el ejército en tres grandes cuerpos. El primero, ó sea

el de reserva, quedó bajo sus inmediatas órdenes; el de vanguardia fué confiado al joven general don Miguel Estanislao Soler; y el del centro al general don Bernardo O'Higgins, y así siguió el ejército su derrotero, hasta Putaendo, en Aconcagua.

El general Maroto, que comandaba el ejército realista, se había situado en la falda de la cuesta de Chacabuco, bajo la sorpresa mas grande, pues los viejos y aguerridos jefes y oficiales españoles no podían detener la impetuosa marcha y gloriosos triunfos de las armas de las Provincias Unidas, que á impulso de un ardor santo y de esa mágica palabra de Libertad vencían todas las dificultades, salvaban cordilleras, rios y montañas, como conducidos por la mano del Dios de las victorias.

El general San Martín busca y encuentra á su adversario; lo observa, estudia la embarazosa posición que había tomado, prepara todos sus elementos, los organiza y dispone, hasta que el sol radiante del memorable 12 de febrero del mismo año 1817 alumbró los campos de Chacabuco, donde el hábil y valiente general abatió el orgullo español, pues la acción de Chacabuco

fué el gran hecho de armas, que, puede decirse, abrió la puerta del templo de la independencia de Chile y el Perú.

Los resultados de esta gloriosa jornada fueron, quedar en nuestro poder el parque de la artillería enemiga, cantidad de armamento, el estandarte de Chiloé, y seis mas, 500 muertos en el campo de batalla y 600 prisioneros, bagajes, ambulancia, etc. El resto del ejército realista, aterrorizado, despedazado y en el mayor desorden, hizo una retirada desesperada yendo á refugiarse á Valparaiso.

Las fuerzas al mando del valiente general don Miguel Estanislao Soler, el héroe del Cerro de la Victoria, en Montevideo, y que tanto se distinguió en Chacabuco contribuyendo á la restauracion de Chile, fueron las primeras que entraron triunfantes en Santiago, donde las recibieron con el mayor entusiasmo y muestras de simpatías.

Chacabuco es una página gloriosa para nuestras armas, y puede decirse que ya en esa época empezaban á figurar como militares de pericia y valor don Aniceto Vega, don Manuel Suarez, don Pedro José Diaz, á quien el entónces coro-

nel don Enrique Martínez llamaba el cargador; Rico, Lavalle, Laprida, el bravo don Félix Olazabal, mas tarde héroe de Pichincha, laureado y condecorado por cuatro Repúblicas, que fué herido en Chacabuco de bala de fusil en el brazo derecho, y tantos otros que alcanzaron el renombre de bravos y beneméritos á la patria.

*
* *

La libertad é independencia de Chile quedó afianzada á la faz del mundo y establecido un gobierno emanado de la suprema voluntad del pueblo, el que recayó en el benemérito general O'Higgins, amigo de San Martín y el hombre de sus simpatías.

Nuestros brazos fueron coronados mas tarde con victorias de gran trascendencia para la causa americana, en diversos combates parciales; pero el enemigo recibe nuevos y poderosos refuerzos por mar, y se dispone orgulloso á disputarnos la prosecucion de nuestros triunfos.

Sin embargo, el genio alado de los combates no siempre nos ciñe los apetecidos laureles de la victoria; pues el ejército patriota esperimentó

un rudo golpe el 19 de marzo de 1818, en la sorpresa sufrida en la noche terrible de Talca é infausta derrota de Cancha-Rayada, que desorganizó y dispersó la mayor parte de nuestro ejército, en tanto que recobraba valor y energia el contrario; no obstante, San Martin, O'Higgins, Balcarce, Zapiola, y otros bravos, y sobre todo Las Heras, empezaron á reorganizar el ejército en San Fernando, siguiendo la retirada hasta Rancagua, donde el primero pasó su gran revista, de la que quedó altamente satisfecho.

El pueblo chileno ofrece y entrega sus tesoros, al ver la patria en peligro, el comercio concurre poderosamente á este objeto, y por fin hasta las damas chilenas, con nobleza y patriotismo, reúnen sus joyas mas preciosas y todo lo ponen á disposicion del general, para salvar la patria, ofreciéndole hasta la vida de sus hijos para tan santo fin.

Pocos dias bastaron al atinado guerrero para alistar sus legiones, que ansiaban ya el momento de ponerse otra vez frente al enemigo, para reivindicar con usura y con gloria la sorpresa de Cancha-Rayada.

El ejército estaba decidido á vencer ó morir, en tanto que el general San Martín no descansa ni se inclina ante la adversidad y los reveses.

Su ardor patrio centuplica sus fuerzas, entusiasmo con su ejemplo y con su palabra viril el corazón ardoroso y noble de sus gefes y oficiales, vigila incansable y severo la disciplina general de sus bravos, y por fin los prepara para nuevos combates, yendo á situarse en los llanos de Maipo, donde espera al ejército enemigo para batirlo. Este se aproximaba rápidamente comandado por el general don Mariano Osorio.

En la noche del 4 de abril de 1818, el enemigo llega hasta frente del ejército patriota y se sitúa á muy corta distancia, para preparar y organizar sus elementos y entrar en fuego.

¡ Gran expectativa !

Estremada vigilancia y silencio.

Todos en pié sin dormir, fusil al hombro, sable al cinto, y lanza en ristre.

Así que los primeros é imperceptibles tintes purpurinos, precursores de la nueva aurora empezaron á diseñarse, el general San Martín hizo personalmente, á golpe de anteojo, un furtivo

reconocimiento sobre las posiciones tomadas por el ejército enemigo.

Regresa á su campo, conferencia rápidamente con sus gefes principales, y les dice, con el semblante laureado por la gloria y la confianza : —“ Compañeros de armas, Ossorio es mas inepto de lo que yo hubiera podido pensar, y espero en el Dios tutelar de la Patria, que el sol que dentro de pocos momentos, va á despuntar sobre las crestas de las elevadas Cordilleras de los Andes, alumbrará el triunfo mas completo de nuestras armas republicanas ”.

Gran entusiasmo en toda la línea !

Los ejércitos se contemplan en una actitud imponente y silenciosa, los cañones se alistan para el momento de romper el fuego, las armas se preparan, los batallones y todos los cuerpos del ejército entran á tomar sus respectivas posiciones en el órden de batalla.

La derecha, se confió al benemérito jeneral don Juan Gregorio de las Heras.

La izquierda, al bravo coronel don Rudecindo Alvarado.

El cuerpo que componía la reserva, al coronel don Hilarion de la Quintana.

La artillería se dividió en dos secciones, mas ó menos iguales, protejiendo las infanterías de las alas derecha é izquierda, al mando de los sargentos mayores Ciceron y Borgoño.

Los renombrados granaderos á caballo, comandados por el general don Matias Zapiola, ocuparon la retaguardia de la derecha en proteccion de ese costado.

Los coraceros á caballo, á las inmediatas órdenes del coronel don Ramon Freyre, formando tambien á retaguardia en el costado izquierdo y en proteccion de esa ala.

El cuerpo de lanceros de la Escolta, se incorporó á la reserva.

Hecha esta distribucion, se confió el mando en jefe de las infanterías de derecha é izquierda al celo y pericia militar del bravo brigadier don Antonio G. Balcarce; y las de reserva con su respectiva caballería, quedaron á las órdenes del mismo jeneral don José de San Martin.

Esta fué la colocacion y distribucion que se dió á los cuerpos de nuestro ejército libertador, estando ya frente al envalentonado enemigo.

El entusiasmo que reinaba en las filas de nuestros bravos era grande, y hacia esperar,

con fundamento, un resultado feliz, tal era la organizacion y atinadas precauciones tomadas por el director del ejército.

Ademas, el punto de visual ocupado por el jeneral San Martin, estaria señalado durante la accion, por una bandera tricolor ; y el del parque de reserva, lo estaria, á su vez, por otra de color encarnado.

Todos los jefes en pelea, fueron prevenidos anticipadamente, que cuando se levantasen tres banderas á un mismo tiempo, en el campo del jeneral en jefe, es decir, la tricolor de Chile, la bicolor de las Provincias Unidas del Rio de la Plata, y una encarnada, debian todos los cuerpos dar el grito de *Viva la Patria*, y en seguida cargar resuelta é intrépidamente al arma blanca, al enemigo que tuvieran al frente.

La accion iba á empezar !

Dentro de breves momentos, las alas negras y ensangrentadas de la muerte, empezarán á agitarse fatidicamente sobre Maipo.

Todo está preparado !!

San Martin lanza estratégicamente sus ardo-rosas é indómitas legiones, precipita sus movimientos y ataca con decision y fiereza al español.

El ejército realista resiste con denuedo, y responde valeroso á nuestras impetuosas cargas; la victoria se hace dudosa, por algunos momentos; pero en el campo del jeneral, se levantan las banderas tricolor, la bicolor y la encarnada: ¡oh momento supremo!—El ejército republicano, lanza con eco atronador el grito entusiasta de ¡*viva la patria!* y cae sobre el enemigo como el rayo esterminador.

El cañon hirviente, vomita bala y metralla en todas direcciones, la aguda y acerada lanza, el corvo sable y la puntiaguda bayoneta, siembran por doquier la muerte; aquí Balcarce ó Alvarado, allí Las Heras ó Quintana, en todas partes Zapiola y San Martin.

Sí, Anibal Argentino, guerrero inspirado, á tu ejército señalaste el derrotero de la inmortalidad y presidiste su entrada triunfal en el templo augusto de la gloria, donde la mano de la historia grabará sobre lámina de pulido bronce el nombre de los ínclitos varones, que con su sangre sellaron la independencia de cien pueblos de la América del Sur.

El ejército patrio en nada se detiene en medio de su entusiasmo y arrojo temerario.

www.libtool.com.cn

Todo lo domina.

Todo lo acuchilla.

Todo lo estermina.

Y al fin se oyen los gritos de *¡libertad!*, de *¡triumfo!*, de *¡victoria!*, en tanto que el enemigo sucumbe, muere y huye despavorido y perseguido por el sable matador de los Granaderos á caballo, que sobre miembros palpitantes, y moribundos enemigos atraviesan con sus indómitos corceles el campo humeante de rojiza sangre.

¡Memorable época!

¡Día de gloriosos recuerdos!

El 5 de abril de 1818 contempló el espléndido y decisivo triunfo en los campos de Maipo, que aseguró para siempre la independencia de Chile, merced á la sangre generosa de esos campeones. ¡Ojalá la gratitud recuerde tanta abnegacion y sacrificios de parte del argentino en favor de aquella República!

Dos mil muertos dejó el enemigo en el campo de batalla: tres mil prisioneros y mas de 190 entre jefes y oficiales, todos los papeles del general Ossorio, entre los que habia comunicaciones que comprometian á muchas personas

distinguidas de Santiago, pero que San Martin, noble y generoso, como pocos hombres, prefirió quemarlos, guardando esos secretos en su noble corazon.

Tomóse al enemigo, todo el parque de artillería, abundante provisión de armamento y vestuario, el cuerpo médico con todos sus facultativos, hospital y sirvientes, caja militar del ejército, en una palabra, solo el jeneral Ossorio salvó con doscientos hombres de caballería, despues, todos sus jenerales y jefes quedaron en poder del vencedor, y segun la espresion de este mismo, en su parte de 9 de abril de 1818, al director supremo de las Provincias Unidas del Rio de la Plata, concluye diciéndole : “ todo cuanto componia el ejército real, es nuestro, ha caido prisionero ó de alguna manera está en nuestro poder ”.

He ahí los frutos de la accion de Maipo ; hé ahí el resultado de los esfuerzos del genio gigante del gran Capitan Argentino.

*
* *

La voluntad inquebrantable del héroe de

Chacabuco y Maipo, no descansa un solo momento, y antes bien, empieza sus nuevas tareas, preparando y organizando fuerzas para la gran campaña del Perú, la que iba á emprender bajo la poderosa proteccion del gobierno de Chile y del director supremo de las Provincias Unidas del Rio de la Plata, jeneral don Juan Martin de Pueyrredon.

En mayo 6, recibió el ínclito San Martin, el honroso nombramiento de jeneral en jefe de mar y tierra del ejército espedicionario que iba á dar libertad al Perú, auxiliado, como se ha dicho, con elementos de las Provincias Unidas del Rio de la Plata y de la República de Chile ; debiendo segundar los esfuerzos del gran capitán la escuadra chilena, al mando de Lord Tomas Cockrane, marino experimentado, de gran mérito, talento y reconocido valor, con quien San Martin tuvo varias conferencias sobre asuntos de la campaña que iban á emprender.

El 20 de agosto de 1820 salió la espedicion del puerto de Valparaiso, con veinte buques perfectamente tripulados y armados y el 9 de setiembre mas de 4500 hombres de las tres armas desembarcaban en Pisco, dispuestos á

batir al déspota virey Pezuela, hasta en su regio trono de Lima.

El bravo general Arenales era el hombre indicado para prestar grandes servicios á las ideas de la emancipacion peruana.

El ejército español se componia de mas de ocho mil hombres, comandados por jefes valientes y espertos en los azares de la guerra, como Canterac, La Serna, Velazquez y otros; pero en todas partes las armas liberales se cubrian de gloria, sembrando el desaliento en el enemigo.

El país se asociaba y se pronunciaba visiblemente en favor de la independendencia y hasta los batallones de línea se adherian al movimiento regenerador; al extremo que, viéndose acosados por todas partes, los españoles tuvieron que abandonar la ciudad de Lima, que fué en seguida ocupada por los independientes, declarándose por el general victorioso que la capital del Perú acababa de entrar en el número de los pueblos libres de América.

El dia 29 de julio, se juraba por los legítimos representantes del pueblo, la independendencia del Perú en las salas capitulares, con toda la solemnidad debida.

El mando provisorio del gobierno fué confiado con aplauso de los pueblos al victorioso jeneral don José de San Martín, con el título de protector del Perú. Recibió las felicitaciones de los principales personajes del pueblo, de las mas distinguidas damas, del alto clero y del cuerpo diplomático y consular, que se presentó en traje de gala.

La fiesta religiosa con Te-Deum, que se hizo por orden del general, en accion de gracia por el triunfo de las armas y de la causa de la República, fué lo mas grandioso que se habia visto hasta entonces en Lima.

CAPITULO VIII

Simon Bolivar y la carta del jeneral San Martin.

Simon Bolivar, el génio predestinado para terminar el afianzamiento de la libertad é independencia del Perú, favorecido por la fortuna y acariciado por lá gloria, se presenta en aquella época memorable con un ejército vencedor, coronado de frescos y verdes laureles.

El esforzado é inteligente guerrero colombiano, venia, segun la espresion del mismo San Martin, á completar su obra de dar libertad y sellar la independencia del Perú, poniendo al servicio de esta idea todos los nuevos y poderosos elementos de que disponia entónces aquel general.

San Martin jamás vió en Bolivar un rival de su gloria y crédito militar, sino al contrario, lo consideró como el único hombre capaz y digno de secundarlo en sus ideas, así es que cuando ya pensó abandonar, como abandonó el Perú, abrigaba la confianza de que la independencia de aquel pais tan querido para su corazon, no

solo la dejaba afianzada, sino tambien constituidas sus autoridades y establecido el soberano Congreso.

Confiaba en que la espada y el nombre prestigioso de Simon Bolivar daria cima á la obra de espulsar del suelo fecundo de la América los últimos restos de los ejércitos españoles, que aun quedaban en armas; todo lo cual lo revela el héroe argentino en su notable carta al guerrero colombiano, escrita en los momentos de abandonar el Perú. Esa carta, que es altamente curiosa para demostrar el carácter elevado, digno, patriota y abnegado de aquel gran hombre, vamos á transcribirla en este lugar, para que el lector conozca aun mas á fondo los sentimientos nobles de aquella alma grandiosa :

“ Exmo. señor libertador de Colombia, don Simon Bolivar.

“ Lima, 29 de agosto de 1822.

“ Querido jeneral:

“ Dije á Vd. en mi última del 23 del corriente, que habiendo reasumido el mando supremo de esta República, con el fin de separar

“ de él al débil é inepto Torre-Tagle, las aten-
“ ciones que me rodeaban en aquel momento,
“ no me permitian escribir á Vd. con la estension
“ que deseaba ; ahora, al verificarlo, no solo lo
“ haré con la franqueza de mi carácter, sino con
“ la que exigen los grandes intereses de la Amé-
“ rica.

“ Los resultados de nuestra entrevista, no
“ han sido los que me prometia para la pronta
“ terminacion de la guerra; desgraciadamente
“ yo estoy firmemente convencido, ó que Vd.
“ no ha creido sincero mi ofrecimiento de servir
“ bajo sus órdenes con las fuerzas de mi man-
“ do, ó que mi persona le es embarazosa.

“ Las razones que Vd. me espuso de que su
“ delicadeza no le permitiria jamás el mandar-
“ me, y aun en el caso que esta dificultad pue-
“ da ser vencida, estaba Vd. seguro que el
“ Congreso de Colombia no consentiria su se-
“ paracion de la República; permítame Vd.,
“ jeneral, le diga, no me han parecido plausi-
“ bles : la primera se refuta por sí misma, y la
“ segunda, estoy muy persuadido que la menor
“ insinuacion de Vd. al Congreso, seria acogida
“ con unánime aprobacion, con tanto mas moti-

“ vo, cuanto se trata de la cooperacion de Vd.
“ y del ejército de su mando, de afianzar en la
“ presente campaña la lucha en que nos halla-
“ mos empeñados, y el alto honor que tanto Vd.
“ como la República que preside, reportarian en
“ su terminacion.

“ No se haga Vd. ilusion, jeneral, las noticias
“ que Vd. tiene de las fuerzas realistas, son
“ equivocadas, ellas montan en el Alto y Bajo
“ Perú á mas de 19,000 vèteranos, los que se
“ pueden reunir en el término de dos meses.
“ El ejército patriota, diezmado por las en-
“ fermedades, no podrá poner en línea á lo
“ mas 8,500 hombres y de éstos una gran parte
“ reclutas. La division del general Santa Cruz
“ (cuyas bajas, segun me escribe dicho jeneral,
“ no han sido reemplazadas, á pesar de sus re-
“ clamaciones) en su dilatada marcha por tierra
“ debe experimentar una pérdida considerable, y
“ nada podria emprender en la presente campa-
“ ña; la sola de 1400 colombianos que Vd. envia,
“ seria necesario para mantener la guarnicion del
“ Callao y órden de Lima, por consiguiente sin
“ el apoyo del ejército de su mando, la espedi-
“ cion que se prepara para intermedios, no po-

“ drá conseguir las grandes ventajas que debian
“ esperarse, sino se llama la atencion del ene-
“ migo por esta parte con fuerzas imponentes,
“ y por consiguiente la lucha continuará por un
“ tiempo indefinido; digo indefinido, porque
“ estoy íntimamente convencido de que sean
“ cuales fueren las vicisitudes de la presente
“ guerra, la independenciam de América es irre-
“ vocable, pero tambien lo estoy de que su pro-
“ longacion causará la ruina de sus pueblos, y
“ es un deber sagrado para los hombres á quie-
“ nes están confiados sus destinos, evitar la
“ continuacion de tamaños males.

“ En fin, jeneral, mi partido está irrevoca-
“ blemente tomado : para el 20 del mes entran-
“ te he convocado el primer Congreso del Perú
“ y al siguiente dia de su instalacion me embar-
“ caré para Chile, convencido de que solo mi
“ presencia es el solo obstáculo que le impide á
“ Vd. servir al Perú con el ejército de su
“ mando.

“ Para mí hubiera sido el colmo de la felici-
“ dad terminar la guerra de la independenciam
“ bajo las órdenes de un jeneral, á quien la
“ América del Sud debe su libertad : el des-

“ tino lo dispone de otro modo y es preciso con-
“ formarse.

“ No dudando que despues de mi salida del
“ Perú, el Gobierno que se establezca reclama-
“ rá la activa cooperacion de Colombia, y Vd.
“ no podrá negarse á tan justa peticion, antes
“ de partir remitiré á Vd. una nota de todos los
“ jefes cuya conducta militar y privada puede
“ ser á Vd. de utilidad su conocimiento.

“ El jeneral Arenales quedará encargado del
“ mando de las fuerzas argentinas; su honra-
“ dez, coraje y conocimientos estoy seguro le
“ harán acreedor á que Vd. le dispense toda
“ consideracion.

“ Nada diré á Vd. sobre la reunion de Gua-
“ yaquil á la República de Colombia; permítá-
“ me Vd., jeneral, le diga que creo no era á
“ nosotros á quien pertenecia decidir este impor-
“ tante asunto: concluida la guerra, los gobier-
“ nos respectivos lo hubieran transado, sin los
“ inconvenientes que en el dia pueden resultar
“ á los intereses de los nuevos Estados de Sud-
“ América.

“ He hablado á Vd. con franqueza, jeneral,
“ pero los sentimientos que esprime esta carta

“ quedarán sepultados en el mas profundo silencio; si se trasluciere, los enemigos de nuestra libertad podrian prevalerse para perjudicarlo, y los intrigantes y ambiciosos para soplar la discordia.

“ Con el comandante Delgado, dador de ésta, remito á Vd. una escopeta, un par de pistolas y el caballo de paso que ofrecí á Vd. en Guayaquil; admita Vd. jeneral, esta memoria del primero de sus admiradores; con estos sentimientos y con los de desearle únicamente sea Vd. quien tenga la gloria de terminar la guerra de la independencia de la América del Sud, se repite su afectísimo servidor.

JOSÉ DE SAN MARTIN.”

*
* *

No deseamos ni es nuestra mision entrar en el análisis de esta carta, escrita con tanta mansedumbre y dulzura por el jeneral argentino. Pasemos adelante.

Los tiempos cruzaron; los sucesos se desenvolvieron al calor de las ideas de la libertad, de la independencia y de la democracia.

El Jerjes valeroso de Colombia vino en efecto á dar la última pincelada al grandioso cuadro de nuestra emancipacion política, pues la espléndida y gloriosa batalla dada en la llanura del campo de Ayacucho, en 9 de diciembre de 1824, decidió y afianzó para siempre la independencia del Perú.

Allí fué herido de muerte el soberbio Leon de Castilla; allí el orgullo y las esperanzas del virey Pezuela encontraron su tumba, y por fin allí se hundieron para siempre los rojos resplandores del poder español.

*
* *

El último episodio de la guerra de la emancipacion, encierra uno de los mas gloriosos recuerdos para las armas de la América del Sur.

Los muros de la inespugnable fortaleza del Callao de Lima estaban defendidos por el jeneral Rodil, que con una guarnicion de mil doscientos y tantos hombres de pelea, resistió mas de veinte y dos meses.

El ejército patriota habia establecido por tierra, un sitio perfectamente combinado, segun

todas las reglas del arte, con una fuerza de cerca de cuatro mil hombres regulares, y, por mar, tenia una escuadrilla de seis navíos de guerra perfectamente montada, dirigida por Lord Cochrane.

Rodil resistia valerosamente; pero la espléndida batalla de Ayacucho, en lo que es hoy Bolivia, acababa de decidir la suerte del Alto y Bajo Perú obligando al jeneral en jefe de las fuerzas españolas, Canterac, á ofrecer una capitulacion definitiva.

Los tratados presentaron al principio algunas dificultades, por las exigencias de los independientes, pero al fin los españoles, obligados por las circunstancias, tuvieron que ceder, y se arribó á un acuerdo definitivo.

En esa capitulacion quedó establecido, entre otras cosas, que la fortaleza del Callao seria evacuada y entregada al jeneral victorioso sin restriccion alguna; pero al ir á dar cumplimiento á esta estipulacion de la convencion militar, se tocó aun con inconvenientes, pues el jeneral Rodil, hombre de un temple acerado, bravo y fiel á su rey y á su patria, como los denodados saguntinos Alcon y Alorco, encerra-

dos dentro de los muros de Sagunto y delante del terrible Aníbal, se negó á dar cumplimiento al artículo que ordenaba la entrega de la plaza, y resolvió defenderla hasta el último extremo.

Con este intento, se concentra y encierra en el castillo fortificado ó ciudadela; pero ésta fué inmediatamente puesta en estrecho y riguroso sitio por las fuerzas patriotas.

El general Rodil se habia provisto de abundantes víveres para su resistencia, bajo la esperanza de que, de un momento á otro, sería socorrido por los poderosos elementos de que notoriamente aun disponia la España.

El tiempo corria, los víveres disminuian y los socorros esperados se hacian problemáticos: tuvieron los pobres sitiados que empezar á comer cuantas bestias habian encerrado; las raciones llegaron á disminuir á tal extremo que algunos morian de hambre.

En presencia de una situacion tan desesperante, Rodil convoca á los jefes, oficiales y tropa, les espone la situacion en que se encuentra y les presenta la disyuntiva de abatir sus banderas y entregarse al enemigo, ó de resistir hasta morir con gloria por la patria.

Cuarenta hombres de tropa y algunos oficiales opinaron por la capitulacion. Rodil entonces, lleno de indignacion, de patriotismo y de energía, toma la bandera española en sus manos, pálido, iracundo, con una sonrisa amarga, como la del torturado ó moribundo, comprendiendo que el momento era supremo y decisivo, esclama : “ Vosotros no teneis en vuestras venas una sola gota de la sangre valerosa de los hijos de Numancia, de aquellos héroes que, antes de entregarse á Escipion prefirieron, morir en las llamas con sus esposas y sus hijos ;” y en seguida, desenvainando su espada al frente de sus fuerzas, declara traidores al rey y á la patria á los que estaban por la capitulacion, y usando de los poderes supremos de la situacion, hace fusilar en el acto á los oficiales instigadores de tales ideas.

Esta medida enérgica, fanática ó casi bárbara, produjo una reaccion en el ánimo de sus soldados, que, retemplando su abatido espíritu, juraron á una, defender la plaza hasta morir.

Los dias corrieron sin recibir comunicaciones, refuerzos, víveres, y en fin sin operarse cambio favorable alguno ; así pues, se vieron reducidos

á empezar á comer animales inmundos, sobreviniendo pestes á consecuencia de los cadáveres insepultos y otras miserias; mas ya la energía humana no podia soportar por mas tiempo tan larga agonía, mucho mas cuando hasta las municiones tocaban á su fin.

Rodil, estrechado por el cruel destino y cediendo á su acerba y bárbara situacion, presentó, el 23 de enero de 1826, las bases de una capitulacion honrosa, que los patriotas sitiadores aceptaron, despues de cambiar algunas esplicaciones é introducir varias modificaciones necesarias, para facilitar la ejecucion del tratado.

El dia 24 del citado enero flameó por la última vez en el continente sud-americano el pabellon español, que fué reemplazado por el glorioso estandarte de la República.

La entrega de la plaza se efectuó dicho dia 24 por la mañana en conformidad del artículo primero de la capitulacion.

El sol empezaba á iluminar con sus oblicuos y dorados rayos las eminencias de aquella célebre fortaleza, las casas y risueños jardines de la poblacion del Callao. La mustia violeta, el gallardo alelí y la amorosa madre selva, exhalaban

sus perfumes, en tanto que el diligente y madrugador operario cruzaba las calles aun desiertas y silenciosas, para ir á consagrarse á sus tareas ordinarias.

Las damas limeñas abrian sus ventanas, para respirar las auras puras y frescas de la mañana, que son tan apetecidas allí, donde reina el calor ardiente del claro medio dia.

El sonido alarmante de las cornetas de guerra y tambores, habia despertado á la poblacion, y muy luego se empezó á ver correr en todas direcciones á los bronceados cholos y zambos, damas y caballeros, movidos por la curiosidad de aquellos inusitados sonos, y por presenciar el acto espectable que iba á tener lugar.

Los españoles habian empezado desde temprano á desfilan, pero cuál no fué la sorpresa de los habitantes del Callao y de los sitiadores, al ver salir aquella tropa de hombres lívidos, consumidos por el hambre, las enfermedades y por todo género de sufrimientos, penas y miserias ; aquello parecia un cortejo de momias mecánicas, de seres de otra vida, que se movian y marchaban con gran dificultad.

Los capitulados fueron cumplidamente socor-

ridos por el pueblo y por los vencedores, y luego se embarcaron para España, arribando despues de una penosa travesía, al puerto de la Coruña.

El gobierno español fué sin duda ingrato con el bravo y fiel jeneral Rodil, pues su heroismo no solo no fué recompensado, sino que ni aun fué recordado por el rey ni por la nacion. De este modo pagan los gobiernos á los leales y heróicos servidores que se inmolan en aras de su patria!

Así concluyó la dominacion española; así terminó nuestra emancipacion; así la independencia abrazó los grandes horizontes de toda la América del Sur.

Podemos terminar diciendo que el cañon de Ayacucho fué la última palabra lanzada al calor del bronce y de la pólvora matadora en las grandes guerras de los titanes del Continente Sud-americano, que con ardor santo y heroismo admirable despedazaron la encrespada melena del Leon ibero; elevando sobre su cadáver el gorro frigio y la hermosa bandera azul y blanca.

Chile, Bolivia y el Perú nacieron á la libertad, aun cuando para ello el verde puro de los

campos fué enrojecido con la sangre generosa de mil y mil campeones, inmolados por la causa americana; pues aquí y allí se confundió el esfuerzo y la sangre de los héroes que figuraron en los campos de batalla.

Oh! Sol radiante, astro poderoso,
Antorcha inextinguible de los cielos,
Salúdante las Pampas, el Plata undoso,
Los elevados Andes con sus hielos.

Los tiranos á tu vista fulgurosa
Huyen y ocultan su mísera agonía,
Y los libres del argentino suelo
Sus himnos cantan á la patria mia.

Dichoso Continente! Nacion feliz!
Decir puedes á la Europa prepotente,
Que el argentino aprendió á morir,
Pero jamás á doblegar su frente.

*
* *

Acaso nos hemos alejado un poco de nuestro propósito, halagados por estos gratos recuerdos

históricos que tan dulcemente se presentan á la memoria de los hijos del suelo argentino, por lo que abandonamos las reminiscencias de la patria para continuar ocupádonos de nuestro asunto comenzado.

CAPITULO IX

Estado de la educacion de Lima y sus vicios.

La ciudad de Lima habia alcanzado un grado elevado de civilizacion á mediados del siglo XVIII, y cuando decimos elevado, es porque la literatura, las ciencias y las artes estaban en cierto apogeo, para la época que atravesaban; solo que, engolfados los españoles con el oro abundante que producía aquel suelo aurífero, descuidaban absolutamente la labranza y dejaban esterilizar sus fértiles campos.

Sabido es que los pueblos que abandonan la industria y condenan la labranza, no pueden afianzar su felicidad, y caen en la miseria y estravíos, pues es fuera de duda que el trabajo no solo asegura el bienestar, sino que ennoblece y moraliza, consagrando así el triunfo mas completo de la labor.

Muchos ejemplos podríamos presentar en apoyo de estas verdades. La agricultura fué siempre objeto de la mas decidida proteccion por parte de las leyes y de las autoridades que

se empeñaron en honrar al agricultor y á la agricultura.

La Persia, por ejemplo, tiene una fiesta solemne destinada á despertar el amor y el entusiasmo por el cultivo de la tierra madre. En cada año se ha señalado un dia, en el cual el poderoso monarca del persiano imperio, se despoja ante su pueblo de su púrpura, de su cetro y corona, para confundirse con sus súbditos y tomar parte en sus faenas y tareas; así en ese dia de expansion, la monarquía abandona su pompa, el pueblo se eleva por el trabajo, y no hay distinciones, ni clases.

La China misma tiene una fiesta que coincide perfectamente con aquella.

El señor del celeste imperio, abandona tambien durante ocho dias consecutivos de cada año su cotidiano esplendor, su corte y su regia pompa, para convertirse en el primer agricultor, en el operario mas asíduo, honrándose en que su pueblo vea correr el sudor por su rostro.

Mas aun, toma en sus reales manos el arado que conduce orgulloso, abriendo los primeros surcos; luego empuña la zapa, para preparar las tierras que han de recibir las semillas que

mas tarde darán abundante alimento á nobles y plebeyos, grandes y pequeños, ricos y pobres.

Roma, la señora del mundo, se empeñaba en los primeros tiempos de la República en proteger y enaltecer la agricultura, por medio de sus leyes y por la accion de los magistrados.

El culto público y sus sacerdotes se encaminaban á este objeto, y aun pedian á los dioses la fertilidad de los campos, como el bien supremo: fué tanto, que los cónsules, los dictadores y los magistrados de la República se honraban en descender de su elevada posicion, para cultivar la tierra por sus propias manos, retemplar el amor al trabajo, y dar ejemplos saludables á los ciudadanos; pero Roma, Persia, la India, Esparta y otros pueblos, embriagados en sus pasiones, en sus vicios y extravíos, abandonaron, como el Perú, lentamente el cultivo de los campos que daban dicha y felicidad á esos pueblos, para entregarse á las conquistas, al despotismo y la barbarie.

Pusieron el arado, la hoz y la zapa en las manos inhábiles de los infelices y desventurados esclavos, para empuñar tan solo la maza y la rodela.

Por último, España descuidó también su propio suelo, su riqueza natural, halagados tan solo sus monarcas y ambiciosos señores, con el aspecto seductor del oro que arrancaban á la América.

Se cuidaron poco ó nada los reyes, de la industria de su nación, y sobre todo, del cultivo de sus fértiles tierras, porque no pensaban mas que en organizar leyes, pragmáticas y tiránicas disposiciones para el Nuevo Mundo, á donde enviaban mandones y vireyes sedientos siempre de oro, los cuales no pensaban en otra cosa que en satisfacer sus ambiciones, cometiendo todo género de atrocidades é injusticias, en busca siempre del codiciado metal, tan necesario para apagar la sed insaciable que tenían de riquezas.

Así, en las altas regiones de la monarquía española, en los centros comerciales, y en todos los pueblos, no se hablaba de otra cosa, sino del oro de la América, de las abundantes minas del Perú, etc.

¡Pobre Perú! ¡codiciada tierra! en medio de tantos males y combates como habiais sufrido, aun te estaban reservados otros mayores, y de ellos nos vamos á ocupar.

CAPITULO X

La noche del terremoto.

La ciudad de Lima se embellecía, con el adelanto de la arquitectura ; el comercio se desenvolvía á la riqueza ; su marina y su propiedad territorial, iban en aumento, aunque sus leyes é instituciones estaban inspiradas en la aristocracia y en el servilismo del monarquismo español.

La educación general había avanzado demasiado en el sentido de la despreocupación y retrocedido notablemente en el de la moral.

La malicia aparecía desde la infancia, las pasiones carcomedoras empezaban á imperar, antes que el cuerpo hubiera adquirido el grado de vigor y fortaleza necesarios, de lo que resultaba, que tierna aun la planta, era ya combatida por los vicios y las pasiones sensuales, que le arrebatában la savia preciosa y necesaria, empobreciendo, aniquilando y destruyendo su constitución.

La vida doméstica era demasiado libre.

Los hábitos sociales un tanto licenciosos.

El consorcio conyugal, disminuía visiblemente.

La pubertad arrebatava sus facultades á la virilidad.

La virilidad, usurpaba las suyas á la edad provecta, y de este modo, la vejez y la decadencia, no se hacian esperar largo tiempo.

En fin, Lima dejaba entrever claramente, sus conquistas en los progresos y goces materiales, en tanto que se entregaba á las distracciones, placeres y demas, que formaba el triste cortejo de lo que entonces se empezaba á llamar *civilizacion*; pero tambien se percibia su retroceso en las nociones de la moral, de la religion y de la virtud; como si esos mal encaminados pueblos, hubiesen vuelto á la época funesta del politeismo ó del extravío de la razon humana, acariciando las perturbadoras ideas del panteísmo.

El corazon de aquella sociedad ardía en fuego erótico, tributando culto y adoracion á la mujer libidinosa, es decir, habian derribado el altar del Dios de Moisés, para colocar en su lugar los repugnantes ídolos de sus divinidades amo-

rosas, en cuyas aras todo lo sacrificaban, sin respeto ni miramiento al natural pudor, ni á las sanas y buenas costumbres.

Así se encontraba la referida ciudad de Lima y puerto del Callao, el viérnes 28 de octubre de 1746, día de San Simon y San Judas.

Este día memorable, marcará una de las calamidades mas horribles de que se dan cuenta las humanas sociedades.

El referido día 28 de octubre, empezó hermoso y feliz, como esas mañanas primaverales, serenas y perfumadas, en que, al levantarse de su lecho de fuego, el astro radiante, que adoraron los Incas, como al Dios de la creacion que todo lo alienta y fructifica, cual Padre soberano de la naturaleza, así aquella lumbrera de los cielos abría su carrera para despues dejar tras sí la noche, en que iban á tener lugar los acontecimientos que vamos á historiar.

Lima comenzó su vida activa, bulliciosa y coquetona, en aquel memorable día, pues las sombras de la pasada noche, habian huido des-pavoridas. El tripudio de los corazones inquietos, no habia dejado rastro alguno de su zuiza bacanal y amorosa, los encantos nocturnos é

intrigas de estrado eran reemplazadas por el bullicio del comercio de aquel día de Judas, que iba á entrar á figurar en el catálogo tenebroso de las grandes calamidades humanas, y que á semejanza de la fatídica creacion de Eugenio Sue, venia rodando en el horario de los tiempos, como el Judio Errante, precursor del cólera mórbus, que se acercaba á la ciudad de Paris, para purgarla, sin duda, de sus vicios y disoluciones.

¡ Altos designios del Todopoderoso !

El citado día viérnes, habia corrido sin ningun síntoma digno de remarcarse hasta las cuatro de la tarde. A esa hora, se levantó un viento caliente del nordeste, apareciendo en seguida nubes parduscas y densas ; sin embargo, la rutilante locomotora del día caminaba magestuosa sobre los eternos rieles del firmamento, para ir á hundirse en el occidente y dejar á la tierra viuda de sus fulgores.

El movimiento activo del comercio, empezaba á calmar ; el bullicio de las calles disminuia ; las personas volvian á sus hogares para gustar de los placeres de la mesa, en el seno de sus familias, donde tan á menudo se presentan esas

escenas domésticas en que el padre acaricia al tierno fruto de su amor, mezclándose los misteriosos nombres de hijo y de padre, á impulso del beso santo del mas puro y desinteresado amor.

Las horas rodaban lentamente, los espectáculos de los teatros, cafés y diversiones de todo género habian empezado, abriendo las válvulas del contento y de los placeres.

La pálida y tibia doncella de los cielos empezaba su lenta y pausada marcha, cual faro solitario y triste de la noche; mas si un observador hubiese levantado sus miradas á los cielos, si las hubiera fijado en esa dulce viajera nocturna, habria observado en su faz luminosa una tristeza profunda y una languidez visible en su luz diamantina, como se ve en el rostro de la púdica virgen, herida por el infortunio de sus amores, ó en la mujer casta, fiel y amorosa, que ha perdido todas sus felicidades, y lleva el dolor en el corazon, los tormentos en el alma, las lágrimas en sus ojos.

Parecia que esa hija unigénita de la tierra; conocia ó presentia la catástrofe que iba á sobrevenir á aquella infeliz ciudad, y para no

presenciarla, se cubria la faz con sus gasas transparentes y vaporosas.

Al este se veian algunas nubes parduscas y de aspecto tempestuoso, surcadas de tanto en tanto por la electricidad que describia brillantes y tortuosos hilos deslumbradores, demostrando evidentemente que la tempestad se aproximaba magestuosa, lúgubre, imponente.

Sentíase el mismo viento caliente, destemplado, húmedo y amenazador; hasta que, á las diez y media de la noche, fué sorprendida la ciudad de Lima y puerto del Callao con un temblor de tierra tan fuerte é impetuoso que jamás se habia experimentado, ni se tenia recuerdo de cosa parecida.

El sacudimiento fué horrible y se prolongó como hasta cincuenta segundos, de modo que los habitantes de Lima, que en su mayor parte se encontraba en pié, unos en los teatros, otros en los bailes y diversiones, aquellos en los cafés estos en aras de sus amores, etc., sobrecojidos, del pánico y del terror, se lanzaron en el mayor desórden á las calles y plazas.

Este temblor produjo inmensas desgracias por la precipitacion, con que las gentes aterra-

das huian y por los desplomes de fincas, de construccion débil, que, no pudiendo resistir al sacudimiento, se derrumbaban sepultando bajo sus escombros infinidad de seres desgraciados.

Pasó el temblor, pero el viento zumbaba con un furor desconocido ; el cielo tomó un color rojizo, la naturaleza parecia iba á desencadenar iracunda los elementos.

El terror reinaba en todos, solo se oían llantos, quejidos y los gritos penetrantes que corrían de boca en boca de ; *misericordia, Señor, misericordia, madre de Dios !*

Todo presentaba un cuadro conmovedor, á lo que se unia la oscuridad en que quedó la poblacion, pues el impetuoso viento habia apagado gran parte, ó casi toda la iluminacion, dando á la ciudad un aspecto pavoroso.

Mas, hé aquí, que vino de repente un segundo temblor, tan brusco y prolongado, que todo quedó confundido con el estrépito de los desplomes, pues la destruccion fué tal en la ciudad, que no quedó templo capaz de celebrar en él los sacrificios divinos, porque el que solo perdió dos tercios de su fábrica, fué el mejor, al estremo que, buscándose en tan populosa ciudad

algun edificio íntegro, no se encontró uno solo, y quince ó veinte, que habian quedado parados, estaban absolutamente inhabitables, lo cual dará la medida de la catástrofe.

Dos minutos bastaron para destruir la obra de dos siglos y de millones de seres que habian trabajado al traves de los tiempos.

En esta ciudad, perecieron de cuatro mil quinientas á cinco mil personas, sin contar el número extraordinario de heridos y la multitud de animales de toda especie, que murieron.

Muy pocos cadáveres se enterraron en el campo-santo, y la mayor parte, ó casi todos, fueron sepultados en las plazas, y calles públicas, que se encontraban francas, pues aquellas donde hubo edificios, quedaron obstruidas por los escombros de las fincas derrumbadas de una y otra acera, entre cuyas ruinas se encontraban familias enteras con sus muebles, joyas y riquezas.

Nadie queria acercarse allí donde habian quedado muros ó paredes en pié, por el temor de morir entre los escombros, pues la tierra no quedó quieta por espacio de muchos dias seguidos, notándose sucesivamente un ligero temblor

ó movimiento, y hasta remesones, lo cual tenia á todos aquellos infelices habitantes, bajo la accion del pánico.

El terremoto tuvo lugar cinco y media horas antes del plenilunio de octubre.

Se experimentaron cerca de ciento y veinte, entre temblores y remesones, en las primeras veinte y cuatro horas corridas, desde el viérnes hasta el sábado, es decir, del 28 al 29 de octubre, pero como la tierra siguió moviéndose, pudieron contarse, hasta el 24 de diciembre, 451 movimientos de tierra mas ó menos fuertes.

Por todas partes se levantaban altares improvisados, para celebrar el santo sacrificio de la misa, al que concurrían los aterrorizados moradores de la ciudad maldita.

Los monasterios quedaron abiertos, suprimidas de hecho las reglas conventuales y la clausura, desde que no quedó un templo en pié, ni aun cercado.

Los prelados de la iglesia, dictaron pastorales y dieron declaraciones, relevando á las comunidades, en general, de los deberes de sus constituciones, y facultaron á las monjas, que habian salvado, para que buscasen en los ranchos y

habitaciones de familias, un hogar y los recursos con que subsistir; pues en aquel general trastorno no habia quien pensase en los otros, sino que cada uno buscaba los medios de atender á sí propio, para no morir de necesidad.

Las religiosas trataron de salvar, con heroismo y sacrificio, el Santísimo Sacramento y los vasos sagrados, á pesar que la mayor parte quedaron sepultados entre los inmensos escombros; pero, no obstante sus esfuerzos, no pudieron conseguirlo y entónces trataron de salvar sus propias vidas.

CAPITULO XI

Los conventos y la muerte civil.

A propósito de este lamentable acontecimiento, deseamos consignar aquí algunas reflexiones comparativas de derecho, sobre la muerte civil de las personas ligadas con votos sagrados, que nuestro codificador argentino, el doctor don Dalmacio Velez Sarsfield, ha condenado ó abolido para siempre en su Código Civil.

Por la antigua legislacion española, las religiosas y religiosos profesos estaban considerados muertos civilmente, y así antes de la profesion ó de pronunciar sus votos, renunciaban al mundo y hacian su testamento, disponiendo de sus bienes en favor de las personas que les parecia, ó de aquellas que por la ley eran llamadas forzosamente á heredarlas; puesto que aquellos quedaban, aunque por una ficcion de la ley, suprimidos del mundo de los vivos, es decir, que sin haber bajado al sepulcro, sin haberse operado la muerte real, sin haber vuelto el alma inmortal á su Creador y la materia á su irremediable des-

composicion, eran considerados como muertos, cuándo aun gozaban de salud completa, del ejercicio perfecto de sus facultades intelectuales, de su albedrío espiritual, de sus pasiones en fin.

Esto era írrito é insostenible ante la luz del criterio y del raciocinio, y solo ha podido existir por tantos siglos, como la espresion típica de la influencia de la iglesia y del predominio del sacerdocio, ejercido por tan largos años, en los pueblos de la raza latina.

El Código Civil argentino, promulgado el 1° de enero de 1871, dispone en el artículo 1°, tít. VII, sec. I, lib. I, lo siguiente :

“ La muerte civil no tendrá lugar en ningun caso, ni por pena, ni por profesion en las comunidades religiosas. ”

Esta disposicion tan absoluta y terminante, está basada en muy amplias y juiciosas consideraciones de derecho, consignadas en la nota relativa á ese artículo, en la que, entre otras cosas, dice :

“ Que los votos solemnes pronunciados en comunidades religiosas, causaban incapacidad para todos los actos civiles, y sus bienes eran deferidos á sus herederos ; pero esta posicion

“ de una persona viva no es sostenible, pues
“ con frecuencia vemos burlada esa ley por
“ acontecimientos supervinientes ; por ejemplo,
“ cuando un religioso profeso es elevado al
“ Episcopado, recobra por su promocion á tal
“ dignidad, su vida civil y entra á ser capaz de
“ todas las funciones públicas, pudiendo com-
“ prar, vender, testar, etc. ”

Agrega—“ que tambien son restituidos á la
“ vida civil los religiosos que obtienen dispensa
“ de sus votos, lo que se observa con frecuencia ;
“ y por estas y otras consideraciones asegura
“ Pothier que Francia no reconoció tales dis-
“ pensas aun cuando ellas emanasen del Sumo
“ Pontífice. ”

Continúa recordando el codificador—“ que
“ en los pueblos católicos se ha visto frecuen-
“ temente á los religiosos, ser miembros de
“ los cuerpos legislativos nacionales y provin-
“ ciales ”—y concluye diciendo—“ que cuando
“ una sucesion es deferida á un religioso ó reli-
“ giosa, pueden éstos hacer abdicacion volun-
“ taria de ella con el debido conocimiento de
“ causa. ”

Nosotros, en corroboracion de tales ideas, en

armonía con la abolición de la muerte civil, venimos á traer este nuevo material á las consideraciones apuntadas, demostrando cómo el lamentable suceso del terremoto, acaecido en Lima, abrió las puertas de los conventos, salieron las monjas y tuvieron por largo tiempo que habitar con la sociedad profana, andar por los campos y las calles, procurarse los medios de subsistencia y practicar actos y asuntos relativos á la sociedad, falseándose así la tal muerte civil, no solo por el imperio de los sucesos, sino porque los mismos prelados de la iglesia, tuvieron que relevarlos de la clausura, de sus reglas monásticas y permitirles entrar de nuevo en el mundo profano.

Después de esta pequeña digresión de derecho, continuemos nuestra narración.

*
* *

Por mucho tiempo se careció de todo en Lima. Los unos vivían con los otros en la mayor confusión y trastorno.

La justicia estaba en completa acefalía.

La autoridad sin elementos para ejercer su

saludable accion en favor de tantos infelices.

Los huérfanos casi abandonados y sin proteccion.

Los heridos y enfermos se hallaban sin tener quien les prestase los necesarios auxilios y socorros.

Se veian personas de uno y otro sexo en trajes ridiculos, atónitos, locos, sin la facultad precisa del raciocinio, vagaban de una á otra parte con el semblante descompuesto, los cabellos erizados y las lágrimas en los ojos.

Los unos preguntaban azorados por sus esposas, otros por sus hijos, quienes por sus padres lloraban de una manera conmovedora, los llamaban á grandes y desesperados gritos, con la esperanza de ser oidos por aquellos, y que se les presentasen; corrian allá, miraban acá y buscaban por todas partes á los objetos de su amor.

Aquellas escenas, aquel espectáculo era tan horrible como desesperante, y solo la accion lenta del tiempo y la mano benéfica de la Providencia, que vela por el infortunio y la desgracia, podria venir á imprimir algun orden en aquel general desórden.

CAPITULO XII

La madre, la hija y el cuarto desplomado.

En el cataclismo de la ciudad de Lima, que hemos narrado, se observó un hecho verdaderamente providencial; y separándonos un momento de estos acontecimientos, vamos á imponer al lector de él, puesto que no carece de interés, aun cuando nos será indispensable desviarnos de la ruta que nos habíamos trazado.

Al asunto.

En aquel terremoto quedó, entre otros tantos, sepultada una señora jóven y bella, con su hija de pechos, entre los escombros de la casa que habitaba, pues al desplomarse ésta, los maderos de los techos dejaron un vacío, que permitió á esa infeliz, conservar su vida y la de su hija, aun cuando aquella estaba herida en varias partes del cuerpo.

Ella hizo esfuerzos inauditos para salir de aquella tumba de vivos, donde se ahogaba, pues no tenia el aire suficiente para respirar, pero todo fué inútil.

La hija se alimentaba con el pecho de la madre, en tanto que ésta buscaba fuerzas en el amor de su hija y en Dios.

Una parte de la pared de la habitación, que daba al patio, se abrió y el techo se desplomó de este lado, pero casi todos los tirantes resistieron al derrumbe; la pared de la parte opuesta al patio quedó en pie, y el techo con las alfajías y material prendido del muro, sin desplomarse de ese costado, formando un triángulo, el techo, la pared y el suelo.

Algunos ladrillos y pedazos de madera al caer, habían lastimado, según lo hemos dicho, á la pobre madre, pues ella ponía su cuerpo para salvar el de su hija, y evitar así que no fuese á tocarle algún ladrillo.

No tenía á la mano instrumento ni herramienta alguna con que abrirse paso á través del techo caído; de modo que sus manos débiles, bellas y delicadas, eran inadecuadas é impotentes para ejecutar trabajo alguno en aquel sentido.

Después de tentar aquella infeliz, varios medios y hacer esfuerzos sobrehumanos, se convenció de que todo era inútil: sus fuerzas se

postraron, su espíritu decayó, y al fin sucumbió al cansancio y á la fatiga, inclinándose ante su cruel destino, esperando morir allí con su pobre hija, de un momento á otro, aplastadas por aquel techo amenazador.

El aire era fatigoso y cada vez se hacia mas sofocante, combinado y mortífero. Se contentó aquella pobre madre con dar gritos de tanto en tanto, pidiendo socorro, con la esperanza de ser oída por algun ser caritativo que viniese á salvarlas, no obstante que todos huian de aquel lugar maldito.

Al fin la divina Providencia, permitió que sus penetrantes gritos fuesen oídos por un mortal que recorría casualmente aquellos parages.

En el acto llamó gente, pusieron manos á la obra y rompieron parte del derrumbado techo. Cuando fueron salvadas estaban casi exánimes, madre é hija, y aquella al ponerse en contacto con el aire libre, perdió la razon, cayendo en un delirio que partía el corazon.

“Dejad á mi hija, no me la arrebatéis”, esclamaba con el acento de la desesperacion.

“No, bárbaros, no mateis á ese ángel del cielo”.

“ Enrique, Enrique, corred, defendedla, es vuestra hija, sí, vuestra hija.....”

“ El navio zozobra, las embravecidas olas lo sacuden con furor.

“ El vendaval ruge, como la pantera enfurecida del desierto.

“ Se tronchan los mástiles, se rompe el gobernalte, Enrique corre aquí y allí.

“ Oh, Dios mio!—va á perecer—qué horror : —se hundió!!!

Se tapó convulsivamente el rostro con ambas manos y guardó un profundo silencio, por algunos momentos.

Luego se enderezó con los cabellos erizados, los ojos inyectados en sangre, sin derramar ni una lágrima, y con el semblante fiero—miró al rededor como si buscara algo, en seguida se dibujó una sonrisa amarga en sus labios, dejó caer con abandono sus brazos, elevó sus ojos al cielo y exclamó :

“ Enrique querido, ya te sigo, sí, aguarda un momento, mi corazon no palpita—mi cabeza se destroza contra la dura roca del destino— muero, Dios mio—mas ¿ quién te defenderá, hija del alma ?”

Se detiene un momento como dominada por una idea suprema—guarda silencio por algunos instantes, moviendo convulsivamente los dedos de ambas manos, y en seguida, como tocada por la electricidad, esclama con la alegría del que ha encontrado la solución de un problema :

“ Ah! sí, sí, ya recuerdo—Dios, sí, Dios, él la defenderá.”

Y cayó al suelo herida por el rayo aniquilador.

Así permaneció loca y delirante esta desgraciada criatura, hasta que poco después recuperó la luz del raciocinio, pero para morir en seguida, dejando á su pobre hija huérfana, sin parientes, ni amigos y abandonada á la caridad pública.

Aquella mujer tan jóven y tan llena de hermosura, nos inspiró á la verdad el mayor interés, por lo que tratámos entonces de indagar y conocer quién era.

Su cadáver lo habían colocado provisoriamente en el segundo cuarto á la derecha de una casa vecina, medio derrumbada, y al verlo, no pudimos evitar una exclamacion dolorosa.

Mas, un señor que estaba á nuestro lado, entrado en años, cabellos canos y abundan-

te barba blanca bastante larga, de continente respetable y simpático, que con el semblante del mas profundo dolor la miraba tambien, nos dirigió la palabra y nos dijo con éco conmovido:

—Oh, señor! vos como yo lamentais la muerte de esta infortunada jóven! ; no es verdad? Si la hubierais tratado, ó al menos si conocierais su historia, sus infortunios y padecimientos tendriais mayores motivos para compadeceros de esta infeliz!”

Le preguntamos entonces, ¿ la habeis conocido, caballero ?

Lanzó un ahogado suspiro y nos contestó—
“Algo mas: la he estimado y venerado, porque era digna de ser venerada y estimada, y os aseguro que su memoria vivirá eternamente en mis recuerdos y en mi corazón ”

Esto avivó nuestra curiosidad y replicamos:

—¿ Tendriais, señor, dificultad en referirnos la triste historia de esa desgraciada jóven ?

—Lo haré con el mayor gusto, caballero, repuso aquél, si os dignais venir á este mismo sitio el lunes á medio dia.

—Gracias, señor, contestamos, os agradece-

www.libtool.com.cn

mos vuestra jentil complacencia y no faltaremos á la cita.

Le estendimos nuestra mano con agrado, cambiámos un cortés y afectuoso saludo y nos alejámos de aquel sitio, con el corazon oprimido, preocupados con la idea de aquella jóven, que parecia mas que una mujer, una vírgen; deseando llegase el momento de poder conocer su historia.

En efecto, el dia citado nos levantámos temprano, para almorzar y arreglarnos, á fin de estar prontos para la hora indicada.

A las once y media de la mañana, nos dirijimos al punto convenido, y allí nos encontramos con el caballero de las barbas blancas, que nos estaba esperando.

Nuestras manos se estrecharon afectuosamente, como si fuésemos dos antiguos y buenos amigos, que hiciera largo tiempo que no nos hubiésemos visto, ó como si alguno de nosotros viniese de un largo viaje; así es que nuestro saludo fué lo mas cordial y cariñoso posible.

Puesto que me habeis pedido, caballero, os refiera los acontecimientos que se relacionaron con la existencia de la desgraciada jóven que

www.libtool.com.cn

www.libtool.com.cn

visteis muerta y que tanto os impresionó, voy á llenar esta penosa tarea; digo penosa, porque tendré que recordar algunas páginas tristes de su vida.

—Sentimos en extremo, caballero, daros esa pena; pero nuestro deseo y curiosidad son grandes, y contando con vuestra deferencia, esperamos ansiosos vuestra palabra.

—Bien, venid, nos dijo el anciano, vamos á buscar un asiento, para estar con comodidad, puesto que mi relato puede ser un poco largo.

Le seguimos, y á poco andar, nos indicó un gran madero que se encontraba atravesado sobre un monton de escombros, y nos dijo:

—¿Quereis, caballero, que nos sentemos aquí?

—Con mucho gusto, le contestámos.

En efecto, despues de sacudir con nuestros pañuelos, el polvo que habia sobre el madero, nos sentámos, encendimos nuestros cigarros tranquilamente, complaciéndonos en ver subir las columnas de azulado humo en tortuosa espiral, y aquél empezó la narracion que nosotros esperábamos con ansia, y hasta cierto punto, con impaciencia, en los términos que el lector verá en el siguiente—

CAPITULO XIII

Lina Montalvan y Enrique Castilla—Sus amores —
La despedida.

El anciano se espresó así :—

“ Para que os sea bien conocida nuestra heroína, daré una ligera ojeada sobre su persona, no haciendo por cierto su prolijo retrato, pero sí remarcando los mas prominentes rasgos que caracterizaron aquel ser interesante, procurando, al intento, ceñirme á la verdad estricta.

“ Lina Montalvan, que así se llamó la infortunada jóven, que tanto interés os ha causado, vino á la vida con la muerte de su buena y tierna madre, así es que solo conoció á su padre Antonio Montalvan, que era un lancharo que trabajaba en el cabotaje del puerto del Callao, hombre honrado é infatigable obrero, aunque pobre; de modo que con arreglo á sus facultades, solo pudo dar á su hija una educacion limitada, pero hasta cierto punto, superior á sus condiciones; educacion que aquella niña supo aprovechar afortunadamente de una ma-

visteis muerta y que tanto os impresionó, voy á llenar esta penosa tarea; digo penosa, porque tendré que recordar algunas páginas tristes de su vida.

—Sentimos en extremo, caballero, daros esa pena; pero nuestro deseo y curiosidad son grandes, y contando con vuestra deferencia, esperamos ansiosos vuestra palabra.

—Bien, venid, nos dijo el anciano, vamos á buscar un asiento, para estar con comodidad, puesto que mi relato puede ser un poco largo.

Le seguimos, y á poco andar, nos indicó un gran madero que se encontraba atravesado sobre un monton de escombros, y nos dijo:

—¿Quereis, caballero, que nos sentemos aquí?

—Con mucho gusto, le contestámos.

En efecto, despues de sacudir con nuestros pañuelos, el polvo que habia sobre el madero, nos sentámos, encendimos nuestros cigarros tranquilamente, complaciéndonos en ver subir las columnas de azulado humo en tortuosa espiral, y aquél empezó la narracion que nosotros esperábamos con ansia, y hasta cierto punto, con impaciencia, en los términos que el lector verá en el siguiente—

CAPITULO XIII

Lina Montalvan y Enrique Castilla—Sus amores —
La despedida.

El anciano se espresó así :—

“ Para que os sea bien conocida nuestra heroína, daré una ligera ojeada sobre su persona, no haciendo por cierto su prolijo retrato, pero sí remarcando los mas prominentes rasgos que caracterizaron aquel ser interesante, procurando, al intento, ceñirme á la verdad estricta.

“ Lina Montalvan, que así se llamó la infortunada jóven, que tanto interés os ha causado, vino á la vida con la muerte de su buena y tierna madre, así es que solo conoció á su padre Antonio Montalvan, que era un lancharo que trabajaba en el cabotaje del puerto del Callao, hombre honrado é infatigable obrero, aunque pobre; de modo que con arreglo á sus facultades, solo pudo dar á su hija una educacion limitada, pero hasta cierto punto, superior á sus condiciones; educacion que aquella niña supo aprovechar afortunadamente de una ma-

nera ventajosa, pues tenía una inclinacion marcada á instruirse y saber ; así es que su maestra llegó á amarla por la dulzura de su carácter, su contraccion al estudio y su amor al progreso.

“ La maestra tenía gran placer é interés en el adelanto de esta discípula, pues reconocia que era el crédito del colegio, y la que realmente lo hacia lucir en los exámenes ; en fin, esta niña fué la envidia de las demás discípulas, porque ella era la que ganaba los primeros premios y la que se hacia escuchar con mas interés.

“ Las maneras de Lina eran tan finas como distinguidas ; su conversacion siempre sensata, juiciosa y casi elocuente ; revelando en todos un tinte de aristocracia natural, que constituia su principal adorno y hasta cierto punto, su superioridad, sobre las otras niñas de su edad.

“ Pasaron algunos años mas, y Lina habia ilustrado su juicio, perfeccionado su educacion y formándose una distinguida señorita, querida por cuantos la conocian, y amada por su padre que tenía idolatria por ella, y que no omitia sacrificio para enriquecer su instruccion y complacerla en cuanto le era posible.

“ Lina no tenía otro amigo, otro afecto que

su bondadoso padre, pues con él paseaba, con él jugaba, y por fin se encontraba feliz en el mundo, con solo el cariño y cuidados de su compañero, según ella le decía.

“ Como Montalvan llevaba siempre á la ribera á su hija, cuando era pequeña, y frecuentemente se embarcaba con ella, sus amigos, entre los cuales habia muchos italianos, la llamaban, no por su nombre verdadero, sino por el de *Stella del mare*, y aun cuando ya no era una niña, sin embargo siempre la llamaban *Stella* ó *Stellina*, y hasta sus compañeras de colegio le decian unas veces Lina y otras Stella.

“ El tiempo trascurría y el corazón de aquella se habia formado, su carácter iba conquistando un grado notable de reflexión y madurez.

“ Ella recordaba que la existencia que gozaba la habia adquirido á costa de la de su querida madre, á quien con frecuencia veía en sus sueños.

“ Creía que aquella le hablaba cuando dormía : que escuchaba su voz suave y misteriosa : que se sentía estrechada en sus brazos, y muchas veces en la tranquilidad del sueño se estremecía al sentir en su rostro el beso maternal.

www.libtool.com.cn

www.libtool.com.cn

“ Para ella, estaba como ausente durante el día y deseaba acostarse para soñar, porque era el momento feliz en que hablaba con ella y en que tenía el placer de besarla y abrazarla con respetuoso cariño.

“ Muchas veces creía estar de rodillas delante de aquella, y despues repetía despierta las mismas oraciones que su madre le enseñaba en sueños.

“ Un día refería á su padre estas circunstancias y estos sueños ; pero tuvo que suspender su relato ; tal fué la impresión que se produjo en él y el llanto que brotó de sus ojos enternecidos.

— ¡ Oh, hija mía, repuso el amoroso padre, tú has venido á poner en contacto mi corazón con el de tu madre, cuyo grato recuerdo ha arrancado de mis ojos tiernas y abundantes lágrimas, pues tú sabes bien cuán cara es para mí la memoria de la dulce compañera de mi vida.

Sigue, hija mía, los impulsos de tu corazón, pues ellos son inspirados por el espíritu de tu madre. Sí, su alma amorosa acaso vela al lado de tu cama, inspira tus sueños, habla á tu corazón y dirige tus acciones.

—Oh! sí, padre mio, yo os aseguro que veo á mi madre, que ella viene por las noches á colocarse cerca de mi cama, y siento sus brazos al rededor de mi cuello. Distingo palpablemente el contacto de su amoroso labio; percibo su eco suave, y por fin tengo aquí en mi mente, su tierna mirada; ella vive conmigo, solo que no la veo sino con los ojos del alma y en mis ensueños, pero esto, ¿qué importa, desde que la Santísima Virgen me permite verla, oirla y conocerla? Porque habeis de saber, padre mio, que yo la conozco: sí, tiene el pelo castaño negro como el mió, una dulzura en sus grandes ojos de azabache que, cuando me mira, siento una felicidad y un gozo inefable; lleva su cabeza erguida y tiene una sonrisa encantadora.

Sí, padre mio, ella es hermosa, y para persuadiros de que la conozco, baste deciros que, si la encontrara de dia entre muchas señoras, correria á estrecharla en mis brazos, con la celeridad del rayo y con la certeza de no equivocarme.

El pobre Moltalvan, aunque hombre sencillo, oia á su hija con tanto entusiasmo y admiracion, como con cierto orgullo, al ver la claridad

de su inteligencia, la sensibilidad de su corazón y el culto que profesaba á la memoria de su cara madre.



Así cruzaban los días de Lina, cuando, he aquí, que, sobreviniendo una penosa enfermedad, puso fin á la vida de Antonio Montalvan, de aquel amoroso padre, de aquel hombre honrado, tan estimado de todos, por sus virtudes, su buen carácter y laboriosidad.

En consecuencia, quedó Lina huérfana y desamparada, con recursos de poca importancia, y en esa edad juvenil, en que son tan necesarios la proteccion, los cuidados y la direccion, para encaminar el corazón de una jóven por los buenos y rectos senderos que convienen á ese delicado sexo.

El carácter de nuestra Stellina se habia tornado taciturno y melancólico despues de la muerte de su padre, por quien tenia, segun lo hemos dicho, respeto, veneracion y un cariño acendrado.

Lina creia afectada su conciencia, bajo la

sola consideracion de que acaso no amó y complació lo bastante á su padre; y esta idea, que en el fondo carecia de fundamento, pesaba sobre su corazon incesantemente.

Lina tenia la imágen y el amor del autor de sus dias grabados en su alma; pues su padre habia sido para ella su amigo verdadero, su compañero y el consuelo de su vida; de modo que su muerte vino á herir profundamente su corazon, y solo así se encuentra la esplicacion del por qué se tornó su carácter taciturno y triste. Creia Lina que ya habia vivido mucho y sufrido demasiado en esta vida, y por consiguiente, no la estimaba, ni se cuidaba de ella; y antes al contrario, estaba siempre dispuesta á arriesgarla y prodigarla á sus amigas, como una cosa para ella sin valor alguno, y cuya pérdida por otra parte la reputaba un bien del cielo, porque le permitiria ir á reunirse con sus padres.

Ella sacrificaba fácilmente y sin pena, su voluntad á la de las demás, y se ocupaba del bienestar de los otros antes que del suyo propio.

Cuando trató de dejar la casa donde habia vivido largos años con su padre, aquellos cuartos, aquellos sitios caros, que tanto conmovian

su corazón, entonces fué que se encontró aun mas sola y abandonada, apoderándose de su espíritu la hipocondría.

Desde entonces su vida se deslizaba pesada y sin relaciones con los objetos que la rodeaban.

No encontraba en sí bastante energía, para resolverse á abandonar el hogar paterno, donde le parecia que aun sobrevivian los manes del autor de sus dias.

¡ Oh ! ; quién sabe, repetia la huérfana, si en este momento no me recuerda y me llama ! mas ; por qué entregarme de continuo á la meditacion ? ; por qué amargar mi vida con tan melancólicas reflexiones ?

Forzoso es que abandone esta mansion de recuerdos gratos, pues ante la necesidad deben subordinarse todos los sentimientos, por sagrados que ellos sean.

¡ Adios, recinto querido, donde se mecieron los sueños de mi infancia !

¡ Adios, jazmin y enredadera, que mis manos plantaron !

¡ Adios, árboles queridos, bajo cuya sombra pasé momentos dichosos acariciando á mi buen padre, que presidia mis infantiles juegos ! Ya

no os volveré á ver retoñar, no recojeré vuestras fragantes flores, ni comeré sus agradables y sabrosos frutos. ; Adios ! ; Adios !

*
**

Su tia carnal doña Juana Lara, hermana menor de su madre, viendo el desamparo de esta sobrina, la tomó á su cargo, no tanto por cariño, sino por conveniencia, pues creia que aquella chica le podia ser muy útil para sus miras ulteriores.

La tal tia materna era una mujer de conducta irregular, vulgar en su modo de ser, y por fin de costumbres desarregladas, todo lo cual lejos de ser una garantía ó conveniencia para la huérfana era un grave peligro para su porvenir y felicidad ; pero la pobre jóven no podia, por sus pocos años, juzgar estas cosas ni salvarse de tales asechanzas.

La pobre Lina pasó los buenos años de su juventud, tomando tan tristes como repugnantes ejemplos, que bien pudieron corromper su corazon y su espíritu ; pero felizmente ella tenia una inclinacion decidida á la virtud, y una alma tan pura como la de un ángel.

www.libtool.com.cn



LINA MONTALVAN.

www.libtool.com.cn

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY.

ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS

R

L

Asistía de continuo á la iglesia, leía con frecuencia historia sagrada, geografía y otros libros útiles y morales, que enriquecían su imaginación y le inculcaban sanas é importantes ideas.

Gustaba acompañarse con las señoritas bien encaminadas y de buenas costumbres, aun cuando ella era la mas pobre y mas humildemente vestida de sus amigas.

Poseía el don especial de hacerse amar de todas las personas, con la suavidad y dulzura de su carácter y la elevación de su alma candorosa.

El cabello de Lina era abundante, ondeado y de un castaño oscuro delicioso; su cutis fino, blanco y ligeramente pálido, talle esbelto y flexible, dejando ver y codiciar un seno albo, redondo y muy desarrollado, que arrebatava magnéticamente las miradas de los que la veían, tal como el iman que atrae al acero y por su acción propia se dirige invenciblemente al norte; su cuello y brazos torneados como los de la célebre Cleopatra de Guido Reni; las manos y piés escesivamente pequeños, lo que por otra parte es muy general en las peruanas; sus ojos

negros eran grandes y rasgados, su mirada tenia á veces una cierta vivacidad elocuente ; pero ordinariamente una dulzura y languidez encantadora, las cejas un tanto pobladas y arqueadas con simetría artística, y sus pestañas, largas y tupidas, daban á su mirar una sombra y un interés inefable, su boca parecia hubiese servido de modelo al inspirado Raffaello Sanzio para su *Madona del Cardellino* de la galeria de Florencia, sus labios, aun cuando eran un tanto gruesos ó abultados, tenian una gracia verdaderamente seductora, y cuando se sonreia, parecia derramar la felicidad y el placer, pues los rasgos de esa boca pura y dulcísima como los de la Magdalena de Cárlos Dolci, revelaban claramente que su alma no concebía sino ideas nobles y santas y que esos labios de rosa, frescos como el rocío perfumado de la mañana, jamás profirieron sino castas palabras.

Dibujad en vuestra imaginacion una nariz correcta y espiritual, con dos ventanillas un poco abiertas de ordinario, pero mucho mas cuando suspiraba ó sentia una emocion cualquiera, pues en aquel sér se anidaba un alma ardiente y sensible. En fin, era difícil mirar á

aquella criatura sin admirarla y sentir una impresion profunda y amorosa.

He ahí, pues, en pocas palabras el retrato de nuestra huérfana.

Vivia Lina Montalvan muy pobremente, pero con tal esmero y pulcritud, que disimulaba, hasta cierto punto, la humildad ó sencillez de su traje, pues era hábil é ingeniosa para arreglarse y tambien perseverante en el trabajo de sus costuras.

Su tia, doña Juana Lara, tenia algunos intereses que iban minorando gradualmente, en razon de que el desarreglo de su vida no le permitia cuidar de su conservacion, ni menos de su adelanto.

Nuestra bella huerfanita habia dado entrada en su púdico y tierno corazon á las dulces pero peligrosas impresiones del amor. Vamos á procurar demostrarlo.

*
* *

Como hemos dicho, Lina concurría con frecuencia á la iglesia, y especialmente los domingos á la misa de nueve.

Habia notado que jamás faltaba á esa misa un jóven como de 28 años, ligeramente moreno, pálido, ojos negros, cabellos del mismo color y aspecto simpático.

Llevaba traje de marina, tenia una estatura regular y un continente agradable, la miraba constantemente, salia de la iglesia cuando ella lo hacia, y la seguia á cierta distancia hasta su casa; en fin, Lina ya no podia dudar que tenia interés por ella.

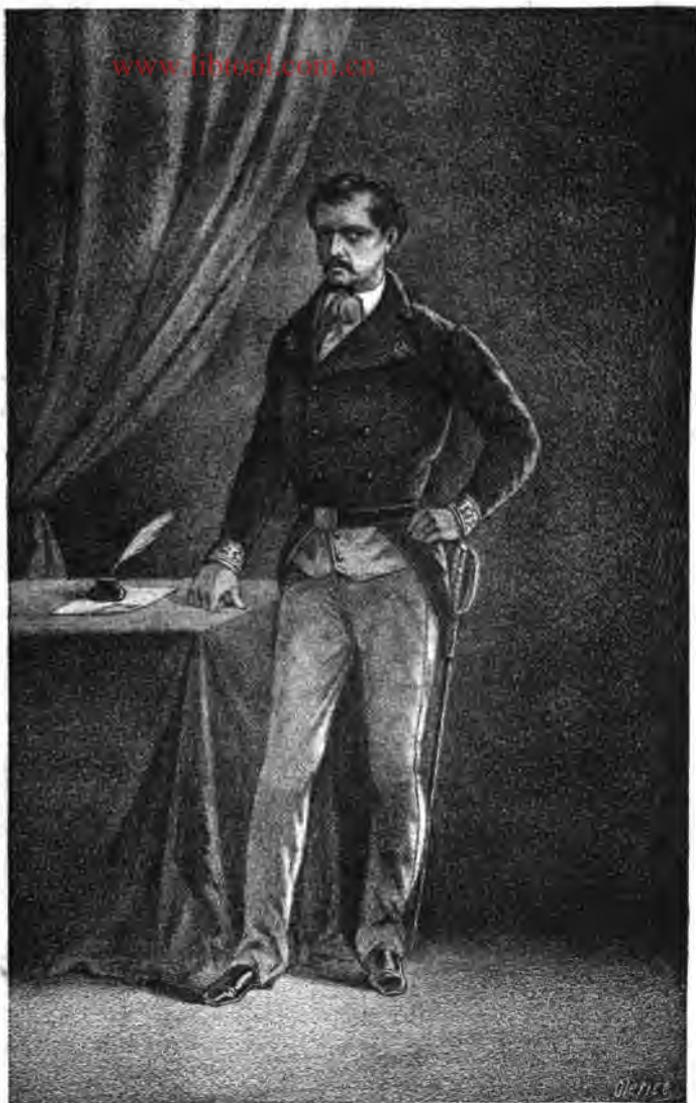
Un domingo faltó á la misa aquel jóven, y Lina, sin saber por qué, tuvo una inquietud mortal, una zozobra inusitada; á cada momento volvia su hermosa cabeza, para ver si habia venido ó estaba en otra parte; no podia prestar la atencion ó recogimiento que de ordinario consagraba á la santa misa.

Salió de la iglesia con un vacío en el alma, muy grande, tal como si algo le faltase, ó le hubiese sobrevenido algun acontecimiento desagradable.

Aquel dia cruzó para ella lúgubre, triste y sin sol, no pudiendo gustar un rato de alegría: temia interrogarse á sí propia, inquirir la causa de su pena, de su malestar, y dejaba cruzar sus

www.libtool.com.cn

www.libroot.com.cn



ENRIQUE CASTILLA.

www.libtool.com.cn

ideas, unas en pos de otras, así como en el otoño vemos que se van desprendiendo las marchitas y amarillentas hojas, que el viento fresco del sur se encarga de desparramarlas en diversas direcciones ; mas Lina se decia : sí, las hojas viejas caen unas tras otras del tronco paternal, pero vuelve la primavera y retoñan otras nuevas, frescas y verdes ; en tanto que mis ilusiones no retoñarán, ni habrá para mí nueva primavera, frescas esperanzas, ni verde porvenir.

Oh! la primera impresion de amor en el corazon de la muger, es dulce como la ambrosía de los dioses, cuando ella marcha en el concierto tierno de la reciprocidad ; mas cuando esa impresion es vaga, cuando la vemos alejarse, cuando la sentimos morir, ; oh ! entónces es cual ajitada tormenta que pasa sobre nuestro sér, que troncha nuestras afecciones y que desgaja nuestras floridas esperanzas ; dejando en el fondo del corazon, vacío, pena y soledad, como la ponzoña letal que envenena nuestros dias, que corroe y mata nuestras ilusiones.

Bajo estas consideraciones se hallaba la bella huérfana, cuando empezó á oscurecer, llegando

esa hora melancólica, en que el lúgubre tañido de la mística campana de la parroquia, invita á los fieles á orar; entónces empezó con recogimiento sus rezos por su bien recordada madre y por su padre querido.

Terminado esto, se sentó en una silla baja, y empezó á recorrer su memoria evocando sus recuerdos, los cuales no podia separar del jóven marino, y examinado todo con calma, comprendió Lina que su corazon habia dado acceso á una impresion tan dulce, como nueva para ella.

Aquella semana pasó como un siglo, pues los minutos, las horas y los dias, le parecian interminables, y solo ansiaba la llegada del domingo siguiente.

Al fin terminó el sábado, cuya noche le pareció eterna; amaneció el domingo iluminado por un sol tan radiante y delicioso, como jamás lo habia observado. La claridad de aquel dia le parecia que traía aparejada una alegría que exaltaba su espíritu, y tanto era así, que jamás habia llegado á sus oídos el canto alegre del zorzal, el trino amoroso de la calandria y del inquieto gilguerillo; al menos antes, no se habia dado cuenta de ello.

Su corazón, sin saber por qué, amanecía contento, alborozado y feliz; así es que aquel domingo su arreglo personal fué mas esmerado que de costumbre, y parecia que queria estar lo mas bella posible.

Al fin salió de casa antes del primer toque de la misa, tal era su impaciencia, y entró en la iglesia llena de contento: una mirada escudriñadora dirigió cautelosamente en torno suyo, pero sus ojos no tropezaron con el objeto que ellos buscaban; mas como á impulso de su impaciencia habia ido á la iglesia antes de la hora necesaria, se resignó á esperar, y en el entretanto empezó sus oraciones, abriendo su devocionario.

Llegó la hora de la misa, salió ésta; se terminó, pero el marino no se presentó, y Lina abandonó el templo bajo la impresion mas desagradable, formando algunos tristes comentarios.

Ella se decia: ¿ me habré equivocado? ¿ no se dirigirian á mí sus miradas? ¿ estará enfermo?; en fin, abandonemos estas ideas y no amarguemos mas este pobre y desventurado corazón.

El domingo siguiente Lina iba á la iglesia

ya resignada, con menos agitaciones y un tanto calmada sobre cuanto habia pasado; pero al entrar vió á mano izquierda sentado en un banco al jóven marino, pálido, con cierta tristeza en la mirada que revelaba claramente que habia estado enfermo. Al verse uno y otra parece que hubieran sido movidos por un mismo impulso secreto, pues un lijero y casi imperceptible movimiento advirtió al uno y á la otra que ambos se saludaban desde el fondo de su corazon y sancionaban su mútua inclinacion.

Aquel jóven no quitó ni un momento sus ojos de Lina, pues cada vez que ésta llevó los suyos á donde él estaba, se encontraban con los del marino llenos de interés, de súplica y de amor.

Terminada la misa se levantó la huérfana para salir, y muy luego hizo otro tanto aquél. Al llegar á la pila del agua bendita, Lina arregló su mantilla, para dejar libre su mano derecha á fin de tomar el agua y persignarse, pero en este momento, y sin ella apercibirse, cayó al suelo su pequeño pañuelito de hilo blanco.

Al verlo caer, el jóven corrió á levantarlo para dárselo á aquella señorita, al mismo tiem-

po que ésta, echándolo de menos, daba vuelta para buscarlo ; pero aquel jóven en vez de correr presuroso á entregarlo á su dueña, dió involuntariamente un paso hácia atrás, apretó el pañuelo en sus manos é hizo un ademan, como interrogando á Lina si le permitia conservarlo en su poder.

Ella ruborizada hasta lo infinito, se asustó, retrocedió y salió presurosa de la iglesia, abandonando su pañuelo en manos del marino, quien quedó contento con esta victoria que le daba un trofeo de inestimable valor y salió tambien del templo siguiéndola como otras veces á una respetuosa distancia ; pero la huérfana no dió vuelta, ni una sola vez, lo cual intranquilizó un tanto al tenaz perseguidor que temió haber desagradado y acaso héchose acreedor á su justo enojo.

Lina entró en su casa un tanto agitada con el incidente que habia tenido lugar, cambió de ropa y abrió un poco su ventana, para que entrase el aire fresco, pero al hacerlo se encontró con aquel jóven que á la sazón pasaba por la calle, quien al verla se inclinó sacando su gorra de una manera tan graciosa como elegante.

El marino y la huérfana no podían ya dudar de su recíproco afecto, ni era posible disimularlo, y antes al contrario, uno y otra se daban por aludidos y se entregaban con cierto entusiasmo y placer á saborear la dulce idea de este naciente cariño.

A distintas horas del día cruzaba aquel jóven por delante de la ventana de su amada, no solo por verla, sino tambien porque deseaba tropezar con una sirvienta de la casa, de quien habia tomado informes acerca de aquella interesante señorita y queria completar sus datos, que eran hasta el presente los mas favorables y halagadores posibles.

*
* *

El miércoles de aquella misma semana, pasaba nuestro enamorado por la calle consabida, y vió venir á la huérfana vestida con esa sencillez y arreglo elegante, que tanto realzaba su hermosura, y en el corto espacio que tenia que recorrer, cruzaron rápidamente varias ideas por su imaginacion. Pensó primero hablarla un instante, despues cambió de propósito, pues reco-

noció que aun no tenia derecho para hacerlo, y que tal paso impremeditado ó prematuro, podria disgustar á la que trataba de agradar; pero, al acercarse á ella, no pudo reprimir su impulso, se detuvo, y saludándola cariñosamente, le dijo:

—Señorita: ¿seriais tan amable que me permitierais deciros una palabra?

—¡Caballero! contestó la huérfana turbada, y con marcada dignidad; pero sin darle tiempo á terminar la frase, prosiguió aquél:

—¡Una sola palabra, señorita, aun cuando no volvais á escucharme mas.

—Y bien, señor, ¿qué quereis?

—Gracias, contestó el jóven y continuó; disculpad la emocion con*que os hablo y que no sé á qué atribuir—El domingo he cometido un acto reprehensible, un abuso que no puedo perdonarme, sí, señorita, impremeditadamente he retenido en mis manos vuestro pañuelo, y ¿sabeis por qué?

—Yo? contestó la huérfana, confusa y agitada, no, señor.

—Pues bien, lo retuve, porque en aquel momento no fuí dueño de mí mismo, es decir, no fuí capaz de reprimir los impulsos de mi cona-

aquella criatura sin admirarla y sentir una impresion profunda y amorosa.

He ahí, pues, en pocas palabras el retrato de nuestra huérfana.

Vivia Lina Montalvan muy pobremente, pero con tal esmero y pulcritud, que disimulaba, hasta cierto punto, la humildad ó sencillez de su traje, pues era hábil é ingeniosa para arreglarse y tambien perseverante en el trabajo de sus costuras.

Su tia, doña Juana Lara, tenia algunos intereses que iban minorando gradualmente, en razon de que el desarreglo de su vida no le permitia cuidar de su conservacion, ni menos de su adelanto.

Nuestra bella huerfanita habia dado entrada en su púdico y tierno corazon á las dulces pero peligrosas impresiones del amor. Vamos á procurar demostrarlo.

*
*
*

Como hemos dicho, Lina concurría con frecuencia á la iglesia, y especialmente los domingos á la misa de nueve.

Había notado que jamás faltaba á esa misa un jóven como de 28 años, ligeramente moreno, pálido, ojos negros, cabellos del mismo color y aspecto simpático.

Llevaba traje de marina, tenía una estatura regular y un continente agradable, la miraba constantemente, salía de la iglesia cuando ella lo hacia, y la seguía á cierta distancia hasta su casa; en fin, Lina ya no podía dudar que tenía interés por ella.

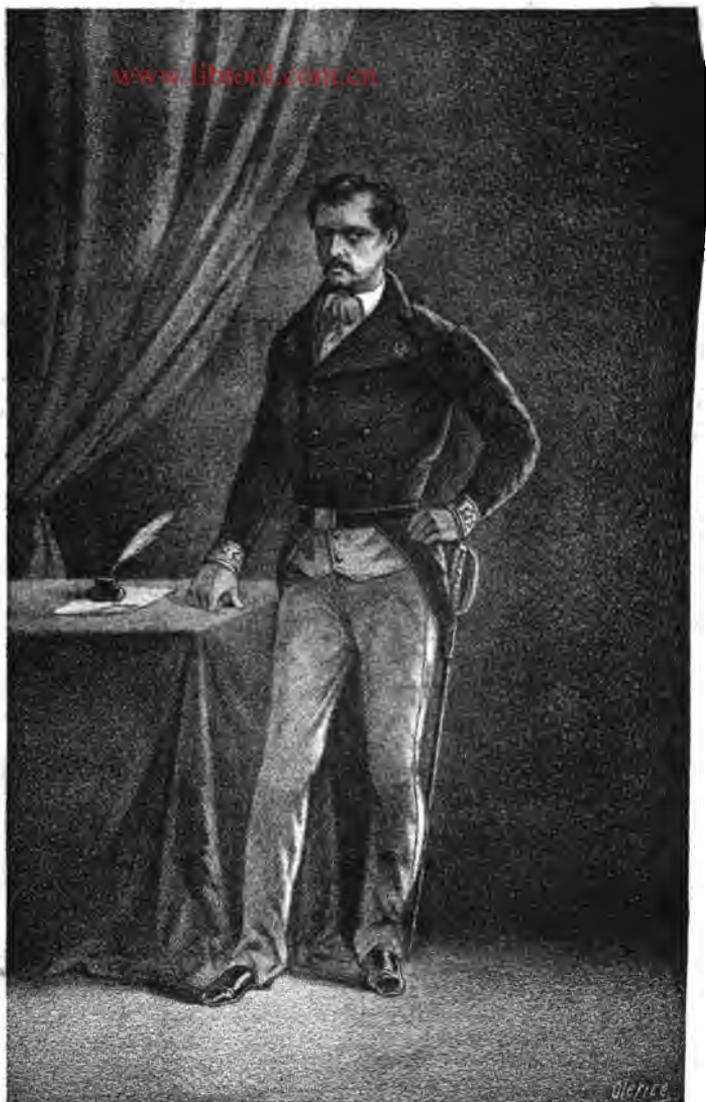
Un domingo faltó á la misa aquel jóven, y Lina, sin saber por qué, tuvo una inquietud mortal, una zozobra inusitada; á cada momento volvía su hermosa cabeza, para ver si había venido ó estaba en otra parte; nó podía prestar la atención ó recogimiento que de ordinario consagraba á la santa misa.

Salió de la iglesia con un vacío en el alma, muy grande, tal como si algo le faltase, ó le hubiese sobrevenido algun acontecimiento desagradable.

Aquel día cruzó para ella lúgubre, triste y sin sol, no pudiendo gustar un rato de alegría: temía interrogarse á sí propia, inquirir la causa de su pena, de su malestar, y dejaba cruzar sus

www.libtool.com.cn

www.libtool.com.cn



ENRIQUE CASTILLA.

En efecto, Lina obtuvo ese beneficio, y pocos días después de la muerte de su tía, se trasladó á su nueva habitación, donde quedó convenientemente instalada.

Su espuesta tía había hecho su testamento conociendo la gravedad de su enfermedad, y le dejó todos sus intereses, instituyéndola su única heredera y albacea; pero después de pagar las numerosas deudas que aquella tenía, gastos mortuorios y asistencia, le quedó poco; pero juzgaba que, unido á los cortos intereses que heredó también de su pobre padre, le proporcionaría los medios necesarios para ayudarse en los gastos de su vida, sin tener que mendigar el pan.

Desde ese momento Lina, tenía que pensar en sí, en sus necesidades y en su porvenir; no obstante que desde muy niña se había habituado á manejarse por sí sola; puesto que abrió los ojos á la vida, sin madre, sin hermanos, y que perdió también á su amado padre siendo aun muy joven, lo cual le había dado hasta cierto punto alguna energía é independencia para bastarse á sí misma.

Sus pocos años y su fatal hermosura eran los

mayores y mas grandes enemigos con que tenia que luchar en el mar proceloso de la vida.

Nuestra Lina llegaba á la edad de veinte años, y su cuerpo habia crecido tanto, cuanto habia ganado en mérito y hermosura.

Decimos que habia llegado á los veinte años, á esa edad de los misterios alados de nuestra fujitiva existencia, en que el corazon de una niña entra á la vida, asida al cortejo de sus gratas y sensibles ilusiones, así como la nueva aurora aparece en los cielos entre nubes vaporosas y nacaradas.

¡ Oh, veinte años! edad brillante y feliz, de bienestar, esperanzas halagüeñas é impresiones gratas, iluminadas por los fuegos diamantinos de los encantos de una imaginacion juvenil.

¡ Veinte años! edad volcánica, rica de pasiones, delirios y amores, en que dulcemente navega el alma de una jóven, entre el vértigo del amor y los ensueños de la vida, entre la esperanza y la fé del virginal pudor.

¡ Veinte años! dulce santuario que el hombre admira en la mujer que adora, cuyo velo misterioso ansía rasgar para penetrar secretos, dudas, infierno, cielo, hasta caer en total pasion,

¡ Veinte años ! ¡ ay ! edad difícil en que el alma de una vírgen empieza á sentir la influencia de su propio ser, á luchar entre el bien y el mal, entre la ilusion y la realidad, teniendo para librar tan terribles cuanto funestas batallas la irreflexion de la edad, la inesperiencia de la juventud, la debilidad de su sexo y el lento pero seguro influjo de las pasiones carcomedoras.

¡ Veinte años ! sí, el cráter del volcan erótico empieza á arrojar ardiente y abrasadora lava que quema, consume y aniquila el corazón no satisfecho de la mujer sensible.

¡ Veinte años ! ¡ cómo cruzar la engañadora vida sin amar ? ¡ cómo sustraerse al influjo tentador de la pasión y de la simpatía cuando los ojos hablan, el corazón se inflama y el alma siente ? Entónces la mujer se inclina ante el voraz capricho del niño alado, que con certera mano esgrime su envenenada flecha y nos únce al áurico carro de sus ardientes delirios ; así pues, ¡ dónde hallar defensa contra el satánico poder de los amores ? ¡ en qué escuela aprender se puede el arte rudo de no amar ? ¡ qué catedrático servir podría áula tan árdua y difícil ? y si un impulso secreto nos impele y lanza al

amor, ¿ cómo podrá la flaqueza humana emanciparse de sus tiránicas leyes y triunfar de tan poderoso enemigo ?

Ah ! cuántos caballeros le brindaban protección, cuántos le ofrecían recursos y favores !— Mas, ¿ podía ó debía aceptarlos ? no, de ninguna manera, así ella rehusó todo, porque todo rehusar debía, comprendiendo con su clara y despejada inteligencia, y á pesar de sus pocos años, que era deber suyo rechazar decididamente la protección y los favores ofrecidos, por que su admisión empañaría su virtud, mancillando acaso su honor, ó por lo menos, pondría en duda su reputación.

Los días se sucedían tristes y amargos para ella, y así corrieron las semanas y los meses, sin vislumbrar un puerto de ventura adonde arribar en medio de la lucha y de su cruel destino.

Despertar ! despertar !

¡ Horrible idea !

La vida y el movimiento solo servían para probar á Lina cuán infeliz, cuán desgraciada era, y que destino tan tormentoso tenía que cruzar al deslizarse su débil planta por los espinosos caminos de la vida.

Solo un hombre no le inspiraba temor, no inquietaba su espíritu, ni le causaba miedo, por que le amaba y porque conocia la gallardía de su alma y la sanidad de sus intenciones; ese hombre era Enrique.

Este se presentaba siempre amante sin pretensiones, tan atento como respetuoso, solícito, oficioso, protector y amigo, circunstancias todas que infundian confianza en el corazon de Lina y le permitían entregarse discreta y precavida, á los dulces afectos del mas puro amor.

Así corrió veloz el tiempo para los amantes, que estrechaban venturosos los nudos tiernos de su recíproco amor, que les dejaba entrever un porvenir feliz y risueño para sus gratas esperanzas, sin que nubecilla alguna viniera á enturbiar el cristal trasparente de su dicha.

Un dia, ¡dia fatal!, se presentó Enrique en la pobre habitacion de Lina, con el semblante pálido y mustio, sus ojos colorados y sus facciones alteradas, revelando el dolor.

Lina se estremeció al mirarlo!

Su corazon palpité dentro del pecho, como si algo horrible fuese á sucederle, como si delante

de sus ojos se abrieran las negras puertas de la eternidad.

—Enrique ¿ qué ocurre ? exclamó Lina, con voz alterada.

¿ Qué nuevo infortunio tengo que sufrir ?

Enrique, impresionado y abatido, dejó caer la cabeza sobre su pecho acongojado, sin contestar palabra, como si temiera desplegar sus labios ante la muger amada.

—Y bien, Enrique, hablad, no tortureis mi corazón, sepa yo al fin qué os ha ocurrido. Ah! ¿ temeis por mí ? pues bien, ya estoy serena, os escucho con resignacion, hablad, amigo.

Enrique levantó la cabeza, sus negros ojos estaban bañados en lágrimas, llevó su mano derecha á sus cabellos, fijó resueltamente una mirada profunda, dolorosa y tierna en su amada, y en un momento de transporte y de dolor, se acerca á ella rápido como el pensamiento, la estrecha entre sus brazos fuertemente ; y aun cuando Lina, cediendo á los activos resortes del pudor, pretende sustraerse de ellos, la emocion que le causó este primer impulso de amor, le priva de sus fuerzas, y atónita se abandona

en brazos de su amado, esperando trémula la palabra de Enrique.

Al fin éste esclama :

—Lina del alma, amiga, compañera de mis dulces impresiones, objeto querido por quien tanto palpita mi corazón desolado, acabo de recibir orden para embarcarme, pues mi navío se dará á la vela para los mares de España, á fin de desempeñar una comision secreta del gobierno.

¡ Oh, Lina ! tengo forzosamente que separarme de vos y dejaros sola, espuesta á todos los sinsabores y peripecias que pueden ocurrir á una jóven sin proteccion, sin esperiencia y bella cual vos.

El golpe derribador, terrible é iracundo del rayo descendido de los cielos, que al caer destruye la solitaria granja, el veloz navío, la añosa encina y el corpulento cedro, no habria producido un efecto semejante al que produjo en la infeliz Lina tan fatal noticia.

—¡ Oh, Dios mio ! ¿ es posible ? ¿ qué es lo vuestros lábios acaban de pronunciar, Enrique ?

¡ Os vais ! ¿ me abandonais á mi cruel destino !

—Sí, Lina amiga, pero el cielo es testigo

y sabe que no puedo evitarlo; mas creedme, volveré pronto para no separarme mas de vos y haceros feliz en los altares santos de la iglesia.

¡Volvereis! palabra terrible como el dardo que hiere inhumano y ciego nuestro corazon. ¡Volver! ¡Dios mio! ¡Todas las felicidades huyen de mí, todas las puertas se cierran ante mis ojos!

¡Madre mia! Mas, ¿tengo acaso una madre, un padre, un hermano, ó un amigo verdadero? ¿hay á mi lado un ser que se duela de mi orfandad? No, soy una infeliz criatura, abandonada en el mundo, sin amparo, ni proteccion.

—Callad, callad Lina, no despedaceis inhumana este pobre corazon, no aumenteis el veneno que hay en mi alma, desde el momento en que recibí aquella órden fatal.

La huérfana impulsada por un poderoso mecanismo secreto, se levanta pálida y llorosa pone la mano sobre su agitado corazon, exhala un suspiro profundo, como para aliviarlo del horrible peso que lo oprimia, enjuga sus tiernas lágrimas, dirige una mirada suplicante á un pequeño cuadro que tenia de nuestra Señora de las Mercedes y esclama dolorida:

—Decid, Enrique, ¿ cuándo debeis partir ?

—Y bien, Lina, articuló el marino.

—Deseo saberlo, decidlo por piedad, ¿ acaso no se notifica al reo condenado á muerte su fatal sentencia, para que pueda preparar su alma á la eternidad ? Pues bien, hacedme saber mi cruel destino, quiero conocerle con certeza y prepararme para tan duro trance.

—Dentro de tres dias, contestó Enrique.

—¿ Dentro de tres dias ! repitió Lina.

Un silencio profundo siguió á estas palabras.

Ambos conocian que se amaban, á tal estrecho que no podian vivir el uno sin el otro, como no puede conciliarse la vida sin el latir del corazon. Enrique se sentia feliz viéndose apasionado en las dulces cadenas del amor de Lina y se sometia gustoso al imperio de su destino, como el esclavo á la voluntad de su señora.

Al fin Lina, levantando la cabeza, dijo :

—¡ Oh, Enrique ! ya conoceis el dominio que sobre mí teneis, y acaso nada podria defenderme contra vuestro ruego, aun cuando á pedir llegarais el sacrificio de mi propio ser ; así debo buscar proteccion para mi porvenir, y por ello pongo bajo vuestra salvaguardia mi honra,

puesto que no hallaríais completa la felicidad, ni uniríais vuestro destino al mío, sino en tanto que me juzgaseis digna de vos mismo.

Este viaje que vais á emprender, Enrique, compromete vuestra vida, y esto causa mi dolor ; si me fuera posible reteneros, si pudiera impedir ese viaje que me espanta !

Enrique muy luego le dice : eso que pensais es imposible, Lina, porque seria indigno de un militar esquivar los peligros, y vos que me amais, no podeis pretender mancillar mi carrera, ni oscurecer mi nombre.

Si el destino adverso quisiese arrebatarme la vida, me consolará la idea de que cuando oigais pronunciar mi nombre, se llenarán de lágrimas vuestros bellos ojos, recordareis que os amé mas que al vivir, y que mi corazón fué vuestro hasta mi último latido.

— ¡ Oh ! Enrique, callad, no lacereis mi corazón ; no acibareis mas mi amargura, pues, acaso mañana, cuando se levante el nuevo sol, esclamaré—; no le verán mas mis ojos ! y moriré de dolor.

— ¡ Morir vos, Lina ? no, Dios velará sobre vuestros dias, conservará esa existencia para mí

tan querida, y sancionará nuestra union eterna, para cruzar juntos la vida y morir unidos.

Escuchad, amiga mia, lo que voy á deciros : mañana á las ocho de la mañana iremos á la iglesia de Santo Domingo, donde nos conocimos, donde nació en nuestros pechos la primer chispa de amor, y allí ante Dios, juraremos nuestra union.

Os esperaré, Lina, á la hora indicada ; ¿ os será agradable este paso ?

—Sí, Enrique, iré y en los altares del templo os entregaré mi corazon, que ya os pertenece.

Luego se despidieron los amantes.....

*
* *

Lina pasó una noche de agitacion, con las impresiones conmovedoras del dia precedente ; se levantó mas temprano que de costumbre, arregló su habitacion, se vistió de negro, y, antes de las ocho, entraba ya en la iglesia conforme á lo acordado.

Un momento despues se dejó ver Enrique. Ambos oyeron con recogimiento la misa que salió en el altar de San José.

Terminada ésta empezó á salir la gente, pero Lina y Enrique quedaron casi solos.

Lina estaba de rodillas, rezando, aunque con alguna agitacion ; muy luego se acercó Enrique se puso tambien de hinojos, y con voz baja, dijo: *Dios de bondad, juro ante tu sagrada presencia no ser de otra mujer sino de Lina Montalvan.*

La huérfana á su vez repitió en voz muy baja : *¡ Oh, Dios de bondad ! juro ante tu sagrada presencia no ser de otro hombre que de Enrique Castilla.*

Ambos se estrecharon las manos, y uno al otro se miraron con ternura y ábandonaron el templo, volviendo luego á reunirse en casa de la huérfana.

Enrique manifestó á Lina lo que pensaba hacer en el poco tiempo que le quedaba, la manera y conducto por el cual le escribiría para darle y recibir noticias, y por fin despues de tener una larga y cariñosa conversacion se despidió Enrique para ir en seguida á ocuparse de los asuntos de su viaje.

Lina prestó el oido atento, á fin de escuchar los pasos de su amado que se iba alejando len-

tamente, pero que cada uno de ellos resonaba como un éco en el fondo de su corazon.

Ya no le quedaba esperanza alguna á la pobre *Stella del mare*.

Enrique se ausentaba sin poderlo impedir y este viaje era para ella de funesto augurio.

Cuando se vió sola cerró la puerta de su cuarto con cierto desaliento y se abandonó entónces á todos los transportes de su justo dolor, con su corazon oprimido, dejándose caer con abandono y pesantez sobre una silla que estaba al lado de su pequeño lavatorio.

¡Cuántas ideas contradictorias, tristes y penosas no se presentaron á la imaginacion de aquella desdichada! ¡Cuántos temores no se dibujaron en el cerebro de la huérfana! Mas, otra lucha interior se agitaba en el fondo de su alma y para la cual no estaba preparada, era su amor á Enrique y la idea terrible de la separacion.

Le parecia que Enrique era su único, leal y fiel amigo, el solo hombre en quien podia confiar, y el que, amándola, respetaria su virtud y la protegeria contra los azares de la vida.

CAPITULO XV

La cadena de pelo—El anillo de oro—La oscuridad.

Dos dias habian corrido rápidos como dos horas, y estos dos dias fueron bastantes para contaminar el corazon delicado y tierno de la huérfana. Las visitas frecuentes de Enrique en estos momentos precursores de la separacion, la idea de la ausencia y la aproximacion del terrible momento del adios fatal, tenían agitado el corazon de la huérfana, que habia adquirido el hábito de ver á Enrique á cada momento.

Se aproximaba la noche del segundo dia, en que Enrique vendría á pasar algunas horas con ella y á darle su último adios, puesto que al otro dia á las seis de la mañana, debia estar á bordo de su navío y á disposicion de su gefe.

Despues de la oracion, Lina empezó á arreglarse, para recibir por última vez, la visita de Enrique. Elijió lo mejor que tenia, como para estar mas bella que de ordinario; arregló su abundante y oscuro cabello con dos graciosos rizos que descendian hasta sus hombros, colo-

cando sobre las diversas vueltas que daban sus largas trenzas, un elegante moño de cinta de seda color morado, pero de una manera tan sencilla como graciosa, que daba á su semblante un encanto completo.

Al cambiar de trage, un broche de la bata del vestido que se quitaba, enganchó casualmente en una puntilla de su camisa, que, aunque de algodón ordinario, era blanca como la nieve y quedó su busto descubierto, mostrando los preciosos tesoros de su hermosura.

Lina da una mirada rápida á su pobre espejo, de marco de caoba, se ve blanca y hermosa como las fantásticas creaciones del Olimpo, recompone su ropa con la celeridad del rayo, vuelve su cabeza á todos lados, asustada y sobrecogida de terror, para cerciorarse de que ningunos ojos profanos habian penetrado en su cuarto ni habian podido ver lo que á la muger púdica ocultar conviene ; mas ; temió Lina ser vista por algun curioso ? ; temió que álguien la asechase ? ; oh ! no, fué solo la imágen de Enrique la que cruzó veloz por su inquieta mente, fué el recuerdo de su amado el que produjo en ella tal temor ; pues al verse impensadamente

desnuda, se sorprendió al solo pensar que el alma de Enrique pudiese haber penetrado en aquellos dones de natura pródiga, puros, intactos como la primer creacion de Dios.

Lina, al fin terminó su humilde *toilette*, volvió á mirarse al espejo, se detuvo allí un instante con cierta satisfaccion interna, pues se encontró tan bella, que se consideró digna de ser amada por Enrique.

Nuestra huérfana imprimió un poco de órden en su cuarto, y luego tomó maquinalmente su costura, pretendiendo ocuparse en algo; pero su espíritu agitado, su alma preocupada con la proximidad de la visita del hombre de sus ensueños, no pudo ejecutar labor alguno. Cada ruido que llegaba á sus oídos conmovía su corazon; mas, este pasaba, se apercibía de su error y volvía la calma á serenar su espíritu.

Un breve rato habia trascurrido en esta ansiedad, cuando Maria, la sirvienta de la casa, golpeó suavemente la puerta del cuarto de Lina; este golpe hizo palpitar de una manera violenta su corazon, se levantó precipitadamente, abrió la puerta y Maria, con una cara alegre y picaresca á la vez, le dijo con la mayor amabi-

lidad: señorita, un caballero pregunta por usted y pide permiso para entrar.

—¡ Un caballero ! repuso Lina, sin poder reprimir su emoción que hacia temblar su voz, y tuvo que sacar el pañuelo de su bolsillo para hacer como que se limpiaba la cara, pero era solo con el fin de que Maria no se apercibiese de su rubor, pues aun cuando aquella era sumamente ignorante, tenia una dosis no pequeña de malicia.

—Sí, señorita, un caballero, un caballerito muy.....

Pero Lina, antes que pudiese terminar aquella la frase comenzada, la cruzó diciéndole :

—¿ No ha dicho ese señor su nombre ?

Maria con su cara satisfecha, acercándose bastante á Lina, con voz muy baja y con un aire de confidencia y misterio, que contrastaba con la circunspeccion de la huérfana, le respondió :

—Es el jóven oficial de marina, señorita, el jóven que tanto se interesa por usted, pues cuando me encuentra por la calle siempre me detiene para informarse de su salud y.....

Lina que comprendia, que aquella parlanchina

lo que queria era entrar en materia; é inmiscuirse en sus asuntos, cosa que deseaba impedir á todo trance, porque no queria darle derecho para que se hiciese una confidenta, volvió otra vez á interrumpirla, y sin dejarla concluir, le dijo :

—¡ Ah! sí, el señor Castilla; bien, Maria, tened la bondad de decir á ese caballero que se sirva pasar adelante.

· Maria se alejó, saludando cortesmente á la huérfana, aun cuando un tanto pesarosa ó contrariada por no haber podido prolongar la conversacion, pues tenia instrucciones de su patron para conquistar su confianza á todo trance, á fin de poseer por este fácil medio todos los secretos de aquel corazon amado.

· Lina dejó la puerta de su cuarto discretamente emparejada y volvió á ocupar su puesto.

Muy luego los pasos de Enrique se hicieron sentir al venir aproximándose pausadamente; entró y cerró aquélla suavemente.

*
* *

—Escusadme, Lina, que haya venido un poco tarde; pero, ¡ qué quereis! á pesar de mi

impaciencia, he tenido que dar cumplimiento á varias órdenes que habia recibido de mi superior.

—¡ Escusaros vos para conmigo, Enrique! repuso la sensible Lina, ¿ tengo acaso algun derecho para exigir otra cosa de vos? ¿ no debo conformarme y encontrarme feliz con los momentos que querais consagrarme?

Este diálogo tenia lugar estando ambos en pié, pues Lina no se apercibió de que aun no habia ofrecido una silla á Enrique, ni éste tampoco se daba cuenta de ello, y no lo habria notado, sino es que aquella, volviendo en sí, le presentó una silla pidiéndole tomase asiento.

Enrique, sin fijar su atencion en lo que Lina acababa de decirle, distraido ó mas bien extasiado, la miraba atenta y cariñosamente, hasta que al fin esclama:

—¡ Oh! amiga mia, permitidme que os declare que sois cruel por demás: parece que os empeñarais en torturar mi aflijido y desolado corazon.

—¿ Qué es lo que decis Enrique? no os comprendo por cierto; ¿ yo cruel, amigo mio, y con vos? Vamos, estais lamentablemente equivo-

cado, ó quereis vos serlo conmigo. Explicaos, os lo ruego.

—Sí, querida amiga, creo tener sobrada razon para decir lo que acabo de espresaros.

—¿ En qué sentido? preguntó Lina desazonada.

—En el de que, repuso el marino, hoy os habeis embellecido de una manera inusitada, sí, hoy, que debo deciros adios, os presentais ante mis ojos, cual nunca os he visto, llena de encantos y de hermosura, como para dejar en mi corazon una impresion tan deliciosa como perdurable; sí, mi huérfana amada, os encuentro radiante y bella como una ilusion de los cielos, como uno de esos ángeles luminosos cuya grata vision cruza por nuestra mente en medio de los fantásticos sueños que rodean nuestro lecho bajo la accion de horas febriles.

Lina, como si no se hubiera hecho cargo de aquellas galanterías que, halagando su amor propio, conmovieron hondamente su corazon, le dijo:

—¿ Ya sabeis, Enrique, que soy pobre y no poseo cosa alguna digna de vos, ¿ qué podria daros, como un recuerdo de este cariño que vi-

virá dentro de mi alma aflijida por esta cruel separacion? Soló poseo esta cadenita de mi pelo, tejida por mis inhábiles manos. Acercaos, Enrique, quiero yo misma colocarla en vuestro cuello y despues la unireis á vuestro reloj.

En efecto, Enrique, visiblemente enternecido se aproximó á su querida, tomó un extremo de la cadena, la besó conmovido, inclinó la cabeza y Lina con una efusion deliciosa que hacia temblar sus blancas y pequeñitas manos, se la colocó nuevamente en el cuello.

Enrique la acercó nuevamente á sus labios con respeto, y le dijo :

—Mirad, Lina, acabais de hacerme feliz, el mas dichoso de los mortales ; esta cadena de vuestros cabellos vale para mi un tesoro, todo un mundo, y vivirá sobre mi corazon hasta mi postrer suspiro.

Enrique sacó de su dedo pequeño un sencillo anillito de oro, tomó respetuosamente la mano izquierda de Lina, que temblaba bajo el cielo dorado del pudor, y se lo colocó en el segundo dedo exclamando :

—Lina, mi dulce amiga, aquí está el símbolo

de mi fé y de mi amor : guardadlo como yo conservaré vuestro precioso don.

Dios recoje nuestros votos, continuó Enrique, ve nuestras santas intenciones y debemos esperar confiados que los bendiga allá en su trono excelso.

Desde hoy vuestro destino será el mio, como vuestro será mi corazon, mi fe, mi albedrio y mi existencia, en fin. ¡Oh! mi Lina, estrechad fuertemente mi mano para que yo pueda cerrar la vuestra en testimonio de nuestra recíproca union y de nuestro amor sincero.

Lina con eco apenas perceptible, repuso :

—Gracias, Enrique ; Dios guie vuestras intenciones.

Y en seguida se separó un poco de su amado, dobló la rodilla ante el pequeño cuadro de la Virgen, de que ya hemos hablado, y con voz muriente y conmovida murmuró :

—¡ Madre mia ! aceptad esta union y desde vuestra alta morada, bendecidla !

La huérfana, despues de esto, no pronunció palabra, pero una tiernísima y cristalina lágrima brotó de sus negros y hermosos ojos, rodando sobre sus tersas y hermosas mejillas.

El joven marino no pudo reprimir el impulso natural de su amor, y, apoderándose nuevamente de la mano de Lina, estampó en ella un beso ardiente.

El contacto de aquellos labios, el fuego volcánico de aquel beso llegó rápido como la electricidad á lo mas recóndito del corazón de la huérfana, que se estremeció como la hoja de un árbol á impulso de las brisas suaves de los trópicos.

*
* *

Se aproximaba el terrible momento de la separación.

Ambos lo retardaban cuanto era posible, aun cuando era ya la hora avanzada; pero al fin no quedaba otro camino y era forzoso partir.

Enrique, buscando fuerzas de su propia debilidad, reúne toda su energía y se levanta para despedirse y pronunciar el postrer adiós.

La pobre huérfana estaba pasando por una prueba suprema; habia sufrido tantas impresiones, disgustos é insomnios en esos últimos dias que habian alterado su sistema nervioso y

ahora soportaba un combate realmente cruel y superior á sus fuerzas.

Su cabeza estaba volcanizada, su espíritu alterado, su razon delirante, su corazon oprimido, como si un enorme peso de plomo le impidiese latir con la libertad necesaria; siente que la sangre se agolpa á su cerebro, su mirada se apaga, sobreviene una palidez mortal, pretende apoyarse en la cómoda que habia en su cuarto, pero le faltan las fuerzas y esclama—; Enrique, Enrique!—y cae desplomada, desfallecida y sin sentido en brazos de su amado.

Su rostro se torna lívido.

Su cuerpo desfallece.

Sus cabellos se desprenden en desórden de su hermosa cabeza.

Con dificultad conduce aquel pesado y abandonado cuerpo á su vecino lecho.

Su respiracion se centuplica primero, en seguida disminuye, y se apaga por completo cual si fuese á espirar.

Enrique, desesperado y atónito, sin atinar con lo que debia hacer, pretende pedir socorro, llamar gente, pero teme comprometer la reputacion y el nombre de aquella jóven; la mira

asustado y aturdido, se encuentra confuso, febril, delirante y ciego, vagando entre el temor y el amor.

Pretende soltar los broches del vestido de la huérfana, para ver si se facilitaba su respiración, pero casi no veía, pues la vela que alumbraba aquel triste cuarto se había consumido y parecía también que iba á espirar, así es que no veía bien claro; pero haciendo un esfuerzo, rompe los broches del vestido, despedaza, ciego, el cordón del corsé y entónces, un prolongado suspiro exhala el alma apasionada y dolorida de aquel ser divino que él recoge en sus propios labios de fuego, teniendo aquel dichoso mortal en su presencia todos los tesoros abandonados, de la belleza y de la belleza amada!!.....

Solo quedaron sombras vagas y agitadas, oscuridad y silencio, oyéndose apenas los lamentos cadenciosos de las brisas pasajeras que envolvieron aquella funesta escena en el manto movable del misterio y de la desolación.

CAPITULO XVI

La vuelta de la aurora, el adios y la desesperacion.

No hay nada mas hermoso que presenciar la vuelta del nuevo dia, cuando empieza en Oriente á dibujarse esos fantasmas de fuego vaporosos, que van pasando y cambiando caprichosamente de formas y de color, hasta que el poderoso Febo en su carro magestuoso se va aproximando, envuelto entre su purpúreo manto, arrojando rayos luminosos, como el Dios de la creacion, que viene á dispensar vida y calor á los mundos ; diciendo con voz prepotente—sombras misteriosas, densas nieblas, horrenda oscuridad, huid, huid, dad paso á mi estupendo y benéfico ser, dejad que brille mi luz radiante.

El canto armonioso y suave de la apasionada alondra y el de la dulce tortolilla que empezaban á trinar sus amores y festejar dichosos la nueva aurora, vinieron á advertir á los amantes de la calle de las Mercedes, que aquella noche de emociones gratas habia pasado y que era forzosa la separacion.....

Enrique estrecha entre sus brazos á su amada, imprime en sus labios un ósculo de despedida, y con los ojos arrasados en lágrimas se dispone á abandonar aquel humilde cuarto, donde habia pasado los momentos mas dichosos de su vida, momentos que jamás se borrarían de sus recuerdos; mas Lina esclama ¿por qué os ausentais tan pronto, Enrique?

—Es que empieza á despuntar la claridad precursora del alba, y dentro de poco, vendrá el dia, dijo Enrique.

—En efecto, repuso aquélla, empiezo á percibir alguna claridad.

—Sí, pero esa luz que brilla suave y apacible en este cuarto, es producida por los rayos que arrojan vuestros ojos hermosos, que así como los planetas alumbran el firmamento, tambien los vuestros iluminan mi felicidad.

Ambos se abrazaron con ternura, para fundir sus almas en un solo crisol: el silencio los rodea, pero, no obstante, Enrique oye y siente sobre su pecho el presuroso latir del corazón de Lina, como si sus palpitations estuviesen remedando el batir de las alas del Cisne mitológico de Leda: los amantes se estrechan mas y mas, como dos

lirios entrelazados por las brisas agitadas de la muriente tarde; pero al ver la huérfana los destellos del nuevo día que viene á arrebatarse su amante, esclama: ¡Oh! dadme un negro crespon para ocultar los fulgores de ese astro radiante que pretende desunir nuestros brazos, cuando estaban asidos como se ase la trepadora yedra que envuelve y oprime el tronco del viejo urunday, sin que las abundantes aguas, ni los impetuosos vientos consigan jamás verla desahogada de su amplexo eternal.

—¡Oh, Enrique! ¿ya os vais? y despuntó una lágrima de sus ojos. Os vais, amigo mio, cuando cruza por mi mente la triste idea de que ésta será la vez postrera que nos veamos en la tierra, y que solo nos volveremos á encontrar allá en la patria de los bienaventurados, entre los rosados resplandores de la eternidad.

—Lina, le dice Enrique, estas horas de felicidad que he gustado á vuestro lado, han cruzado para mí como breves minutos, y el cruel destino me obliga á dejaros cuando quisiera que este abrazo se prolongara por siempre.

—Mirad, Enrique, repone Lina, ese lúgubre

y triste canto de la calandria, que ahora llega á mis oidos, desde el castaño que está en la huerta, donde ella tiene el nido en que cobija á sus hijillos con maternal amor, me recordará con sus cantares, vuestro cariño y este abrazo que aun está latiendo en mi corazon, así como el timbre de una campanilla repite sin cesar sus vibraciones.

—Observad, amiga mia, esas fajas de luz que empiezan á diseñarse allá en Oriente, son las antorchas del Cielo que concurren á alumbrar vuestra imágen en este humilde templo ; pero á mí, como á vos, me asalta la lúgubre idea de que esa luz se apagará bien pronto, y que, acaso, no volverá á lucir para ambos, sino cuando estemos allá arriba, donde no hay noches ni tardes, sino el claro divino de la.....Inmortalidad.

Venid, Lina, acercaos mas á mí, aquí sobre mi corazon,; yo os amo !.....dejadme gozar oyendo vuestro eco seductor y armonioso, viendo esos ojos que levantaron en mi pecho amor inestinguible. Luego cesaron las sonrisas, sobrevinieron las lágrimas, se oyó un adios solemne é imponente, que solo fué escuchado por Dios,

el aire, el océano, y la tierra, testigos mudos de esta despedida dolorosa.

La desolada huérfana sigue, con todas las potencias de su alma abatida, los pasos de su amado que lentamente se alejaba.

Corre á su pequeña ventanilla, anegada en lágrimas, ve á su amante que caminaba presurosamente y que daba vuelta á cada instante para saludarla : ella le ajita su pañuelo una y cien veces, y cuando aquel ha desaparecido, cierra desconsolada y llorosa su ventana, se deja caer sobre una silla que habia quedado al lado de la cama, oculta su hermoso rostro entre ambas manos, como si pretendiera sustraerlo á las miradas del mundo y aun á las suyas propias ; sus lágrimas ardientes corren en abundancia, y recién entónces vuelve sus recuerdos al cercano pasado, pesa su bárbara situación y entrevé la perspectiva de su funesto porvenir.

Lina juntó sus manos, alzó sus llorosos ojos al cielo y despues los fijó en el cuadro de nuestra Señora de las Mercedes, dirijiéndole una silenciosa y contrita plegaria.

Habia perdido á su Enrique y caido en el verdadero infortunio.

¿ Qué le quedaba en el mundo ?

¿ Qué esperanzas se ofrecían á su vista ?

Nada, sino vacío, amargura, incertidumbre y dolor !

Le faltaba ahora á Lina el vigor de la conciencia y el heroísmo de la virtud, no solo para su reposo, sino también para su tranquilidad y puede decirse que el brillante edificio de sus dichas y de sus esperanzas, se había derrumbado al empuje del huracán de las pasiones.

Sus días eran opacos, solitarios y amargos, los pasaba entregada al trabajo ; pero cada hora de su tiempo cruzaba como una pesadilla constante y abrumadora.

Su salud languidecía con el recuerdo de un momento de delicias, de placeres y olvido, sin poder entrever ni esperar días claros y serenos que pudiesen venir á endulzar un tanto la amargura de su vivir, la pertinacia de su dolor.

El tiempo corría veloz y no recibía carta alguna de Enrique, viendo pasar un mes y otro, hasta que al fin perdió la esperanza de obtenerlas.

¿ A qué atribuir este terrible é injustificable silencio ?

¿ Se hallará enfermo ?

¿ Me habrá olvidado ?

Oh ! estas ideas atormentaban el corazon de la huérfana, labraban su dolor y acibaraban su mísera existencia.

CAPITULO XVII

La primera carta.

Como seis meses mas ó menos habian corrido desde la partida de Enrique, cuando un dia, ¡ dia feliz !, despues de su frugal desayuno, Maria vino á anunciarle que traian una carta para ella.

¡ Oh ! momento reparador y supremo !

—¿ Dónde está la carta, Maria ? dádmela, pronto.

—¡ Oh ! señorita, yo no la tengo, el jóven que la trae no me la quiso dar, aun cuando yo se la pedí con instancia, pues queria tener el gusto de ser yo quien se la diese para ver la cara que Vd. pondria, pero dijo, debia entregársela en propia mano.

—Bien, id pronto y decid á ese señor que pase adelante ; pero ya el conductor de la carta, sin esperar mas, se acercaba por sí solo, y, aproximándose á la huérfana, le dijo : ¿ es la señorita Lina Montalvan, á quien tengo el honor de saludar ?

—Servidora de Vd.

—Gracias, celebro infinito conocer á Vd. y tener esta oportunidad para presentarle mis respetos, y continuó, acabamos de recibir cartas de mi primo Enrique, y me incluye una para Vd., encargándome que inmediatamente de abrir la correspondencia, pase sin pérdida de tiempo á la calle de los Mercaderes y entregue á Vd. en propia mano esta carta; así es que en el acto he venido precipitadamente á cumplir mi cometido.

—Señor, dijo Lina, tomando la carta con cierta agitacion y ruborizada, agradezco á Vd. su solicitud; ¿gusta Vd. pasar adelante?

—Gracias, señorita, tengo que ir á entregar otras cartas y hacer algunas diligencias que me encarga Enrique.

Durante todo este diálogo María no se habia separado y tenia puesto atento su oído decorado con sus grandes, moradas y carnudas orejas, para imponerse bien de todo y estar al corriente del asunto, pues este era su fuerte.

—El sábado, señorita, agregó el sobrino de Enrique, saldrá un buque para España y llevará la correspondencia; si Vd. desea escribir, tendré

el mayor gusto en venir á tomar su carta, pues así tambien me lo encarga mi primo.

—Está bien, caballero, tendré lista mi carta, ya que Vd. se quiere tomar la molestia de venir á recojerla.

—Nada de molestia, señorita, lo haré con el mayor gusto, y así habré complacido á Vd. y á mi primo. Lina se puso colorada como una guinda sin poderlo remediar.

El jóven se despidió cortésmente con unas maneras francas y elegantes, idénticas á las de Enrique.

María se acercó en actitud de entrar en el cuarto, pero Lina que comprendió la intencion, la detuvo diciéndole :

—María, os doy las gracias, pero por ahora no se me ocurre cosa alguna.

—¿ No será mejor, señorita que lea Vd. su carta á ver si tengo alguna diligencia que hacer ó encargo que llenar ?

—No, María, no es preciso : si algo se me ocurre ya sé que puedo contar con vuestra buena voluntad, y en ese caso os llamaré en el acto.

—Yo puedo esperar, niña, pues ahora no está

el patron ni tengo cosa alguna que hacer, así es que puedo muy bien quedarme con Vd. y acompañarla.

—Os lo agradezco, María, tengo necesidad de estar sola, y Lina sin mas ni mas, entró un tanto fastidiada en su cuarto, y cerró la puerta; pues estaba contrariada con aquella impertinente que no se alejaba por nada.

Al fin, encontrándose sola la pobre huérfana mira y remira aquella carta tan esperada, su corazon palpitaba, cual si pretendiera resaltar del pecho, al extremo que tuvo que sentarse y esperar algunos minutos, á fin de traquilizar su espíritu y tener fuerzas para abrirla é imponerse de su contenido.

En efecto rompe el sello y empieza á leer la carta siguiente :

Rada de la Coruña, Junio 4 de 1745.

“ Amiga del alma:

“ Despues de repetidos viajes, querida Lina, al fin fondeámos en este lindo puerto y tengo la oportunidad de dirijiros esta carta por conducto seguro.

“; Si pudierais comprender, dulce amiga,

cuánto ha sufrido mi corazón en esta larga ausencia, que no sé cuándo cesará, si os fuese posible leer en el fondo de mi corazón, pienso que seriais justa y me compadecierais !

“ Yo soy un pobre náufrago que llegué en buena hora á un puerto venturoso de dicha y felicidad, en el momento en que los hados inhumanos debian separarme de la mujer amada por quien palpita sin cesar mi corazón.

“ Ya no gozo de aquella alegría y contento, propios de mi edad, de aquella tranquilidad de espíritu que gustaba, antes de dejaros ; mi vida es taciturna y sombría, solo ansío el momento de volver á la patria y á vuestro lado, para poder saborear vuestra amable amistad y compañía. ; Oh, Lina mia ! vuestro eco suave é insinuante, como las armonías del cielo, resuena aquí en lo hondo de mi corazón, vuestros negros y encantadores ojos están de continuo delante de los míos y me parece que siento su dulce y embriagadora influencia.

“ Mis plegarias se dirijen al cielo santo para pedirle me reuna á la mujer que amo, á la amiga tierna, para quien solo vivir quisiera.

“ ; Oh ! sí, unid vuestras súplicas á las mías ;

Dios escucha mejor á los ángeles que á los hombres.

“ Este momento es dichoso para mí, porque escribo vuestro nombre querido, porque hablo con vos, y así piensa mi pobre fantasía, que me acerco á vuestro lado, creo ver aquel humilde cuarto que os sirve de morada, cuarto que no cambiaría por el palacio atesorado de una reina.

“ Mi bien amada, escribidme, deseo saber cuanto os concierne y atañe, decidme cómo pasais la vida, qué os ocurre, si pensais en mí, si el nombre de Enrique vive en vuestra alma bella, como el de Lina en la mia vive.

“ Quiero saber todo, todo lo que tiene relacion con vuestra existencia, que me es tan querida.

“ En cuanto á mí, os diré, que con frecuencia bajo á tierra y me alejo de la ciudad, porque en la soledad puedo, tranquilo y sosegado, pensar en vos y entregarme á tan grato recuerdo.

“ Allí miro la erguida azucena que exhala su perfume; el albo y cándido jazmin, cuyo aroma embalsama las suaves brisas; la encarnada rosa, la mustia y sin par violeta; pero

mi alma dice : ¡ Oh ! no, vosotras, preciosas flores, no sois mas bellas que mi Lina amada. Luego contemplo los rayos poderosos del sol que nos da calor y vida, y en seguida esclamo : no, no son mas radiantes y luminosos que los que nacen de los ojos hechiceros de mi amada. Y, por fin, recreo mi cansada vista examinando el prado ameno y los risueños valles ; pero no obstante, las perfumadas flores, el sol radiante y los verdes valles, no consumen mi ser, mi alma y mi corazon como los rayos de vuestros ojos me abrasan y me consumen, cual lava ardiente de inestinguible amor.

“ Otras veces sobre el borde de mi buque, pensando taciturno en vos, dirijo mi vista á las cristalinas y sosegadas aguas, y en su inmenso espejo, miro mi rostro mustio y esclamo : ¡ Oh ! si vosotras, aguas silenciosas, pudieseis, en vuestras corrientes, traer delante de mis ojos el rostro encantador de la mujer que adoro ! y á fuerza de pensar en tan halagadora idea, creo realmente que sobre las aguas veo vuestros encantos, sí, los examino ansioso ; mas, ¡ oh desdicha ! solo en mi fantástica imaginacion existe vuestro ser querido.

“Mas, ¿quién no siente de amor esta influencia poderosa, esta llama abrasadora?”

“¿No ama acaso el intrépido guerrero, el lánguido literato, el corpulento y poderoso leon, las presurosas y ágiles avecillas y el inquieto pez? Y por fin, racionales y brutos, ¿no buscan los regalos de su querida compañera? Así pues, el leon brama por la apetecida leona, el potro indómito relincha por la esquivia yegua, el zorro astuto sin cesar pretende á su inquieta compañera, y por último, todos, todos, sin excepcion, al amor su culto rinden, á su imperio se subyugan y ante sus altares se postran con ferviente afan; porque Dios, la iglesia, la ley, la sociedad, en fin, autorizan del consorcio los santos y sabrosos nudos.

“Fijad bien vuestros ojos, querida Lina, sobre este papel y encontrareis las huellas de las lágrimas que brotan de mis ojos, sí Lina, fijadlos y podreis entrever el rastro de mi corazon que palpita dia y noche por vos.

“Adios, amiga querida; esta carta estará bien pronto en vuestras manos, la recorrerán esos ojos que supieron encender de amor activa llama en el pecho mio.

“Adios, Lina, adios, el cielo benigno proteja vuestros dias, hasta que pueda estrecharos en sus brazos—

“*Enrique.*”

*
* *

Lina habia interrumpido varias veces la lectura de esta triste carta, pues sus ojos se arrasaban de lágrimas y no le permitian seguir su conmovedora lectura.

¿Por qué esas lágrimas ?

¿Por qué tanta angustia ?

¡Oh! porque aquella carta no solo venia á conmover el corazon de una simple mujer, sino el de una madre; sí, de una infeliz que ya habia adquirido certidumbre de su cruel y desgraciado estado, cuyo secreto queria ocultar en el fondo de su alma acongojada.

¿Cuántas reflexiones se agolparon al cerebro de la pobre huérfana! Ella se decia á sí propia: Enrique, al escribirme esta amorosa y amigable carta, habrá estado muy distante de presumir que entre él y yo existe un vínculo mayor y mas poderoso que el de nuestro amor.

¿Cómo haré para significárselo?

¡Oh, Dios mio! iluminadme, dadme resolucion y fuerzas para confesar lo que el natural pudor y mis propios labios proferir resisten.

Como tenia que preparar la carta para éntregarla el sábado cuando viniese el sobrino de Enrique á buscarla, se resolvió acometer esta tarea al dia siguiente, tomándose así tiempo, para meditar y adoptar un temperamento cualquiera.

La desolada huérfana pasó la noche agitada sin poder conciliar el sueño, vagando entre la diversidad de ideas que en tropel se agolpaban á su fantasía.

Esta lucha habria continuado, si el movimiento producido en las calles y la claridad del naciente dia que penetró por su ventana no le hubieran advertido que aquella noche de insomnio y agitacion habia concluido.

Lina se decidió á levantarse, á pesar de lo fatigado de su espíritu y de la pesadez de sus miembros, para comenzar su carta á Enrique. Tenia mil ideas embrionarias en su cabeza que revolvia y agitaba sin cesar; pero sin atinar á elegir ó fijar una que le cuadrase, pues todos

los términos le parecían impropios, indignos de su pudor y de su elevada delicadeza; pero al fin era forzoso empezar por algo.

La carta de Enrique la habia recibido Lina tres meses y cinco dias despues de su data, y mas de seis meses de la salida de aquél de Lima, cuyo retardo no era raro en aquella época, en que la travesía del océano se hacia en buques de vela, corriendo las contingencias de los malos tiempos.

La huérfana se acercó á su humilde mesita, buscó papel y su frasquito de tinta, que encontrándolo casi seco tuvo que agregarle un poco de agua, para habilitar su líquida y blanquizca tinta.

Varias cartas empezó Lina que tuvo que inutilizar en seguida, para recomenzar otras, pues todo lo hallaba imperfecto é inconveniente, y de este modo fué preparando la contestacion siguiente :

Lima, 11 de Setiembre de 1745.

“ Enrique—

“ Vos luchais con las bravías olas en la inmensidad de los mares, vos teneis acaso con

demasiada frecuencia la muerte delante de vuestros ojos ; pero vos habeis aprendido el arte de desafiar el rayo, las olas, los vendavales y todas las furias de los elementos cuando estos se desencadenan.

“ Vos sois como el intrépido guerrero que se familiariza con el estrépito del cañon, con la crueldad de la guerra, con la muerte misma ; pero, Enrique, esta pobre muger, sin amigos, sin proteccion, sin valor, ni aun para morir ; qué podrá hacer ? ; Oh, Dios mio !—sabeis los combates que experimenta mi corazon ? ; sabeis cuanto he sufrido despues de vuestra partida ? ; calculais cuántas veces he muerto y vuelto á la vida ?

“ Enrique, vos no podeis imaginaros cual es mi situacion : ella se hace mas dura aun, puesto que vos me pedis, en vuestra tierna y amorosa carta del 4 de Junio, que cien veces y otras cien he leido, que os hable de mi vivir, de cuanto me rodea ; y sin embargo, amigo mio, no puedo hablaros de todo eso, es decir, no me animo á daros cuenta de lo que hasta cierto punto es un deber sagrado para mí.

“ He pedido fuerzas á mi Dios y creo que

no me ha escuchado, sin duda porque no me ha creído digna, y porque ya no soy como vos suponéis en esa carta con tanto amor y pasión escrita, el ángel que intercede por el hombre ante el trono de Dios.

“ ¡ Oh ! Enrique mio, que sacrificio tan grande debió hacer sobre mi propia debilidad !

“ ¿ Veis mis lágrimas ?

“ ¿ Calculais mi dolor ?

“ Gracias, Enrique, vuestra alma, compasiva y grande, comprende la mia atormentada, os doleis de mi martirio y me compadeceis, gracias.

“ Enrique, mi frente no está alba y pura como la conocisteis; mis ojos no brillan con los fuegos del candor y de la inocencia como en otros días mas felices y serenos para mí.

“ Ay ! yo soy como esas flores débiles, que el huracán de los amores abate y marchita desapiadado : estoy en este momento como el febril suicida que tiene el arma matadora delante de sus ojos, que unas veces se horripila al mirarla, y otras la acaricia, porque ella debe libertarlo de un martirio.

“ Yo tambien me horripilo al tomar la pluma

pretendiendo obligarla á trazar algunos renglones para arrancar del pecho mio un cruel secreto y comunicarlo ; pero en otros momentos la acaricio, porque mi conciencia me manda referiros mis penas, pues entre Enrique y Lina existe un vínculo tan fuerte como sagrado, tan estrecho como santo.

“ Sí, Enrique, sí, vos no supisteis, ó no pudisteis al menos, respetar lo bastante mi desgracia el malhadado dia de vuestra cruel despedida; me arrancasteis el alma, robasteis mi conciencia, envenenasteis para siempre mi corazon, y sin ser esposa me hicisteis madre.....

“ Oh ! ¿ por qué no hundisteis un puñal en mi seno ?

“ ¿ Por qué me conservasteis la vida, si con ella me dejabais el remordimiento torcedor de la conciencia ?

“ Habeis sido cruel, bárbaro, despiadado, cuanto yo mísera é infortunada !

“ Ya conoceis mi secreto, mis penas y mis martirios, en los que no la voluntad mia, sino el cruel destino fué el que intervino para mi mal sin fin.

“ Venid, amigo cruel, tended vuestra ma-

no fuerte y viril para alzar á la pobre caída.

“ Mi alma se encuentra triste y abatida, no sé si tendré la dicha de volver á veros ; pero si muero, conservad aquella cadena de mi pelo que os dí antes de partir como recuerdo de mi afecto tierno.

“ ¿ Lo podreis creer, Enrique ? me siento feliz con la idea de la muerte, lloro y vertiendo lágrimas, mi corazon se alivia, porque la muerte puede redimir la culpa con las penas de la eternidad.

“ Mi salud declina, mi alma sostiene una lucha que no puede resistir, y solo la idea de mi infeliz estado, me hará arrastrar el peso horrible de mi existencia acerba.

“ No sé por qué cruzan por mi mente inquieta, fantasmas aterradoras, sueños terribles, que amargan mi existencia, y arrebatan mi tranquilidad.

“ Hay veces que creo veros trémulo y agitado entre mis brazos, buscando ansioso amores y deleites con ojos dulces y seductores ; otras os miro pálido é iracundo con vuestro cabello hermoso descompuesto por las ráfagas del impetuoso viento, luchando heroico con las salobres y

turbulentas olas, ¡ oh! Enrique mio! acercaos á esta débil criatura y prestadle fuerzas para que viva de vuestra vida, respire en vuestro aliento, y lata el corazon en los latidos del vuestro, generoso y fuerte.

“ Perdonad, Enrique, estos trasportes, estos delirios de mi pasion ardiente.

“ ¡ Y por qué ocultároslo? vos sois mi alegría, mi hermano, mi amigo, mi todo, y por fin vos solo teneis de mi corazon el dominio y poderío, y tan solo vos reinareis en él, cual monarca y señor de mi destino.

“ Felices los amantes que ajitados por un mismo pensamiento, ardiendo en una sola llama, se mezclan y confunden bajo el mecanismo de una sola voluntad.

“ Vuestra imágen vive en mi amante corazon, y aun cuando pretendo moderar la pasion que me atormenta, siento que en mis sueños vuestro nombre sin cesar repito, sí, mi bien, mi querer, mi amigo, ¡ creereis lo que á deciros voy? pues bien: los corpulentos y frondosos árboles, el eco de las brisas perfumadas, el murmullo del arroyo correntoso, la yerba verde, los dulces y acordes trinos de amorosas y cantoras

avecillas, todo, todo ; oh ! Enrique, me recuerda
vuestro amor y exalta el mio, mal comprimido.

“ Escribidme, Enrique, muy á menudo, vues-
tras cartas consolarán mi existencia y harán
menos desgraciada á vuestra infortunada—

“ *Lina.* ”

CAPITULO XVIII

Don Luis Caballero—Su pasion hácia Lina.

La pobre huérfana estaba distante de presumir los nuevos inconvenientes y penurias en que iba á verse envuelta, á consecuencia del amor que sus hechizos habian despertado en el corazon del dueño de la casa que habitaba, y que desde largo tiempo ardía en volcánica pasion; quien al fin, habia abierto su cruzada de conquista, al menos, despues de la muerte de su anciana madre, que era la amiga y decidida protectora de Lina, pues la queria como hija.

Necesario nos será dar á conocer al lector, este nuevo pretendiente, y demostrar el giro que imprimió á sus aspiraciones amorosas.

Don Luis Caballero, dueño de la casa en que habitaba Lina, era un hombre de unos cuarenta años, de distinguida educacion, maneras sueltas, sumamente cortés y afable en su trato, todo lo cual lo hacia muy agradable.

Este hombre era viudo y poseia bienes de

fortuna que, sino lo hacian rico, al menos le permitian vivir con sobradas comodidades.

Estaba perdidamente enamorado de Lina, pues la chispa ardiente y abrasadora del amor habia penetrado en su corazon y solo pensaba en la hermosa huérfana.

Lina oyó siempre con rubor y marcado desagrado las protestas de afecto que mas de una vez le habia hecho Caballero, y al fin tuvo que decirle, que su corazon pertenecia á otro hombre, á quien amaba y habia empeñado su fe, por lo que no podia dar pávulo ni aun pensar en las atenciones que otro le prodigase. Que aceptaba su fina amistad, á la que tantas atenciones y deferencias debia, pero que ningun otro sentimiento podia hallar cabida en su corazon.

Caballero, como hombre práctico en los achaques de la vida, comprendió muy luego que, dadas las relaciones de Lina con Enrique, era imposible arrancarle del corazon la imágen querida de su amante ; pero su pasion se hacia cada dia mas intensa, pues el amor es de tal naturaleza que cuantas mas dificultades halla tanto mas se enardece y aumenta.

A pesar del carácter noble y bien intencionado de don Luis, empezó éste á poner en juego ciertos resortes indignos y desleales, impulsado por su pasion, para ver si al fin podia vencer las resistencias de la huérfana y se apoderaba de su tierno y bello corazon.

¡ Miserable condicion de nuestra humanidad !

El hombre, como obra el bien, puede hacer el mal. ¿ Por qué ? Porque tiene libertad perfecta para disponer de sus acciones, porque posee la autonomía amplia de su individualidad, porque Dios, al formarlo á su semejanza, lo dotó de una suma estensa de libertad de accion, aun cuando lo vinculó fuerte y duramente á su conciencia ; así pues, la razon y el criterio discuten las impresiones físicas y morales de su propio ser, analizan las causas que las producen, juzgan sus apetitos é inclinaciones, así como sus odios, sus pasiones y sus amores, y responden ante el tribunal infalible de su propia conciencia ; pero ésta, atributo precioso del ser racional, rechaza con vigor lo falso y malo, á la vez que acepta y acoge lo lícito y bueno ; pero repetimos, el hombre es libre, es débil, le ofuscan sus pasiones, desecha incauto

los ecos poderosos de su conciencia y se lanza en el mal sendero, cargando para ante Dios y su justicia con la responsabilidad que le imponen sus malas acciones.

*
* *

Caballero vió que Lina era sola en el mundo, sin padres, hermanos, parientes, ni protector alguno, sino su amante Enrique ; de modo que si conseguia suprimir esta individualidad, Lina se encontraria perfectamente sin refugio, sin esperanzas y sin puerto adonde arribar.

Entre tanto, don Luis se mostraba con ella cada vez mas amigo, pero amigo respetuoso y cariñoso, solo que sus atenciones tenian que ser sumamente atinadas y circunspectas, para no despertar en aquélla inquietud ni desconfianza alguna, á fin de que no fuese á abandonar aquel asilo, y antes al contrario trataba de conseguir que Lina creyese que habia abandonado sus pretensiones amorosas, y se acostumbrara á mirarlo como una persona inofensiva, amiga y bondadosa ; de modo que la infeliz huérfana no podia quitar de sus ojos la venda que los cu-

bria, para ver los peligros á que estaba espuesta.

Don Luis ganó con sobrada facilidad la confianza de su jóven sirvienta María, á quien ya conoce el lector, y la hizo su cómplice en el plan que lentamente iba poniendo en práctica, pues ella era la que siempre prestaba ciertos servicios domésticos á Lina.

En obsequio á la verdad, debemos decir que María era una jóven buena, bien inclinada, pero débil é ignorante hasta la estupidez; de modo que ella no era capaz de raciocinar ó pensar el rol que le destinaba don Luis, ni apreciar las consecuencias de las funciones que estaba encargada de ejecutar cerca de la desventurada Lina; ella, por el contrario, se sentia orgullosa y feliz de verse dueña de la confianza de su patron, que la juzgaba digna y bastante entendida para manejar esa intriga, que estaba confiada casi en el todo á ella sola.

María no tendria arriba de 26 años, aun cuando representaba algo mas, como sucede con las gentes ordinarias, maltratadas y sobre todo con ésta que era fea y muy fea.

La estatura de esa mujer era baja, ancha de

hombros, cintura gruesa, y no se hallaba mas abultada por delante que por detras, tal como si la natura se hubiese olvidado de franquearle los símbolos esteriore y característicos de su sexo; sus estropeadas manos tenian dimensiones tan vastas como sus playos piés, color moreno, muy pálido y cutis excesivamente jugoso, labios delgados y ojos hundidos, de color verdoso, parecidos á los de la gata y de continuo irritados sus párpados.

Se reia muy á menudo, dejando ver dos hileras de grandes y blancos dientes, aun cuando le faltaba uno del medio que le daba el aspecto de bruja; y por fin, aun cuando Maria no tenia nada de siniestro, su conjunto era repelente, pues hasta su amabilidad y complacencia eran desagradables.

Desde aquella época y por indicacion de don Luis, empezó María á ser mas asídua en sus servicios á Lina, la acompañaba y asistia, proporcionábale cuanto era lícito en su esfera, pero de manera que no pudiera despertar sospechas en el ánimo de la huérfana.

Lina, que tenia el alma, no de una mujer, sino de uno de esos ángeles que vagan por las

regiones celestiales agitando sus nítidas y frescas alas, estaba muy distante de sospechar el significado de las atenciones y cuidados cariñosos que le prodigaba María, y así poco á poco le fué cobrando algun afecto, otorgándole cierto grado de confianza compatible con la discrecion y con su carácter cauto y reservado.

En consecuencia, María fué la encargada de recibir las cartas de Enrique y las de Lina; pero las de aquél no llegaban á las manos de la huérfana, ni las de ésta iban á su direccion, con escepcion de las primeras, de que ya tiene conocimiento el lector, pues unas y otras eran interceptadas por orden de don Luis, que se apoderaba villanamente de todas.

Lina sufría horriblemente viendo que Enrique no solo no le habia vuelto á escribir, sino que no contestaba á las suyas repetidas.

Ella se decia: no hay duda, Enrique me habrá olvidado, no se acuerda mas de esta infeliz, á quien tantas penas ha causado; él es jóven, hermoso, inteligente y no recordará ya este sombrío y humilde cuarto donde dejó sumerjida en el dolor á la que le sacrificó su quietud y su reposo.

¡ Oh ! cuando la adversidad se ceba en un mísero mortal, todos los infortunios, todas las penas y tormentos nos despedazan el alma, nos desgarran el corazón, sí, ésta última gota de amargura faltaba para llenar la copa del dolor mío.

*
* *

Esta pobre joven había pasado los mayores sinsabores para su alumbramiento y para seguir con la crianza de su hija, no contando como no contaba sino con limitados recursos.

Su existencia estuvo en grave peligro y solo la voluntad de Dios y sus pocos años pudieron salvarla y arrancarla del borde del sepulcro.

A su hija dió el nombre de su padre, es decir, le puso Enriqueta, y sin exajerar, puede asegurarse que era, mas que una criatura, un ángel de hermosura.

¡ Cuánto se agitaba esa nueva madre sobre el porvenir de su hija ! ¡ quién velaría por ésta y se encargaría de su educación, si ella faltaba !

Todas estas consideraciones torturaban sin cesar su abatido corazón.

Enriqueta estaba en su pobre canasta de mimbres blancos, en tanto que la madre á su lado trabajaba como de costumbre en su labor ordinario. Lina la contemplaba en silencio y derramaba abundantes lágrimas, diciendo entre sí: ¡oh, hija mia! qué suerte te espera en este mundo falaz y engañoso! ¡si serás tan desamparada como tu pobre madre! ¡qué pasiones se agitarán en tu alma virginal? ¡á qué combates te sujetará el destino? ¡quién será algun dia el árbitro de tu cariño, de tu alma y de tu amor?

Si yo pudiera, como tú, mi pobre Enriqueta, dormir tan profundamente y que Dios nos acordara el beneficio de ir á despertar en un mundo mas feliz que éste, ¡ah, qué dichosas seríamos, ó si al menos me fuera dado sustraerte á los sufrimientos, á todas las penas que ha probado mi alma marchita y acongojada.

Por tí, hija mia, voy á tentar mi último esfuerzo, escribiendo de nuevo cuatro renglones al ingrato Enrique; quiero, sí, referirle cuánto sufro, cuánto padezco: quiero herirlo, si es posible, con mi dolor profundo, con mi martirio sin término.

Tentemos ahora que duerme Enriqueta.
Acercó su mesita á la canasta donde tranquilamente dormia su hija y empezó su carta.

Lima, Octubre 6 de 1746.

Enrique—

“Yo no debia volver á escribiros, despues de vuestro silencio no interrumpido, y de la conducta cruel que habeis observado conmigo ; pero estos reglones son trazados, no por aquella Lina abandonada y despreciada por vos, sino por la madre de una inocente, de un angel que necesita vuestra proteccion.

“Ya conoceis por mis repetidas cartas las penas y sufrimientos que me han rodeado despues de vuestra partida, y sobre todo desde que esta tierna criatura se ha asociado á mi triste existencia.

“¡Oh! cuántas veces he pensado en la muerte! pero lo confieso, me ha faltado el valor para abandonar á mi hija, á este pedazo caro de mi alma, y como un sacrificio espiatorio, me he impuesto el deber de soportar esta vida, para mí, tan amarga y cruel.

“Hace un dia horrible, trabajo á pesar de mi

debilidad, porque es necesario que mi hija viva de mi propia vida.

“ A cada instante espero una carta vuestra, pero no llega jamás.

“ El hombre es implacable y mata con su crueldad y con su indiferencia, así como el pié del caminante destroza á la diligente é indefensa hormiguilla que cruza por el sendero llevando con fatiga su inmensa carga.

“ ¿ Por qué sois tan injusto ? ¿ por qué tan cruel conmigo ? tomasteis de mi pobre ser cuanto una mujer puede atesorar, y no obstante me empujais al abismo.

“ Bien, Enrique, si muero en esta lucha insostenible, sino os vuelvo á ver, sabed al menos que estas lágrimas, que por mis ojos corren, las vierte mi alma por vos tan solo, sí, por vos, porque todas mis dichas las encerré en vuestro amor, mi albedrío pasó á ser vuestro, vuestra fué mi alma, mi ser, mi todo.

“ Acaso obrando así ofendí de Dios su santa ley ; pero, ¿ cómo resistir al impulso tenaz, al despótico imperio del amor ? Perdonad, Dios bondadoso, á esta mísera mujer, á esta víctima de un amor profundo y único, ó mas bien de

un destino adverso ; porque á la verdad, ¿ intervino acaso mi inclinacion, mi deseo ó voluntad para mancillar los ricos horizontes de la virtud y eclipsar la estrella brillante del pudor ? ; Oh ! no, el Juez supremo de los mundos, á quien engañar no puede la mísera humanidad conoce y sabe que solo lo imprevisto ó un conjunto de circunstancias crueles, pudo someter mi ventura á la dura ley del martirio, al yugo horrible del infortunio.

“ ; Mi pobre Enriqueta, hija del alma ! qué triste herencia voy á dejarte, un nombre mancillado, un sino de reprobacion, una estrella opaca y maldita que arrastrarás, hija mia, por esta vida falaz, puesto que tu sendero estará erizado de punzantes espinas.

“ ; Oh, Dios mio ! llega en este momento á mis oidos el tañido lúgubre de la sacerdotal campana de la iglesia, como si viniese á hacerme sentir el toque fatídico de mi agonía.

“ ; No puedo mas ! Mi corazon no resiste, mi alma sucumbe y con el llanto en los ojos, solo puedo decir, adios, cruel Enrique, adios !

“ *Lina.* ”

CAPITULO XIX

Enrique—La Coruña—Regreso á Lima.

Dejemos por un momento á la pobre huérfana y vamos con el lector á seguir los pasos del ausente Enrique.

Nuestro jóven marino se habia lanzado á la mar, despues de sus amores con Lina, con fe ardiente y decidida voluntad.

Buscaba los medios y aprovechaba las ocasiones para distinguirse en las diversas comisiones que se le encomendaban por sus superiores, bajo la esperanza de recibir un grado mas que le permitiera, á su regreso á Lima, poder llevar ante los altares á la muger que adoraba, al ángel de sus ensueños, que vivia en su corazon tanto en la borrasca como en la bonanza.

Enrique se habia propuesto levantarse en su carrera ó hallar la tumba en la inmensidad de las aguas; asi se mostraba activo cual ninguno, valiente y arrojado como los héroes, estudioso, atento, subordinado, de modo que era el oficial mas querido de todos y al que mas distinguía su jefe.

El tiempo pasaba y no recibía cartas de Lina, á pesar de escribirle con frecuencia, cuya circunstancia lo tenia vivamente agitado: sin embargo esperaba, pero esperaba en vano.

¿ A qué atribuir tal silencio? ¿ al olvido, por ventura? ¿ oh! no, aquella alma pura, dulce y candorosa es incapaz de olvidar, de ser perjura á sus juramentos; acaso una enfermedad le habrá impedido el contestar mis cartas, y yo temerario ¿ me atrevo á acusarla? no, esperemos aun.

El dia lúnes habia amanecido radiante y tranquilo; las brisas del medio dia venian á refrescar la acalorada imaginacion del jóven marino; el elemento líquido mecía dulcemente su navío y el sol en su pausada y magestuosa marcha se reflejaba sobre las apacibles aguas.

Desde la rada, se distinguia la ciudad entre las gasas caprichosas de color variado, que formaban las murientes brumas matinales, que lentamente iban desapareciendo con la influencia de los rayos del rutilante Febo, y empezaban á distinguirse las elevadas torres de los templos, ofreciendo á la vista del marino el panorama precioso de una ciudad que empieza la vida del movimiento y del comercio.

Enrique permanecía sobre cubierta, cuando observó que una ballenera del resguardo bien tripulada, con un oficial á popa se dirigia al buque, atracó por estribor, y muy luego subió este último, que era conductor de comunicaciones para el comandante; las que le presentó despues de cambiar un cortés y respetuoso saludo de ordenanza.

El comandante abrió el pliego que acababa de recibir y empezó á leerlo con avidéz, marcándose en su fisonomía, de ordinario severa y ceñuda, una imperceptible alegría que Enrique remarcó con placer, aun cuando no sabia de que se trataba.

El comandante pasó á su cuarto con el oficial, sin duda á redactar la contestacion de la nota, y muy luego se reembarcó este en direccion á tierra.

En seguida el comandante empezó á impartir órdenes á unos y otros, mandó alistar botes, tomar provisiones y arreglarlo todo, pues al dia siguiente debian darse á la vela para Lima.

Esta feliz noticia hizo palpitar el corazon de Enrique, y la sombra querida de Lina cruzó fugaz por su mente como una dulce ilusion;

pues la muger que se ama es para el hombre su cielo en la tierra y su felicidad en la ausencia, porque ella nos acuerda un Eden de dichas y de placeres al cruzar la vida en el consorcio íntimo de nuestras relaciones.

En efecto, al día siguiente y al caer la tarde, abandonaron su fondeadero y pusieron proa al hemisferio Sur.

La ciudad de la Coruña se alejaba gradualmente, hasta que se perdió de vista entre los celajes del horizonte.

El tiempo era inmejorable, el mar estaba sereno, y la lumbrera nocturna empezaba á derramar su simpática y amiga luz sobre el salobre elemento.

Enrique se paseaba sobre cubierta, haciendo varias reflexiones, y encontrándose con el señor Marius, le dijo :

—Y bien señor comisario ; estais tan contento como yo con el regreso ?

—Asi, asi, Enrique.

—¿ Cómo es eso ? interrogó el jóven con admiracion.

—Ya sabeis que soy soltero y no tengo en Lima mi familia, pues ésta se encuentra en

Barcelona, de modo que me es indiferente el regreso ; pero en cuanto á vos, ya es otra cosa, porque volveis al seno de la patria, de la familia y de algo mas, ¿ no es verdad, Enrique ?

—En efecto, por qué ocultarlo : todo lo que acabais de decir, lo tengo en Lima, y hasta ese algo mas, que maliciosamente suponeis existe allí para mí.

—Oh ! exclamó el comisario estirando los labios al pronunciar esa interjeccion, ¿ con que estais próximo á fondear, ó mas bien dicho, á iros á pique ?

—¿ Esos son mis deseos ! señor Marius.

—¿ Y qué dificultad tocais, amiguito ?

—Ya sabeis, señor comisario, que soy pobre, y mi grado no es bastante para afrontar la complicada maniobra de la nave del matrimonio.

—¿ Cáspita si es complicada ! repuso el experto marino ; qué maniobra alta y baja la que es preciso hacer en esas dulces embarcaciones, y si se trata de la de popa oh ! eso sí que es difícil y hasta peligroso.

—¿ Por qué peligroso, señor comisario ? interrumpió Enrique.

—¿ Por qué ? porque no me deis nave que

no se sepa donde tiene el timon, y no se pueda, por consiguiente, darle direccion ni manejarla; ademas, qué velámen tan costoso y arruinador suelen llevar esos hermosos cascos, qué arboladura, qué brújula tan árdua y dificil de comprender, puesto que tiene mas rumbos que la aguja de marear. Esas diabólicas naos cuando navegan con sus alas y arrastraderas, ora van á un largo, ora á bolina ó bordejean á su antojo y asi marean al pobre que en ellas se embarca; y por fin, amigo Enrique, esos cascos veleros no necesitan de capitan, contra-maestre, náutico, grumete ni cosa alguna, pues ellas son todo y siempre todo.

Y eso contando con que el mueble sea serio, bien montado y firme en sus movimientos; porque si es de mala marcha y costillas débiles á un dos por tres tropieza con un chisme, abre rumbo y á pique. Sin embargo, amigo Enrique, no hay que asustarse de los truenos, y antes al contrario, os daré una buena y feliz noticia.

—¿Cuál? repuso Enrique con impaciencia y curiosidad.

—Allá voy, allá voy, amigo, calma. Debeis

saber que el capitán os estima mucho, en lo que no hay nada de extraño, porque á la verdad vos lo mereceis.

—Gracias, señor comisario, repuso Enrique, sacándose la gorra y haciendo una inclinación.

Y continuó aquél: Me ha manifestado que á su arribo á Lima os propondrá para un aumento de grado, por los buenos servicios que habeis prestado, por vuestra conducta é inteligencia.

Esta buena y agradable noticia vino á llenar de alegría el corazón aspirante de Enrique.

El tal comisario era un tanto curioso y deseaba sondear el corazón de Enrique, para conocer sus amores, y así le dijo:

—¿ Con que resulta que ya sois prisionero de amor, eh? y prisionero voluntario, ¿ no es verdad?

—Qué quereis, señor comisario, el amor se produce por una causa impulsiva y poderosa, tan irresistible como desconocida, pues nace y nos invade espontáneamente, llegando á nosotros muchas veces sin nuestro conocimiento y aun sin nuestra voluntad, y concluye por sujetarnos á su imperio.

Verdad es que, sin el amor la existencia, seria para el hombre una larga y penosa agonía, pues estaria destituida la vida de las fruiciones inefables que ese amor nos procura para hacer deliciosos nuestros dias, darnos apetecidas dichas y felicidades sin fin; aun cuando otras veces derrama en nuestros corazones la amargura, el dolor y el martirio, que nos agosta la savia de la vida y nos tortura el alma; pero ese impulso secreto involuntario y despótico es indispensable en el dualismo de la humanidad, para servir los eviternos fines de la generacion y de la reposicion.

—Bien, bien, mi amigo Enrique, filosofais como un Séneca ó como un hombre de cincuenta años experimentado en los achaques de la vida, adelante, adelante.

Y Enrique continuó:

—El ser humano desde que nace se usa y empieza á envejecer, teniendo como la luna tres períodos fijos, que son: nacimiento ó crecimiento, plenilunio de la vida, y menguante ó descenso, que es el que nos aproxima al fin de la carrera ó sea de la muerte; pero como la humanidad es la imágen real del movimiento

perpetuo, el hombre siente el amor que nos acerca á la generacion ó reposicion; pues aun cuando termina y muere, deja sus fuerzas vivas en los seres que enjendra, en las fuerzas latentes que imprime á sus hijos, todo lo que forma la cadena intronchable del movimiento vitalizador.

El amor verdadero tiene sus leyes intrínsecas legisladas por el impulso y el raciocinio; mas, los que se aman exigen y pretenden siempre fidelidad inquebrantable, reciprocidad en los efectos y los goces de lo ideal y de lo positivo.

El motor impulsador ó la fuente y origen del amor no es, por cierto, tangible ni analizable, porque él se produce misteriosamente á espensas del calórico vital que irradia el luminar mayor del cuerpo humano, si así nos es permitido decir, que es el corazon, cuyos embajadores son los órganos en accion, sus medios la dualidad en consorcio con los fluidos magnéticos y una atraccion invencible, como la que siente la aguja imantada, yendo siempre al Norte.

Yo hablo, señor comisario, del amor puro, de aquel afecto que se dirige á la union dulce de

los seres, por el mas potente de los movimientos del alma, bajo el cielo esplendente de la pasion.

—Vos, Enrique, repuso Marius, os espresais con el candor de vuestra edad, con la pureza de vuestra alma, pero hay que reconocer como axioma que el amor es tan irresistible cuando nace ó empieza, como se hace imposible detenerlo cuando se enfria y se aleja.

—Sí, reconozco la exactitud del axioma; pero este amor que yo profeso es firme como las leyes de la naturaleza, pues debeis saber que odio y repulso el amor á préstamo, porque solo se encamina á la satisfaccion de los sentidos.

Los amores que mancillan y deshonoran, desquiciaron la Grecia. Los sirios, los babilonios y demás pueblos orientales cayeron en el panteismo y en los vicios mas horribles, y luego ese flagelo del libertinage penetró en los pueblos romanos, donde los Césares mismos daban ejemplos repugnantes, segun lo refiere Suetonio, y así los senadores, magistrados y plebeyos se lanzaban en brazos de la impudicia; mas yo busco en el cariño á que aspiro el perfume de los amores con la guirnalda del desposorio.

El matrimonio es un insondable misterio de felicidad y amor, colocado en las fuerzas vivas de la humanidad, pues Dios ha creado al hombre para la mujer, á ésta para aquél, y no puede admitir una tercera entidad, porque entónces se rompe la dualidad establecida por Dios y las leyes, se despedazan sus propósitos atacando la justicia y usurpando un derecho, una felicidad y por fin se introduce un cisma que enjendra la disolucion con la adulteracion del pacto ; porque el adulterio es la violacion completa de todas las reglas y leyes humanas y divinas. Entónces deja de existir la armonía de los recíprocos intereses en que se basa esencialmente el matrimonio, que es, justicia por justicia, vida por vida, amor por amor.

¡ Oh! ya lo sabemos y confesarlo debemos, la mujer es una imágen creada por el eterno para representar la idealidad de la belleza, la ternura del sentimiento y la fragancia del hechizo ; en tanto que el hombre es la espresion de la fuerza y del trabajo, destinado á proteger á aquélla y á encaminar y dirigir á sus hijos.

Epicuro fundó la escuela sensualista, Sócrates la espiritualista, en tanto que el cristianismo

radicó el amor místico y con él el matrimonio, la familia, la sociedad y el Estado. Así, la familia antigua moria execrada y envuelta en el manto pútrido de la disolución, mientras que la familia nueva surgia feliz al amparo del matrimonio apoyado en Dios, que es el amor eterno, la hermosura perfecta, el Creador irreprochable.

Así continuaron los marinos su diálogo; pero dejemos al buen Enrique en viaje para Lima, halagado con las ideas de la felicidad que le esperaba al regresar á la patria y restituirse á los brazos de su amada, despues de tan larga ausencia, y volvamos nuestras miradas con el lector hácia la huérfana de la calle de los Mercaderes.

*
* *

Don Luis Caballero, á quien ya conoce el lector, ardiendo mas que nunca, en el fuego insano de su amor, y siguiendo el plan hostil y de conquista emprendido contra la pobre Lina Montalvan, concertó con la sirvienta María una estratajema horrible, ordenándole que fuese al cuarto de nuestra bella é infortunada Lina, y que, afectando el mayor interés, le repitiese testualmente cuanto le enseñara.

En efecto, María fué al cuarto de la huérfana, quien estaba cosiendo tranquilamente al lado de la ventana, y con aire de pena y de sorpresa le dijo :

—Señorita Lina, ¿ no sabe Vd. lo que acabo de oír ahora cuando servia mate al patron y á otro señor militar que vino á visitarlo ?

—¿ Qué tengo yo que ver ? ó mas bien dicho, ¿ qué me importa lo que esos señores hayan conversado ? interrogó Lina, con la mayor calma ; por otra parte, María, debeis saber que yo no padezco la triste enfermedad de la curiosidad.

Esto decia la huérfana, para demostrar á la sirvienta que no gustaba imponerse de asuntos agenos, ni queria tampoco autorizar los chismes.

Pero María, con un placer interior, al considerar que esta vez la traeria á una conversacion estrecha y de completa confianza, le dijo :

—Perdone Vd. señorita, es.....

—No hay de qué, María.

—Es que se trataba.....

—Sí, sí, de asuntos que no me atañen.

—Todo al contrario de lo que Vd. supone.

—¿ Cómo así ?

—Sí, señorita Lina, pero me retiro, pues veo

claramente que no desea escucharme y que no comprende el interés que me tomo por Vd.

María aparentó cierto aire de resentimiento y de pena, empezando así á jugar la estrategia de la malicia ó de la perversidad.

—¿Es posible, repuso Lina, con un candor angelical, que os tomeis tanto interés por mí? Yo os suplico, continuó, que no os ofendais por lo que acabo de deciros, pues ya sabeis cuanto os aprecio; pero á la verdad, no deseo imponerme de conversaciones de otros.

—Bien, bien, señorita Lina, ya lo he oido; pero yo creia que no podia dispensarme de prevenirle que se trataba del señor Castilla, de aquel buen mozo que salió para España, y supuse que esto podia interesarle.

Lina, que estaba distraida abrió tamaños ojos, y exclamó mirando con sorpresa y sobresalto á la sirvienta—; Ah! ; se trata de ese señor? veamos lo que decian.

—Ya sabia yo, dijo aquélla, que esta vez me oiria Vd, con mas interés lo que deseaba referirle, señorita.

—Adelante, repuso Lina, con impaciencia.

María tomó una postura y un tono, como

si fuese á recitar algunos versos de memoria, y dijo:—Señorita Lina, el viejo oficial que hoy ha venido á visitar á mi patron ha estado hablando largo rato sobre cosas que no entiendo, pero al salir con el mate, oí perfectamente que le decia al patron—“¿No sabe Vd., mi amigo don Luis, que nuestro vecino el jóven marino Castilla, que salió para España, se casa en la Coruña con la hija de un procurador, que dicen es rica y hermosa?”

“Y ¿cómo sabe Vd. eso, coronel? preguntó don Luis.

“Es muy claro, dijo el viejo militar, porque ha mandado pedir venia á la inspeccion general de armas, pues, como Vd. sabe, los militares no pueden casarse sin permiso del gobierno.”

En fin, Maria repitió á Lina cuanto su patron le habia enseñado, lo cual sabia de memoria, por haberlo estudiado como si fuese á pronunciar un discurso en una asamblea legislativa.

Al oír tan cruel noticia, Lina se puso lívida; tambalearon sus piernas y cayó al suelo, como herida por el rayo, sin que tuviera tiempo de sujetarla María; de modo que, al caer, su

hermosa cabeza dió con fuerza en el suelo, haciéndose mal, pues su sangre empezó á correr abundante.

María lanzó un grito penetrante de sorpresa, que se oyó en toda la casa, pues estaba muy distante de presumir el efecto que tal noticia iba á producir en el corazón de la huérfana: su conciencia la acusó de un modo horrible, el arrepentimiento la dominó en aquel solemne momento, pues ella habia llegado á amar á aquella jóven angelical; así es que ya iba á confesarle todo, para reparar el mal que le habia hecho y tranquilizarla; pero, en aquel momento, oyó los pasos de don Luis, que se aproximaba furtivamente, atraído por el grito de María, para ver lo que habia ocurrido. Al notarlo ésta, sofocó los dictados de su conciencia, pues estaba dominada por don Luis, y se limitó á prestarle á aquella infeliz los socorros necesarios para restituirla á la vida.

Después de un rato, Lina entreabrió los ojos, suspiró profundamente y vertió un mar de lágrimas, lágrimas que arrancaron también las de María.

Esta cruel é inesperada noticia, causó á Lina

una enfermedad de muchos dias, en que se vió atacada de fiebre, teniendo, no obstante, que cuidar de su pobre hija Enriqueta.

Restablecida un tanto de su enfermedad, llamó nuevamente á María, para que le repitiera lo que habia oido, y hacerla que se ratificara en todo; pues aquella infeliz creía que habia estado bajo la impresion de un delirio ó de un sueño horrible, porque no podia creer que Enrique, aquel jóven pundonoroso, leal y honrado, fuese capaz de romper, sin causa, los dulces lazos que él, voluntariamente, ató ante la augusta presencia de Dios; pero esto solo sirvió para obtener una realidad matadora; pues la sirvienta, aleccionada por don Luis, le repitió y ratificó todo lo dicho, que era lo mismo que habia oído á aquel caballero militar, concitándola á que fuese, si queria, á preguntar á su patron, quien le daria mayores datos.

En efecto, Lina resolvió ir á ver á don Luis, para informarse bien de lo que ocurría; y aun cuando este paso repugnaba á su delicadeza, sin embargo, al fin, se decidió á hacerlo.

Se vistió, y dirigiéndose á las habitaciones de don Luis, que, prevenido por María, habia per-

manecido en ellas, de propósito, todo el día, esperando el momento en que viniese á él aquella muger amada; pero al acercarse Lina á la puerta para llamar, le faltó el valor, su rostro se cubrió de rubor y retrocedió, como espantada de lo que iba á hacer, y tambien porque un presentimiento le decia que no entrase en el cuarto de aquel hombre.

María la asechaba, y viéndola perpleja y que retrocedía, salió de su escondite y rápidamente se acercó á Lina, diciéndole: entre Vd., señorita, el patron está en su cuarto, y puede Vd. hablar con él.

—No, mi buena María, no me animo á dar este paso, y sobre todo hay algo que me dice aquí en el fondo del corazon de no traspasar el umbral de esa puerta; solo os pido que no digais de todo esto ni palabra al señor Caballero.

—¡ Oh! señorita, sobre ese particular puede Vd. estar tranquila, pues yo jamás converso con el patron, y sobre todo, estoy cierta que se enfadaría conmigo, si viese que yo me mezclaba en estos asuntos; pero en obsequio á la verdad, señorita, yo debo decirle que el patron es muy bueno y que la recibirá con el mayor cariño,

hará por Vd. cuanto pueda, como si fuese por una hija : sí, señorita Lina, el patron es la suma bondad, á todos los pobres atiende, les hace limosnas, y jamás sale una persona descontenta de él y.....

María parecia que iba seguir en la senda de los encomios, cuando Lina la interrumpió, diciéndole :

—Bien, mi buena María, os doy las gracias por todo, pero en este momento, me siento débil, sin fuerzas, é incapaz de dar ese paso.

—¿ Quiere Vd. señorita, que le pida al patron que venga á verla un momento á su cuarto ?

—¡ Oh ! no, María, guardaos bien de tal cosa, no quiero que don Luis venga á mi cuarto, y sobre todo, si quereis complacerme, María, no habéis palabra con el señor Caballero sobre estas cosas.

María comprendió que era inútil, por ahora, tratar de llevar á aquella inocente paloma á donde ella pretendia, para dejarla en las garras del hambriento gavilan, y así se despidió de la huérfana, quien entró en su cuarto.

Lina empezó á reflexionar, y se decia, ¡ oh !, pobre corazon mio, ¿ te animas á poner en duda

tu desventura ? ¿ qué mas prueba quieres que el silencio del ingrato ? ¿ qué otros datos deseas recoger, cuando solo una carta tengo de él ? ¿ no es acaso bastante elocuente este abandono, este desprecio ? ¿ puedo, por ventura, dudar de la verdad de la buena María ? y ¿ qué objeto tendría en traerme tal noticia ?

Sí, no hay que dudarlo ; Enrique murió para mi amor, y mi Enriqueta perdió su padre ; mas, ¿ será posible que aquel hombre sea perjuro ? oh ! no, esto no es cierto, debe haber error, Enrique no es culpable ; voy á dar pasos, quiero ir á la Inspeccion, deseo ver yo misma su solitud.

¿ Infeliz criatura ! te cuesta creer tu desventura, quieres hacerte ilusiones, como si el silencio á mis repetidas cartas no fuera bastante.

¿ Dios mio ! cúmplanse tus decretos.....

*
* *

Tal fué mas ó menos la relacion que nos hizo el agradable caballero de la barba blanca, respecto de la jóven que tanto interés habia despertado en nosotros.

Nos dió á mas todos los datos complementarios de esta triste historia, de los cuales iremos haciendo uso en el curso de esta relacion, y terminaremos con ellos, no solo el relato sobre el fin de Lina y Enrique, sino tambien lo referente al cataclismo operado en el Callao.

Nos dió tambien unos fragmentos escritos por Lina, de los que vamos á dar conocimiento á nuestros lectores, por el tierno interés que ellos encierran.

CAPITULO XX

Meditaciones de Lina Montalvan, escritas por ella misma
y encontradas entre sus papeles.

Dia 22 de Octubre de 1746.

“ El tiempo avanza, y llegamos al dia 22 de Octubre, que es, en los países meridionales, la época mas hermosa del año, en que Dios perfuma la tierra con la fragancia de las flores, en que el sol se torna mas límpido y radiante, el aire se embalsama, las aves, en su feliz consorcio, celebran con sus acordados trinos sus amores y el nacimiento de sus hijuelos.

“ Sí, en esta estacion, todo respira alegría en la naturaleza, todo concita á la felicidad y á la dicha; pero para mí ; solo existe luto, desconsuelo, desesperacion !

“ El encorvado anciano goza al recojer, sobre su cuerpo, un rayo de sol vivificador que nos calienta, alegra y consuela. El enfermo que sufre en el lecho del dolor se siente contento, al ver el aspecto de la nueva primavera. La jóven que ama es feliz en sus ilusiones, y ansía

el momento de ver cruzar al que reina en su corazón, y marcha contenta bajo el cielo argentado de sus esperanzas, soñando amores, dichas y placeres: pero yo solo tengo delante de mis ojos la desesperación y el dolor sin fin.

“Yo creí un día tomar asiento en el banquete de la felicidad, pero la voz ronca y destemplada de Satanás, me gritó:

“¡Atrás!”

“Retrocedí y caminé sobre la abrojososa senda de mi destino, sin protección, sin amigos, sin padres, como mísera paloma, sin albergue, ni ala maternal, y solo encontré un corazón á quien dí el mío, y en recompensa lo despedazó, arrojando sus fragmentos al camino abandonado y solitario.

“La antorcha de mi felicidad duró un instante, como la luz pálida y hermosa del meteoro, que nace en el espacio, alumbra un segundo y muere; así, ¿qué queda de mi pasado?”

“¡Nada!”

“¿Qué es mi presente?”

“¡Martirio!”

“¿Cuál mi porvenir?”

“¡La tumba!”

“ ¡ Vos, Enrique, seguís el iluminado destino que Dios os ha trazado !

“ ¡ Vos entráis triunfante en el templo del placer—gozadle !

“ ¡ Yo sucumbo al mio crudo y amargo !

“ ¡ Para mí, el dolor y el martirio !

“ Si Dios no iluminó mi camino, fué, sin duda, porque no nací para la felicidad y acaso vine al mundo en hora maldecida.

“ La noche cruza tétrica y silenciosa para mí ; mas cuando tengo á Enriqueta entre mis brazos, entónces me siento menos desgraciada y en ese momento disfruto de calma y bienestar, porque estrecho contra mi corazon á ese ángel sin ventura que, sin querer, he asociado á mi destino adverso.

“ ¡ Hija del alma ! siento que la vida se escapa de mi ser ; que acaso no podré sustentar tus dias y acompañarte en tu dura peregrinacion ; veo que pronto quedarás como tu madre, huérfana, sin amparo, sin parientes, ni amigos ; ¡ oh, qué horrible idea es ésta !

“ ¡ Si yo pudiera prolongar la vida para tí, angel mio ! Pero, no, la tierra huye de mis plantas, el sol se eclipsa para mí, y solo

queda delante de mis ojos, dolor y eternidad.

*
* *

Días 23 y 24.

“ Ayer, veinte y tres, mi cabeza estaba febril, delirante ; mis fuerzas casi postradas, y no me habria levantado hoy sino hubiera sido por mi hija, sí, mi hija, que necesita de mí, para no morir.

“ ¡ Cuánto me cuesta ponerme en contacto con la vida !

“ Solo despues de algunas horas que mi cuerpo entra en movimiento, me es dado apercibirme de que existo, pues los dias corren para mí como un suplicio.

“ A veces imagino que aun podria recuperar mis quebrantadas fuerzas, que mi rostro puede animarse y sonreir, tornar el brillo á mis mustios y opacos ojos, que podria gozar de otra primavera mas, y ver retoñar los árboles, nacer las nuevas flores, ver á Enrique y ser feliz. Pero, ¿ qué digo ? ¡ Dios de bondad ! ¿ Dónde me conduce mi fantasía, ó mi delirio ? ¿ Dónde quieres, desdichada, encontrar luz y felicidad,

sino hay para tí sino tinieblas y desesperacion ?

“ ¡ Adios, ilusiones del alma !

“ ¡ Adios, dias serenos y venturosos, que cruzaron fugaces y gozé para mi martirio, no volvereis para mi, pues solo diviso allá á lo lejos un sepulcro con una cruz de hierro y una corona de siemprevivas !

“ El llanto ofusca mi vista, dejo la pluma y voy á mi Enriqueta.

*
* *

Dia 25.

“ El médico me manda tener mucha tranquilidad de espíritu, no pensar en cosas que me preocupen, ¡ singular receta ! ¿ puedo, por ventura, mandar que mi voluntad no se agite ? ¿ puedo imponerle á mi alma que no piense ni sienta, al pulso que no lata, al corazón que no palpita ? No, Dios no ha concedido á los mortales esas facultades, y yo no puedo dejar de pensar en él, ni cesar de amarle, ni sustraer de mis recuerdos su imágen querida.

“ Sigamos así hasta que la vida se apague,

hasta que cese el pulso de latir, el alma de pensar y el corazón de amar.

“ ¡Oh, qué buena y generosa soy! ¡Con cuánta facilidad perdono al ingrato y le otorgo mi amor ardiente, aunque sin esperanzas!

“ El hombre ama á la mujer cual si fuese objeto de entretenimiento y de placer, y así la ama hoy para abandonarla mañana; él cree que este modo de proceder no le perjudica ante la eterna é inquebrantable justicia de Dios: de modo que como para el hombre las mujeres son ídolos frágiles, los rompen y despedazan cuando les place, con la misma facilidad que un niño inesperto destroza un juguete tan solo por el placer de romperlo; pero esto es tan cruel como bárbaro, y por fin es una cobardía matar á quien ni herirlos puede.

“ Bien conozco que no se le sigue al hombre mal alguno en destruir el corazón de una mujer, en truncar su porvenir y matarla con el dardo de las penas; al contrario, el hombre se cree feliz y dichoso, se envanece, se considera un héroe por los triunfos alcanzados sobre ella y por los males que la ha causado.....; maldición!.....; maldición!!

“Verdad es que esos hombres que tan inhumanamente pisotean la honra y el porvenir de una pobre muger, bajo el engaño, la perfidia y la seducción, suelen ser mas buscados y amados por las mismas mugeres, pero ¿por qué mugeres? por aquéllas que no tienen corazon, que se complacen en la ruina de su propio sexo y que, como esos hombres, estan dispuestos á hacer lo mismo que ellos.

“Sabido es que la legislacion de todos los países, que tienen instituciones sabias y protectoras, castigan severamente, y aun con la pena de muerte, al que hunde su puñal cobardemente en el pecho de otro; pero para el que mata lentamente á la muger que amó, las leyes no tienen castigos. Mas ¿por qué el hombre no tiene el coraje de clavarle el puñal en el corazon, para tomar siquiera la responsabilidad de ese acto ante la ley? no, mejor es para ellos y mas cómodo, matar con el dolor y el martirio, al amparo de la impunidad.

*
* *

Día 26.

“Aguardad un poco, Enrique, pronto podreis presenciar el depósito de mis restos mortales y echar un puñado de tierra sobre este pobre cuerpo, que amasteis un día con delirio, como yo os amé, cubrireis con el polvo del olvido este corazón que solo latió por vos, que solo á vos amó y que muriendo, muere amandoos.

“Si tuviera la esperanza de vivir, acaso no os perdonaria tan fácilmente vuestro perjurio; pero sin la idea de conservar una existencia tan dolorosa, me siento impulsada á la generosidad; así, os perdono, Enrique, os amo y muero!

“Sed feliz en brazos de la que amais ahora, ya que conmigo no habeis conseguido tal felicidad, puesto que mi destino es negro y adverso como el Averno.

“¡Oh, qué idea tan cruel, Enrique, la de que seais feliz con otra! será sin duda mas bella, pura y hermosa, pero no os amará mas de lo que yo os amé.

“¡Qué horrible dolor padezco! ¡qué turbación hay en mi espíritu! las fibras de mi alma parece que van á romperse, como las cuerdas de una lira que se arquea bajo la acción de una

impresion atmosférica, superior á su resistencia.

“ Permitted, Dios mio, que acerque á mis marchitos labios, acaso por la vez postrera, este anillo, símbolo y peño de aquel amor que nació puro y feliz aquí en el fondo de mi corazon, que iluminó mi vida, que me hizo entrever la dicha y la felicidad, y que hoy cual fatal veneno va extinguiendo esta mísera existencia ; sí, lo beso una y otra vez en medio de mis lágrimas y de mi dolor, porque me parece que gozo en acrecentar mi martirio, en apurar la copa roja de la fatalidad.

“ No puedo continuar escribiendo estos pensamientos, me siento desvanecida, atormentada, y mis ojos cansados de llorar ; la debilidad postra mis fuerzas y me rindo.

*
* *

Dia 27.

“ Este dia me he levantado mas temprano que de costumbre, el fresco de la mañana me ha reanimado un poco y hasta he sentido cierta alegría al oír los trinos de los inocentes pajari-
llos que, alborozados, cantaban sus amores.

“ Mi Enriqueta reía también como si participase de la alegría de la naturaleza ; pero estos dulces momentos de calma, ¿ en qué pueden cambiar la suerte de mi hija, ni la mía misma ?

“ No, el dolor es tenaz y permanente.

“ ; No tendré el consuelo de veros, Enrique, por la última vez ! ; os robais á mi cariño, sin que haya oído vuestro adiós postrero ! ; dejaré este mundo, llevando mis penas, mi amor mal correspondido y vuestra imagen en mi alma !

“ ; Quién sabe si estos renglones, escritos por mi mano trémula, no los recorrerán un día vuestros ojos ! Pero, ¿ qué os importará mi desventura, siendo vos dichoso ? ; Oh ! yo no puedo explicar mi dolor, porque el dolor se siente y no se explica ; pero vos, que conocisteis mi corazón, que aprendisteis á leer en él, adivinad lo que yo no soy capaz de expresar ; pero, ¿ por qué me siento yo tan enternecida ? ; por qué no puedo conciliar la serenidad y el valor en estos momentos ? ; Vuestra imagen, Enrique, sin cesar está delante de mis ojos, la veo, pero mis fuerzas sucumben y me encuentro vencida en la lucha !

“ El destino me ha herido de muerte, pero

en cambio tengo cerca de mi el descanso eterno y á la vista, la pátria de los mártires.

“ Ignoro, por qué es que, sufriendo tanto por vos, puedo, sin esfuerzo, olvidar los males que me habeis causado, ¿ será acaso la influencia de la religion ? ¿ puede ella sola obrar tanto milagro ? Sí, y tambien porque debo amaros mucho, puesto que ni aun rencor queda en mi corazon.

“ Todo cuanto me rodea está envenenado con vuestro recuerdo, en todas partes encuentro los rastros de dias mas felices !

“ Aquí, me parece que estais inclinado ante mí para recibir en vuestro cuello aquella cadenita de mi pelo, que acaso habeis destrozado por inútil : allá, me parece que os veo sacar un anillo de vuestro dedo para colocarlo en el mio, como prenda de amor. Si voy al templo, creo que venís á mi lado y os arrodillais, pues aun resuenan en mis oidos suaves y armoniosas aquellas palabras solemnes que pronunciasteis, dirijiéndoos á Dios : “ *Juro no ser de otra mujer que de Lina.* ” Pero, ¿ qué se hicieron esos juramentos ? ¿ qué fué de vuestra fé libremente empeñada ? Todo feneció ante un nuevo amor.

A veces creo que vos fuisteis elegido por el destino para separarme de esta vida tan llena de amarguras, y poder, por el dolor, obtener mi redencion. Conservad, Enrique, para otra vuestra existencia, sed feliz, en tanto que mi espíritu vuela ante Dios, para rendir cuenta de los actos de mi vida.

“Velad por Enriqueta y hacedle repetir algun dia el nombre de su pobre madre, ¡de aquella mujer que os amó y que vos condenasteis sin piedad á la desesperacion!

“Solo me resta al presente una esperanza vaga, y es de que cuando volvais á la patria con vuestra esposa, pueda yo arrastrar mi cuerpo, si Dios lo permite, para veros cruzar de lejos, entonces abrazaré á mi hija y moriré.

“El gran problema de la muerte es arduo y duro para resolver y fijar sus ulterioridades; pero la verdad es que él da paz y quietud al corazon que ha padecido en el mundo y en cuanto á mí, me permitirá volver á reunirme á mi madre y á mi padre, allá donde no hay tinieblas, ni horizontes, sino espacio y.....eternidad!”

Este fragmento fué el último que pudo escribir Lina, pues al día siguiente fué el 28 de octubre de 1746, en que tuvo lugar el terremoto, de que venimos ocupándonos, y cuya narración vamos á continuar en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXI

Destruccion del Callao—Los cadáveres—El robo.

En el mismo momento, en que tuvo lugar el día 28 de octubre de 1746, en la ciudad de Lima aquel temblor, en el pueblo y puerto del Callao, se operaba otro espectáculo mil veces mas horrible que aquél.

Veamos y espliquémonos.

El temblor ó sacudimiento de tierra se habia prolongado hasta el mar, donde se operó una revolucion sin segundo, que aniquiló una numerosa poblacion y devoró todo un valioso y fértil territorio.

En el propio instante, á la misma hora de las diez y media de la noche, que se produjeron los acontecimientos de la ciudad, tuvieron lugar los del puerto.

El mar bramaba de una manera tan desusada que parecia iba á salir en furiosas y gigantescas olas, y este temor fué desgraciadamente convertido en una cruel realidad.

El viento zumbaba atrozmente formando re-

molinos, en ráfagas tan impetuosas que nada resistía á su estupendo poder, la electricidad producía frecuentes y prolongados fulgores y truenos aterradores; toda aquella poblacion habia quedado á oscuras y solo los relámpagos iluminaban brevemente la tierra para hacer en seguida mas sensible y aterradora la completa oscuridad que le sucedia.

En aquella época, las ciencias estaban muy atrasadas, pues no se poseían multitud de conocimientos que la humanidad viene conquistando con el esfuerzo de la inteligencia del hombre, de sus observaciones, de los progresos modernos y sobre todo, del descubrimiento de nuevos y perfeccionados instrumentos.

Hoy se analiza fácilmente el carácter y condiciones de los volcanes, el poder y accion de la electricidad, se descubren nuevos planetas y otros mundos luminosos.

Ultimamente los señores Palmieri y Rossi han encontrado el medio de poner en contacto ó en comunicacion, el micrófono de Edison y el telégrafo de Bell, á favor de los cuales es fuera de duda, que han llegado á determinar con entera exactitud y á predecir con seguridad los

terremotos y erupciones volcánicas, con la misma facilidad que los astrónomos señalan el movimiento de los astros, los eclipses, la periódica aparición de los cometas y otros fenómenos astrológicos.

Por medio de hilos conductores se ponen en comunicación aquellos dos preciosos instrumentos ó aparatos, y con ellos se siente bien perceptiblemente los ruidos subterráneos, precursores ciertos é infalibles de los terremotos ó grandes erupciones volcánicas; así es que se puede anunciar con anterioridad los cataclismos, para ponerse, en cuanto sea posible, á cubierto de su terrible y funesta acción.

En el año pasado de 1878, el mismo señor Rossi, llevando siempre adelante sus investigaciones, estudió y analizó la última gran erupción del Monte Vesubio de Nápoles, con un acierto y talento dignos de encomio, por los beneficios alcanzados para la ciencia, dejando constatada la posibilidad de predecir ó anunciar la aproximación de tales cataclismos.

El hombre, infatigable peregrino sobre la tierra, inquiere, busca y encuentra de tiempo en tiempo alguna de esas verdades perdidas, que

no han dejado rastro, y que al tropezar con ellas, se levantan como luz radiante que viene á iluminar nuestro opaco sendero, y á coronar los esfuerzos de la humanidad.

Estos progresos, estos verdaderos adelantos que caracterizan el siglo XIX, no tenían los habitantes de las devoradas y disolutas ciudades de Pompeya y Herculano, ni mas tarde los tuvo el Perú, es decir, la ciudad de Lima y el Callao, para precaverse de los desastres que sobrevinieron á aquellos pueblos en el terremoto que venimos describiendo, no á favor de la fantasía, sino apoyados en datos históricos que al principio hemos referido.

*
* *

Las gentes todas del Callao estaban en pié y en la mayor ansiedad, presintiendo que algo terrible iba á suceder.

En efecto, la tierra empezó á temblar sensiblemente; siguieron estremecimientos y remesones que iban creciendo cada vez mas, pero de una manera horrible.

Luego, el mar se columpió en su propio lecho,

como si pretendiera tomar vuelo, y en seguida, dejándose oír un ruido espantoso que se aproximaba con asombrosa rapidez, se alzó un solo y prolongado grito en la población, que pretendía huir despavorida, de “*el mar sale, el mar nos traga—; misericordia, misericordia!*”; y en realidad, las montañas olas rodaron sobre su lecho como impulsadas por el furor de Satanás, penetrando en el puerto y pueblo del Callao.

¡ Oh, Dios de clemencia y de bondad !

¡ Qué espectáculo doloroso !

¡ Qué infortunio !

¡ Qué destrucción !

Las casas tambalearon y cediendo al elemento bravo, se desplomaban con pesantez y estrépito aterrador, envolviendo en sus ruinas y en medio de la oscuridad mas completa á los infelices habitantes, que quedaban sepultados entre los escombros y el agua.

En todas direcciones, se oían los gritos y gemidos de los que, en medio del conflicto, de los derrumbes y del agua, buscaban y llamaban á sus hijos, á sus esposas, pidiendo auxilio y misericordia.

El terror, la consternación y el espanto no

tenian límites, en presencia del empuje feroz del viento y del desorden del mar, pues todo el aspecto de la naturaleza hacia presentir una catástrofe mayor, en razón de que la tierra había continuado moviéndose, al extremo de sentirse remesones mas ó menos fuertes, que dejaban entrever claramente que todo iba á ser cruelmente herido y que el genio destructor de la muerte se aproximaba rápidamente, para continuar aquel cuadro desgarrador.

Algunos minutos habían trascurrido después del primer temblor, cuando se hizo sentir el segundo, con movimientos tan desconocidos en la humana naturaleza, que todo se confundió en un solo y prolongado lamento de dolor, oyéndose invocaciones á Dios, pidiéndole misericordia.

Este segundo temblor, ó sea este bárbaro sacudimiento de tierra duró, según la expresión del autor del manuscrito, *tres cretos*, y, en este pequeño espacio de tiempo, la infortunada población del Callao, quedó para siempre sepultada entre sus propios escombros y el mar.

¡Todo enmudeció!.....

Se siguió un prolongado é imponente silen-

cio, como el de los sepulcros, que conmueve é impresiona, aun al ser mas indiferente y duro.

Solo la naturaleza, es decir, el impetuoso viento, la electricidad y el mar, tenian la palabra sobre ese vasto campo de destruccion y horror.

El Callao, esa poblacion comercial, activa y bulliciosa, que el día anterior vivia feliz y contenta, en medio de los placeres y de los goces del mundo, hoy era tan solo un monton de ruinas humanas, de edificios, templos y monumentos derrumbados.

Puede decirse, sin exajeracion alguna, que aquel pueblo habia experimentado *su juicio final*, y vuelto á la nada de su origen.

¡Día de San Júdas!

¡Dedo implacable del destino!

¡Los designios y propósitos de la justicia divina estan cumplidos sobre esos pueblos malhadados!

En fin, el Callao de Lima habia sido tragado por la mar con sus infortunados moradores y apenas se encontraron leves señales de donde fué su construccion.

Muchos navíos quedaron sumerjidos en la mar, pereciendo cuantos en ellos habia; otros

vararon en las costas y aun en el camino real que partia del Callao para la ciudad de Lima; por ejemplo el hermoso navío “Socorro”, que el mismo dia 28 de octubre, habia entrado en el puerto por la mañana con procedencia de Chile, cargado de trigo, quedó varado en unos sauces que habia en el paraje llamado “Pitipiti”, con grandes averías, inutilizado el cargamento, así como el buque mismo.

De treinta y tres embarcaciones mayores y menores, que se encontraban aquel dia en el puerto, veinte y ocho perecieron, es decir, quedaron sumerjidas para siempre en el fondo del mar, con sus riquezas y tripulantes; y cinco buques mayores, entre los que se encontraba, la hermosa fragata de guerra, nombrada “San Fermin,” quedaron varados en tierra, muy distante de la playa, los unos hechos pedazos, otros en mejor estado, pero todos habiendo sufrido bastante y perdido gran parte de su tripulacion.

Algunos otros puertos de la misma costa sufrieron igual cataclismo, como ser Caballas, Guañape y algunos mas, que esperimentaron desgracias incalculables.

Así como la ciudad de Lima, sufrieron tam-

bien iguales calamidades y desgracias las villas de Chaucary, Huaura y los valles de Barrancas, Supe y Pativilca.

En la propia noche, en que acaecieron los tristes y funestos acontecimientos que anonadaron esos infelices pueblos, se observaron ciertos fenómenos, dignos de ser remarcados en esta relacion.

En Yucana, jurisdiccion de Lima, reventó un volcan conmoviendo fuertemente la tierra; y en la montaña que cae sobre Patas, lugar conocido generalmente por *Las conversiones de Cazamarquilla*, reventaron tres mas, con tal estrépito y fuerza, que sembró el terror en las cercanías, habiendo inundado el territorio circunvecino de las materias por ellos arrojadas con gran violencia y á largas distancias.

Dias despues de este terremoto se sintieron en Lima ruidos espantosos en las entrañas de la tierra, los que eran mas temibles y aterradores en el silencio de la noche, tal como si las materias inflamables subterráneas que produjeron esos temblores, se chocasen en las profundas cavidades, pues se sentian evidentemente que aquellas no se habian extinguido ni cesado en

sus bruscos movimientos. Unas veces parecía que se oía el rugido ronco y prolongado de la pantera, otras como si dentro de un túnel se dispararan piezas de artillería produciendo por consiguiente unos estrépitos horribles.

*
* *

Volviendo al Callao, diremos que solo se conservó, como para memoria, un pequeño lienzo de la formidable muralla que circundaba la fortaleza denominada *Santa Cruz*, sobre cuyo murallon salvaron hasta veinte y dos personas de un modo realmente milagroso ó providencial.

Algunas otras fueron arrojadas por el mismo mar sobre las eminencias de la isla de San Lorenzo, medio ahogadas, otras, aunque entre la vida y la muerte, tuvieron la dicha de salvar por la misericordia de Dios.

Los temblores experimentados en el Callao fueron tan bruscos que la tierra se abrió en grandes cavidades, en las que penetró la mar; de manera que, lo que fué puerto ó población del Callao quedó ocupado por las aguas del mar y desde entónces dicho territorio se hizo navegable.

¡ Ah! si en aquella noche de destruccion y espanto, en que la naturaleza parecia *desnaturalizada*, si nos es permitido espresarnos así, y en que los sacudimientos de tierra, salidas del mar, relámpagos y truenos figuraban como el cortejo fúnebre de aquella prolongada noche de horror y de muerte, hubiese aparecido, por un momento, la poderosa antorcha de los cielos para iluminar ese desastroso cuadro—; oh! qué espectáculo doloroso no se hubiera presentado á la vista!

Aquí, la amorosa madre con el despavorido niño entre sus brazos desfallecidos, queriendo sustraerlo á una muerte cruel, como cierta.

Allí, un padre tierno, envuelto entre el furor del implacable mar con sus hijos pequeñuelos, luchando con fuerzas sobrehumanas para salvar aquellos pedazos de su corazon, y no obstante sus esfuerzos inauditos, reconoce que todo va á concluir; pero, en medio del terrible combate, todavia le queda uno solo de sus hijos que levanta aun entre sus brazos crispados, pidiendo á Dios que salve al inocente, mas ¡ ay! la palabra se ahoga en sus labios, y como un ronquido espantoso y confuso aun se le oye decir: “¡ Se-

ñor de los cielos ! ; Dios de misericordia ! mirad á este inocente, salvadle, Señor, y tomad en cambio mi vida.....! pero la mar embravecida, en sus inmensos vaivenes, arroja una nueva ola que cubre al desventurado padre y todo desaparece para siempre, en medio de aquellas tinieblas pavorosas.

¡ Dia y noche fatal de Judas ! que el dedo desconocido de los tiempos señalará en el zodiaco de los cataclismos, para que las futuras generaciones conozcan los resultados que alcanzan los pueblos, que, incautos y temerarios, carcomen los buenos cimientos de la moral, base de la educacion y bienestar social, y acarian torpemente la vida disipada y licenciosa.

*
* *

Aquella noche terrible de desolacion y muerte habia terminado.....

¿ Qué era de la opulenta Lima ?

¿ Qué, del puerto y poblacion del Callao ?

¡ Nada ! ; nada !

Los furores de las olas y los temblores, se habian encargado de destruirlo todo, de anondar sin piedad, cuanto allí existia.

Habitantes, monumentos, templos, riquezas, todo habia desaparecido, especialmente en el Callao.

Las negras y encapotadas sombras de la noche, iban desapareciendo, ó mas bien dicho, huían horrorizadas de aquellas escenas de dolor y destruccion; en tanto que, cual fantasmas sangrientos abortados por los fuegos eternos del infierno, iban apareciendo lenta y sucesivamente envueltos en sus rojizos mantos, los gigantes nubarrones de la nueva aurora, que cual cortejos de heraldos, venían anunciando con estruendosos clarines la aproximacion del Dios de la luz, de esa mole ígnea, que en su carro áurico tirado por cien tritones franqueados por Neptuno y Anfitrite, abría el nuevo dia 29 de octubre de 1746, prestando su luz refulgente y flamígera, para poder reconocer y examinar el triste y doloroso cuadro que ofrecía aquel vasto campo de esterminio.

La poblacion del Callao, se calculaba á la sazón en siete mil almas mas ó menos, y solo salvaron en tablas, en el murallon y en pedazos de maderos, no mas que ciento treinta y dos personas, y éstas, de un modo milagroso ó

providencial y en un estado verdaderamente lamentable, pues era tal el desfallecimiento y postracion en que se hallaban, que muy luego murieron algunos.

El mismo mar se encargó de restituir los frutos de sus iras á las playas de aquel desventurado suelo ; pues desde el punto conocido por los Corrillos, hasta el mismo Callao, se veían los cadáveres desfigurados de hombres, mugeres, ancianos y niños, siendo imposible recogerlos, ni menos sepultarlos, pues la autoridad de la capital no tenia materialmente, por el momento, hombres de que disponer, en razon de que, los que habian salvado, huyeron despavoridos del lugar de la catástrofe y resistian el volver á aquel punto de desolacion y horror, al extremo que las autoridades tuvieron que emplear la violencia para obligarlos á prestar sus servicios, no solo en la ciudad sino muy principalmente en lo que fue el puerto y pueblo del Callao.

Las pocas personas que habian salvado, se hallaban sin saber el partido que debian tomar, esperándolo todo de la divina Providencia, que se dignara dirigir una mirada protectora al

cuadro desgarrador que ofrecían aquellos infelices, sin hijos los unos, sin esposas los otros y sin recursos todos.

*
* *

Así pasaron los días y las semanas, sirviendo tan solo el tiempo que corría, para apercibirse mas y mas de su infeliz estado y de su abandono.

Aquello representaba la confusion del principio del mundo, en que los unos estaban confundidos con los otros, sin miramiento al natural pudor de sexos, á su desnudez, etc.

Los cuerpos que el mar había arrojado á las playas del Callao, sirvieron por algun tiempo de alimento á las aves carnívoras que en inmensa cantidad se habían aglomerado allí, empezando por devorar los ojos y despues las magulladas carnes de aquellos despojos humanos.

Muy luego la putrefaccion empezó á sentirse de un modo horrible, pues á mas de los miles de cadáveres y otros incentivos para la descomposicion, que estaban expuestos á la accion del sol y de toda intemperie, habían muerto en los

corrales y pesebres mas de tres mil, entre mulas, caballos, ganado vacuno, y esto, sin contar la porcion de otros animales de varias especies que perecieron; todo lo cual se hallaba en la mas completa fermentacion, al extremo de no poder aproximarse á aquel hediondo pantano de residuos humanos, que ofrecían un espectáculo desgarrador y repugnante.

En los primeros momentos, se carecía absolutamente de toda clase de elementos para poder sepultar esa enorme cantidad de cuerpos.

No habia instrumentos para el trabajo.

No se conseguían hombres que quisieran ocuparse de hacer algo en bien de aquella localidad.

No quedaron en el Callao, autoridades de ningun género.

Aquello fue realmente el caos.

Sobre todo, era imposible acercarse á ese lugar pestilente y nauseabundo, y al fin fue necesario abandonarlo todo por algun tiempo, á los animales carnívoros que lo devorasen é hiciesen su gran banquete sobre la tabla de la destruccion humana.

En el punto donde se habían refugiado los

pocos salvados de la catástrofe, del modo milagroso que se ha espresado, no había medicamentos, ni quien los aplicara á los que los necesitaban; faltaban los medios para alimentarse; no tenían con qué abrigarse, ni cubrir su desnudez, y en definitiva se carecía de todo; al extremo que los unos veían morir á los otros estenuados y hambrientos, sin poder hacer nada en su favor.

No encontraban casa alguna donde guarecerse, principalmente en las noches, ni tenían luz artificial y por fin nada faltaba para el complemento de aquella terrible desolacion.

*
* *

A consecuencia del estado de abandono en que quedaron las desiertas playas que el mar habia formado al bajar las aguas, pues donde fue la planta de la poblacion del Callao quedó ocupado por el mar, sobrevinieron dificultades de otro género y de un carácter tambien alarmante.

Los negros, los cholos y la plebe en general, de los pueblos circunvecinos que habian salvado,

luego que pasó el primer momento del terror y del espanto, se entregaron al robo y saqueo de aquellas ruinas, viniendo esto á infundir mayor alarma en los desfallecidos ánimos de aquel puñado de desgraciados, salvados como para dar testimonio á las generaciones venideras de esos tristes acontecimientos.

Sobre la nueva ribera, ó sea las orillas de la tierra, que quedó visible, la mar habia arrojado tambien tantas riquezas de oro, plata labrada, alhajas de toda especie, ropas, muebles y otra inmensidad de objetos de valor, que sirvieron de cebo y llamó multitud de gentes al hurto, entrando hasta personas de buena posicion.

Tomó el robo tales proporciones que el virey del Perú don José Antonio Manso de Velasco, conde de Superunda, tuvo que empezar personalmente á reunir gente y en seguida comenzó á recorrer todos los puntos y especialmente las costas, que era donde estaba mas reclamada la intervencion de la autoridad, para imponer al pillage y establecer el órden.

Le fue preciso al virey levantar horcas en las plazas y caminos públicos, ejecutando, sin mi-

ramiento de personas ni clases, castigos ejemplares para contener la rapiña y alejar á los ladrones.

Se pudo aun recoger por la autoridad muchas riquezas de plata, oro, piedras preciosas, vasos sagrados, coronas valiosas de santos, custodias y otras joyas por el estilo, así como multitud de efectos, muebles y artefactos, para depositarlo todo, á fin de que despues los reclamasen los que se creyeran con derecho para hacerlo.

La accion lenta del tiempo y los esfuerzos de las autoridades de la ciudad de Lima, fueron progresivamente restableciendo el órden en aquel general desórden, que, á la verdad, ofrecia un cuadro conmovedor al considerar los terribles efectos de aquella catástrofe.

*
* *

Este asunto se presta á sérias y profundas meditaciones.

Si consideramos el estado de disolucion y relajacion de las costumbres del Perú, y especialmente de su capital, Lima; si recordamos la carencia de virtudes, de moral y sobre todo

de religion, ¿ qué extraño es que la mano niveladora y purificadora de la Providencia intervenga en la realizacion de estas calamidades ?

¿ Qué hay de raro que estos hechos sean otros tantos medios de castigar y purificar á los pueblos disolutos y corrompidos ?

Recordemos las tristes lecciones que nos ofrecen los remotos siglos ; por ejemplo, el Diluvio Universal de que Moisés nos habla en el Pentatéuco, en cuyo cataclismo pereció el género humano, á escepcion de la familia justa de Noé, porque era necesario regenerar la humanidad sobre mas limpias, puras y morales bases.

Llevemos nuestras consideraciones á los acontecimientos que aniquilaron á Sodoma y á Gomorra en 1897 años antes de Jesu-Cristo, cuyas antiguas ciudades de la Palestina cerca del Lago Asphaltites y una de las cinco que componían el famoso Valle de Pentapólis, fueron y son recordadas con dolor, porque habiendo provocado la ira de Dios, las redujo á cenizas con el fuego descendido del Cielo, para purgar así toda aquella tierra, del fango inmundo y de las impúdicas torpezas á que se entregaron sus inmorales y corrompidos habitantes.

Sigamos luego con Pompeya y Herculano, dos antiguas ciudades que se encontraban entre la de Nápoles y el Monte Vesubio, las cuales fueron cubiertas totalmente por el fuego del cielo ó sea por la lava ardiente arrojada por ese volcan en una erupcion tan copiosa como inmensa que tuvo lugar ahora dos mil años.

Parece que una mano omnipotente hubiera guiado y llevado por los aires á tan gran distancia ese fuego encargado de sepultar para siempre dos pueblos, que quedaron en efecto suprimidos del catálogo de las generaciones humanas.

¡ Oh! cuántas reflexiones se presentan á la consideracion del hombre meditador!

¿ Por qué esos rios de lava ardiente, surgidos impetuosamente de las entrañas volcánicas de la tierra, no tomaron otra direccion?

¿ Por qué fueron tan directamente á descender sobre esas corrompidas ciudades? ¡ Ah! el dedo de la justicia divina señaló sin duda el camino que aquel fuego punidor tenia que recorrer para realizar un designio del Eterno.

Por último, recuérdense otras muchas catástrofes que han asombrado á las generaciones de

los antiguos y modernos tiempos, y entonces podremos realmente decir que entre ellas ocupa un lugar espectable la destruccion del Callao de Lima, que hemos descrito al correr de nuestra inhábil pluma, con la limitacion de nuestra pobre inteligencia.

EPÍLOGO

Allá á lo lejos se divisan los rubios y movedizos arenales del Perú, esas empinadas montañas que las ráfagas del viento mueven, deshacen y reconstruyen caprichosamente, aquí y allí.

Mas lejos aparecen entre el lozano y verde follaje, la altiva y flexible palmera, columpiándose coquetamente al vaiven de los vientos del setentrion.

Aquí se escucha la pujante voz de la abundante cascada que al descender presurosa, levanta nubes de blanca espuma, cuyas límpidas y frescas aguas forman y alimentan tortuosos arroyuelos, que como hilos de reluciente plata, caminan sin cesar para dar frescura y fertilizar las yerbas que engalanan la naturaleza.

Mas distante aparecen añosos montes de variados árboles que ofrecen al hombre frutos sabrosos y abundantes, donde tambien encuentran asilo y templo las viajeras aves que á sus

solas cantan sus amores en acordes trinos, formando con zozobra y agitado afán sus hijuelos caros, herederos de su fe y de su amor. Y por fin, vemos con placer el cielo hermoso tachonado de silenciosas y relucientes estrellas, donde eternamente recorren sus vastas y fijas órbitas, los planetas luminosos con sus lunas y satélites al amparo de sus inmutables leyes y de sus fuerzas armónicas é imperecederas.

¡ Oh ! todo demuestra al hombre la existencia del prepotente, sabio é infinito poder supremo, ¿ qué importa que el oscurantismo ó el extravío de la razón, atribuya ciego á la fuerza de la materia, lo que solo á Dios pertenece y toca ?

Dios es una hipótesis, dicen, es una palabra vacía, un fantasma ; la filosofía pretende sustituir á Dios por la razón libre, pues la primera causa activa es un misterio impenetrable, y entónces agregan ¿ qué necesidad hay de creer en ese invisible y desconocido Dios ? ¿ por qué someter la razón libre á esa manía constante ?

Nosotros no podemos evitar el extravío del criterio humano, que vaga en el mar proceloso de los errores, pero nos basta sentir á Dios, reconocer á Dios, amar á Dios, y saber por últi-

mo que es un ser eterno y único que existe en sí y por sí solo: que es infinitamente grande, sublime, perfecto, como el último grado de la sublimidad, de la grandeza, de la perfeccion que pueda concebir la imaginacion humana.

El orgullo miserable del hombre se estrella contra su propia ignorancia, al pretender analizar, comprender y escurdiñar la esencia divina— ¡pobre gusano orgulloso!

Dios solo quiso dotar al hombre del principio vivificador, racional, impulsador, animador, vitalizador, espiritual é inmortal, con facultades intrínsecas de pensar, recordar y amar, para regir los impulsos y movimientos de su estado normal.

Dios, fuente fecunda de poder y de justicia, sacudió aquellos pueblos fermentidos y maculados, para purgarlos, sin duda, de sus delitos y de sus repugnantes impudicias, que ofendian toda moral, toda virtud, así como los mejores y mas sensatos dogmas de la religion; ofreciendo en consecuencia á los que sobrevivieron á aquel justo castigo, el cuadro espantoso de la destruccion, para que aprovecharan de tan duras como crueles lecciones, abriendo nueva vida en las

prácticas del bien y del santo temor de la justicia del Eterno, que aun cuando se muestra á veces tardía, es siempre infalible y cierta.

*
* *

Los que habian sobrevivido á este verdadero cataclismo ayudados por la autoridad, con los limitados elementos de que entónces podia disponer, empezaron á buscar los cadáveres ó restos mortales de sus deudos, para darles sepultura, tanto en la ciudad de Lima, cuanto en las abandonadas y pestilentes costas del Callao.

Debemos marcar aquí una triste y dolorosa coincidencia, verdaderamente providencial, para lo cual nos será necesario retroceder un tanto, á fin de volver á encontrar á nuestra infortunada Lina Montalvan y al jóven marino Enrique Castilla; á esas dos almas desheredadas que naufragaron al entrar en el puerto de la felicidad; á esos dos seres que como los cisnes blancos estendieron sus juveniles alas para volar al cielo eterno, buscando otras regiones mas tranquilas y serenas, otros altares mas justos y puros, para quemar en ellos el incienso de hi-

meneo y estrechar los nudos santos de su amor, ya que en la tierra oprimida por los vicios no pudieron lograrlo.

La pobre huérfana de la calle de los Mercaderes habia muerto creyéndose abandonada y olvidada por su amante, á quien juzgaba ingrato y cruel ; y sin embargo, ya hemos visto que Enrique no tenia otro pensamiento que el de su Lina amada y el de volver á su patria lleno de alegría y esperanzas para estrecharla entre sus brazos y hacerla su esposa ; pero el mismo dia 28 de octubre que entraba con su navío al puerto del Callao, quiso su cruel destino, que en vez de encontrar la felicidad que ansiaba, hallase la muerte en el fondo cenagoso de los mares.

¡ Destino fatal !

¡ Suerte adversa !

¡ Pobre Enrique !

Sus sueños dorados tropezaron con el dia de Judas, cuando estaba cerca de su amada y en momentos de tocar la suprema felicidad,

Enrique, á su vez, pereció dudando de la fidelidad de su Lina, pues no habia vuelto á tener noticias de ella, no obstante haberle es-

crita muchas cartas ; en tanto que el corazon de esta infeliz solo palpitaba por su amado y que su último recuerdo fue consagrado al objeto de su cariño, puesto que al exhalar su postrer suspiro, se le oyó pronunciar con voz casi imperceptible estas palabras : “ Enrique, adios, tu “ imágen va aquí en mi corazon, Dios en lo íntimo de mi alma y Enriqueta en mi amor y “ en mi plegaria ”.

El mismo dia que en las costas del Callao se recojía el cadáver de un jóven marino abandonado al rigor de la intemperie, y se abría un pedazo de tierra ignorada para darle mísera sepultura, en la ciudad de Lima, á la misma hora bajaba al sépulcro la malograda Lina Montalvan, enterrada por la caridad oficial, sin que un pariente ni un amigo se encontrara al lado de su pobre tumba para arrojar un puñado de tierra sobre aquellos despojos humanos, donde poco antes habia palpitado el corazon mas bello y candoroso que es posible imaginar, donde se anidó un alma realmente angelical y sensible. Sí, sus ojos dulces y hermosos estaban apagados, así como se extinguen los últimos resplandores que arroja el cráter de un volcan ; el hechizo

de su grata sonrisa sustituido por los perfiles imponentes y aterradores de la muerte; y por fin todos los encantos que Dios habia atesorado en aquella angelical muger, todo habia desaparecido bajo el polvo de la eternidad.

Lina y Enrique que no pudieron ser esposos felices en la tierra, tendrán derecho á la union infinita de los justos, en la patria eterna de los ángeles.

F I N

www.libtool.com.cn

ÍNDICE

<u>Capítulos</u>	<u>Páginas</u>
Carta del autor á D. Antonio Zinny. Contestacion de D. Antonio Zinny.. Introduccion	1
I El pliego cerrado, el Perú y una mirada retrospectiva sobre este hermoso pais.....	5
II Francisco Pizarro y Diego de Almagro	14
III La india Coraní y Emil Capúl.....	24
IV Fundacion de la ciudad de Lima por D. Francisco Pizarro.....	34
V El templo subterráneo de los Incas y sus tesoros.....	42
VI Muerte de Coraní y de Emil Capúl..	53
VII La ciudad de Lima—Reminiscencias sobre nuestra emancipacion política.....	69
VIII Simon Bolívar y la carta del general San Martin....	89
IX Estado de la educacion en Lima, y sus vicios.....	105

<u>Capítulos</u>	<u>Páginas</u>
X La noche del terremoto.....	109
XI Los conventos y la muerte civil.....	119
XII La madre, la hija y el cuarto despedido.....	124
XIII Lina Montalvan y Enrique Castilla— Sus amores—La despedida.....	132
XIV Muerte de D ^a Juana Lara—Nuevas peripecias de la huérfana.....	155
XV La cadena de pelo—El anillo de oro —La oscuridad.....	169
XVI La vuelta de la aurora, el adios y la desesperacion	181
XVII La primera carta.....	188
XVIII D. Luis Caballero—Su pasion hácia Lina	205
XIX Enrique — La Coruña — Regreso á Lima	217
XX Meditaciones de Lina Montalvan, es- critas por ella misma y encontra- das entre sus papeles.....	238
XXI Destruccion del Callao—Los cadáve- res—El robo.....	251
Epílogo	273

ERRATAS NOTABLES

PÁGINA	LÍNEA	DICE	LÉASE
12	4	<i>rivalizando</i>	que rivaliza
19	4	<i>que demoró</i>	que se demoró
31	25	<i>Oncártaga</i>	Oncástaga
61	6	<i>Tomó</i>	Toma
—	20	<i>pidió</i>	pide
63	15	<i>sus</i>	los
—	20	<i>diciendose</i>	diciendo
107	8	<i>y aun pedian</i>	y asi pedian
125	15	<i>evitar asi que no</i>	evitar asi que
176	12	<i>nuevamente</i>	afectuosamente
181	20	<i>las Mercedes</i>	los Mercaderes
194	10	<i>no consumen</i>	no commueven
244	8	<i>estan dispuestos</i>	estan dispuestas

www.libtool.com.cn

www.libtool.com.cn

www.libtool.com.cn

www.libtool.com.cn

www.libtool.com.cn

www.libtool.com.cn

**This book should be returned to
the Library on or before the last date
stamped below.**

**A fine is incurred by retaining it
beyond the specified time.**

Please return promptly.